

ENSEÑANZA TÉCNICA Y ARTÍSTICA ⁽¹⁾

CAPÍTULO PRIMERO

EL DIBUJO EN LA INSTRUCCIÓN PRIMARIA Y SECUNDARIA

I

Entre los grandes beneficios que debe el progreso moderno á las exposiciones universales, hay que reconocer como uno de los manantiales más fecundos de adelanto la noble emulación que despiertan los reveses sufridos por el orgullo nacional ante la superioridad indiscutible y manifiesta de los productos de otros países.

Ya hemos dicho que los franceses han cultivado con gran perseverancia desde tiempos antiguos todo lo que se relaciona con el perfeccionamiento de las industrias artísticas, y que el papel desairado de Inglaterra en la Exposición de Londres de 1851, de Alemania, Austria y Bélgica en la celebrada en París en 1867, y de Hungría en la de Viena de

(1) Graciosamente autorizados por el sabio ingeniero D. Pablo de Alzola, autor de la notable obra titulada *El Arte industrial en España*, reproducimos el capítulo I de la *Tercera parte*, y lo propio haremos con algún otro, seguros de que nuestros lectores lo agradecerán.

(N. de la R.)

1873, fueron el punto de partida de un vigoroso renacimiento artístico de cada una de estas naciones. Italia se persuadió también en Filadelfia y París (1878) de la decadencia é inferioridad de sus manufacturas respecto de los productos de los países más cultos, y alarmada ante la creciente invasión de artículos extranjeros, con motivo de las vías férreas que han perforado la formidable barrera de los Alpes en las fronteras de Francia, Suiza y Austria, por los montes Cenisio, San Gotardo, Breuner, Tarois y Adelsberg, se ha preocupado extraordinariamente durante los últimos años de mejorar las condiciones de su producción industrial y artística, promoviéndose una cruzada por todo el país á favor de la reorganización de la enseñanza y de la creación de escuelas y museos.

El Gobierno inglés dió tal importancia á estas materias, que, á pesar de haber reformado y extendido la enseñanza popular desde mediados del siglo, nombró el año 1881 una Comisión de Instrucción técnica, compuesta de personas eminentes, que, después de visitar Europa y América y de abrir una información amplia, redactó su informe en cinco tomos voluminosos (1). En los Estados Unidos hay un lujo de publicidad oficial que supera al de las naciones europeas más cultas. Todos los centros oficiales redactan, por medio de funcionarios y personas muy competentes, notables trabajos sobre los diversos ramos científicos y administrativos que abarca el Gobierno federal, libros que se reparten con gran profusión por todo el país y aun por el extranjero, como lo prueba el hecho de haberse recibido en la Escuela de Artes y Oficios de Bilbao la última Memoria anual relativa á instrucción pública (2), impresa en Washington el año 1891; consta de dos tomos con 1.669 páginas, que comprenden datos curiosísimos concernientes á la enseñanza, tanto de aquella nación como de las más importantes del mundo, con minuciosos y profundos estudios sobre los di-

(1) *First and second report of the royal Commissioners on technical instruction.*

(2) *Report of the Commissioner of education. 1888-89.*

versos sistemas de educación, resúmenes estadísticos y numerosos comentarios. En cambio, nuestra Dirección general de Instrucción pública no se cuida de enviar los libros oficiales ni á la Escuela de Artes y Oficios de Bilbao ni á ninguna de las bibliotecas de la villa, excepto á la del Instituto Vizcaíno, contraste que revela la apatía é indiferencia con que se miran estas cosas en nuestros centros oficiales.

El Gobierno francés, alarmado ante la disminución de las exportaciones hacia algunos mercados que invaden con creciente pujanza las naciones rivales, envió en los años 1881 y 1885 á una persona tan inteligente como Mr. Marius Vachon, á estudiar los museos y escuelas de arte industrial, así como el estado de las industrias artísticas en Alemania, Austria, Hungría, Italia y Rusia, redactando el excelente informe ya citado, en el que reconoce con gran imparcialidad que los franceses tienen que aprender y que copiar algunos modelos é instituciones relativos al progreso del arte industrial, que existen en aquellos países.

En Italia se han abierto informaciones y se han hecho estudios análogos, y en todas las naciones más adelantadas se observa un renacimiento vigoroso en materias artísticas que coincide, como es consiguiente, con un desarrollo inusitado de la enseñanza, promovido por las necesidades sociales, por las luchas de la competencia y por las rivalidades de las potencias militares, que se esfuerzan en elevar el nivel intelectual de los ejércitos.

El dibujo es el idioma de las artes, y creemos que es tan capital la importancia de su estudio, que puede llegarse á juzgar del grado de adelanto de un país por el mayor ó menor número de habitantes que lo hayan cultivado, y como la base fundamental del progreso popular está en la primera educación, los estadistas y pedagogos han consagrado sus desvelos, durante los últimos años, á profundas investigaciones encaminadas á perfeccionar y difundir la instrucción primaria en las escuelas para ayudar á las familias, y suplir sus omisiones en todo lo concerniente al desarrollo de la inteligencia y de los sentimientos morales.

Hay que tener presente que la mayoría de la población, compuesta de las clases pobres, no tiene más elemento de cultura que la escuela, razón por la cual conviene que los programas sean bastante amplios, y aun en los países en donde las enseñanzas de artes y oficios tienen gran extensión, es menester que la escuela de primeras letras llene su misión educadora, preparando el desarrollo armónico y progresivo de las facultades de los niños para los sucesivos grados de instrucción. Reconocida la necesidad de asociar la escuela á la familia en la obra de la enseñanza doméstica, se ha aplicado en primer término la intuición, como medio de despertar la atención en los alumnos y van adquiriendo gran favor las lecciones de dibujo y los trabajos manuales, como medios adecuados para comunicar la destreza y aptitud á todos los usos de la vida práctica; de estimular la afición al trabajo y ejercitar simultáneamente las facultades de atención, percepción é intuición.

En Suecia, Dinamarca, Alemania, Francia, Inglaterra, Bélgica y los Estados Unidos se han aplicado con buen éxito estas innovaciones, cuyos pormenores se encuentran en las obras especiales de la materia, así como en el excelente trabajo de la citada Comisión de educación de la gran república americana; pero tan sólo entra en nuestro propósito referirnos á asuntos pedagógicos en lo relativo á las aplicaciones al movimiento artístico universal, tratando en este capítulo del extraordinario desarrollo que ha adquirido el dibujo en la instrucción primaria y secundaria de las naciones más cultas, y en los inmediatos nos ocuparemos de los museos de arte industrial, que constituyen un factor indispensable para el progreso del gusto, por medio de buenos modelos puestos al alcance de toda clase de artífices, y trataremos también de la enseñanza técnica industrial y artística que se facilita á las clases populares en el extranjero, para llegar por medio de estudios comparativos hechos con los países grandes y pequeños á llamar la atención acerca de nuestras deficiencias en materias de tanta trascendencia.

Los sistemas de enseñanza de las diversas naciones revelan, como veremos, sus hábitos de centralización ó de *self-go-*

vernment y su organización administrativa y militar; pero todas las que marchan á la cabeza del progreso están conformes en vulgarizar las nociones de dibujo con un grado de difusión tan amplio que alcance á todos los ámbitos de cada país, lo cual exige como punto de partida la inclusión de esta asignatura en los programas de instrucción primaria.

El dibujo acotado ó copiado del natural, valiéndose de la escala, es de grandísima utilidad para los artesanos, como lo demuestran los resultados obtenidos en las escuelas de artes y oficios; así es que en el Congreso internacional de educación, celebrado en Londres en 1884, se discutió la conveniencia de introducirlo en la instrucción primaria, recomendándose además la enseñanza del colorido desde las primeras nociones de dibujo, con el propósito de que el uso del pincel hiciese á los niños más agradable el trabajo, despertando desde la infancia sus aficiones artísticas. Se ha señalado también en la Gran Bretaña la vigorosa propaganda de los llamados *estéticos*, que aconsejan se decoren las escuelas, sustituyendo su aspecto desnudo por las galas del ornato en los muros y en los techos, y la colocación de plantas, flores, grabados, fototipias, cromolitografías de asuntos gratos á los jóvenes escolares, en la persuasión de que estos medios contribuyen poderosamente á la obra de la educación popular.

II

Francia se ha inspirado desde la época del Renacimiento en las tradiciones clásicas de Grecia y Roma; ha cultivado las artes bellas con singular predilección, educando con esmero la aptitud de las clases populares hacia los refinamientos del buen gusto, y á pesar de las apariencias democráticas de su Gobierno republicano, conserva el mismo sistema centralizador y unitario del Imperio napoleónico, abarcando en todos los ramos administrativos una organización minuciosa que dicta desde París las reglas y detalles para el funcionamiento de la complicada máquina burocrática.

Durante los últimos veinte años se ha reorganizado la en-

señanza, pero manteniendo siempre la absorbente intervención del Poder central que lo prevé y dispone todo en beneficio de sus administrados. Las autoridades que intervienen en la instrucción primaria son el Ministro del ramo, el Consejo Superior, los rectores como presidentes de los 17 Consejos académicos, los inspectores generales, los prefectos, los Consejos departamentales, inspectores de academias, las Comisiones escolares municipales, inspectores de escuelas, delegados municipales y los alcaldes, pudiendo consultarse los detalles de esta organización en el último tomo de la obra de Mr. Maurice Block (1), pero nosotros sólo vamos á examinar el asunto en lo que se relaciona con el arte industrial.

Las leyes de 21 de Junio de 1865 y de 10 de Abril de 1867 comprendían entre las asignaturas obligatorias de la instrucción primaria la moral y religiosa, la lectura, escritura, lengua francesa, aritmética, historia, geografía y labores para niñas, y consideraban como clases voluntarias las nociones de ciencias físicas y naturales, agricultura, industria, higiene, agrimensura, nivelación, dibujo lineal y de adorno, la teneduría de libros, los elementos de geometría, el canto y la gimnasia; pero desde el desastre de Sedan se empezó á vulgarizar la enseñanza del dibujo, y cuando en el año 1870 presentó á las Cámaras de Versalles el Ministro Mr. Bardoux el proyecto de ley que la hacía obligatoria en Francia para los establecimientos dependientes del Ministerio de Instrucción pública, como escuelas primarias, especiales, liceos y colegios, sembró en terreno tan fértil que se votó la ley por unanimidad.

La vigente, de 28 de Marzo de 1882, suprimió, como es sabido, por las ruidosas protestas á que dió lugar, la enseñanza religiosa de las escuelas, sustituyéndola con la instrucción moral y cívica, y agregó al programa los trabajos manuales y uso de los útiles empleados en los principales oficios, elementos de dibujo, modelado y música, la gimnasia y los ejercicios militares.

(1) *Dictionnaire de l'administration française*. Supplement 1891.

La primera enseñanza se divide en tres clases: de párvulos, que comprende á los niños de dos á seis años; las escuelas primarias elementales, que reciben los de seis á trece años, y las superiores. La asistencia es obligatoria en las elementales, y para conseguirlo establece la ley un sistema de fiscalización muy severo: á las tres faltas á clase, no justificadas, se llama al padre á la alcaldía, exponiéndose el nombre al público, y se castiga la reincidencia. Ni aun las familias ricas que educan á sus hijos en sus casas están libres de la ingerencia oficial, porque éstos tienen que sufrir el examen en público con arreglo á los programas de las escuelas primarias, y si salen mal, la ley les obliga á inscribirse en uno de los establecimientos oficiales ó en los privados que estén bajo la vigilancia é inspección de las autoridades.

Las escuelas primarias superiores y lo que llaman cursos completos duran dos ó más años y abarcan los mismos estudios de la enseñanza elemental, dados con mayor extensión: el dibujo geométrico, de adorno y modelado, que es pie forzado en la educación moderna; los elementos de álgebra y geometría, teneduría de libros, nociones de literatura francesa, geografía industrial y comercial, lenguas vivas, trabajos de madera y hierro para muchachos, trabajos de aguja, corte y ensamblaje para niñas, debiendo estar provistas las escuelas de taller para los trabajos manuales y de buenos museos escolares. El Municipio de París tiene instaladas las labores manuales en sus escuelas primarias superiores llamadas: Turgot, Colbert, Arago, Lavoisier y J. B. Say.

Hay además las escuelas manuales de aprendizaje, fundadas en general por los ayuntamientos y diputaciones para desarrollar la destreza y habilidad necesaria en los oficios, y bajo el punto de vista de los conocimientos técnicos que se adquieren en dichos establecimientos, están equiparados á los de instrucción primaria.

Ya se comprenderá que con tan enérgicas medidas, la asistencia á las escuelas francesas ha debido aumentar considerablemente. En el curso de 1887-88 la población escolar de los

tres grados fué de 6,26 millones, á pesar de lo cual las tablas gráficas de la publicación americana acusan sólo el 14,70 (1) por 100 respecto del censo total, mientras llegó en Sajonia el coeficiente análogo á 20,70, en Prusia á 19,50, en toda Alemania á 18,40, en la Gran Bretaña á 16, en España á 10,6, en Italia á 10,50 y en Rusia, á 3,1.

La enseñanza secundaria está organizada en Francia con arreglo á la distribución de estudios de 8 de Agosto de 1890, y prepara para el grado de bachiller en letras y ciencias que se adquiere en los liceos. Los estudios clásicos duran siete años, de los cuales, los tres primeros se dedican á perfeccionar los de primera enseñanza, aprendiendo además el latín, es decir, que cuando llegan á las asignaturas de matemáticas y filosofía están los alumnos debidamente impuestos, mientras en la mal entendida organización de los Institutos españoles se matriculan los jóvenes á los doce años en un curso completo de álgebra, sin más base que las rudimentarias nociones de aritmética adquiridas tres años antes en las escuelas de instrucción primaria, y en el curso inmediato, ó sea á los trece años, se les lanza á los abstrusos estudios de la psicología, lógica y ética, que en Francia se siguen á los diez y seis ó diez y siete.

Los programas de la segunda enseñanza han sufrido varias innovaciones durante los últimos años. Se reconoció que los redactados en 1880 por el Consejo superior eran demasiado extensos, lo cual obligó á aumentar las horas de clase, pero las quejas de las familias coincidieron con las formuladas por los inspectores generales, los rectores, las asambleas de profesores y los Consejos académicos, que solicitaron casi unánimemente se simplificasen los estudios, originando con tantas reclamaciones la reforma planteada en 1885. Esta consistió en la supresión de algunas clases en los jóvenes y en la reducción de las horas semanales de cátedra á 20, salvo algunas asignaturas de adorno.

(1) En los cuadros gráficos del Report americano se calcula en 5,62 millones la población escolar, pero como en la página 118 resulta de 6,26 millones aplicados á los 38,22 millones de habitantes de Francia, sube el coeficiente de asistencia á 16,30 por 100.

Decía el informe aprobado por el Consejo Superior (1): «Es preciso cuidar de la salud de los alumnos más jóvenes y reservarles el tiempo que reclaman las diversiones propias de su edad, y dejar á los mayores cierta libertad para la reflexión y el esfuerzo personal, de modo que unos y otros, por razones de distinta índole, necesitan horas de descanso.» En el mismo dictamen se lamentaba la Comisión de programas de que en la enseñanza de los liceos se observaba *«cà et là excès de zèle, abus d'expositions savantes et touffues dépassant la portée de l'esprit des enfants, et qui étasent pour eux une fatigue plutôt q'un moyen d'éducation.»* Por estas breves indicaciones se comprende que cuando en Francia se notan defectos en la enseñanza, se procura corregirlos inmediatamente, mientras en la educación secundaria española reina la anarquía, puesto que á lo disparatado de los programas se agrega la libertad más amplia de los catedráticos para explicar las lecciones con libro de texto ó sin él y con el método y grado de extensión que se les antoje, siendo la consecuencia de nuestro sistema educativo que se desatienda por completo el desarrollo físico de la juventud, así como las enseñanzas de dibujo y de la música, y que en cambio se atrofian las inteligencias con una aglomeración de estudios mal engranados, y que en definitiva resultan de poco provecho.

Lo que nos interesa principalmente en este examen es hacer constar que no se abandona ni por un momento el dibujo en la segunda enseñanza, á cuya asignatura se destinan, por lo menos, de dos á cuatro horas por semana, según los cursos. En los estudios clásicos, que duran desde los once á los diez y ocho años, ocupa el dibujo el 9 por 100 del tiempo invertido en todas las clases; en los cursos especiales (de doce á diez y ocho años), en que se prescinde de los clásicos para dar mayor importancia á las clases de matemáticas, mientras éstas ocupan el 16,90 por 100 del tiempo total, el dibujo y la escritura suben al 17,61, y por último, en los cursos de

(1) *Plan d'études des lycées. Nouveaux programmes de l'enseignement secondaire classique.* París.

instrucción secundaria para señoritas ocupa el dibujo el 11,44 por 100, demostrándose con estos datos y los relativos á la enseñanza de artesanos, de que nos ocuparemos más adelante, los poderosos medios con que cuenta en Francia la preparación artística, mediante la cual conserva un lugar conspicuo en todo lo que se relaciona con el arte ornamental y los cánones del buen gusto.

Mr. Vachon, al ocuparse de este asunto, se expresa en los siguientes términos: «Desde hace algunos años se han realizado en Francia grandes reformas para la enseñanza del dibujo. La obra nacional emprendida por Mr. Bardoux y continuada por Mr. Turquet y Mr. Proust, bajo la dirección de Mr. Guillaume, uno de los hombres más eminentes que cuenta la pedagogía artística, ha dado resultados excelentes. Todos los liceos y colegios de Francia tienen actualmente profesores de dibujo muy prácticos; no hay ninguna población de alguna importancia que carezca de escuela de arte, y en breve las escuelas normales proporcionarán á la enseñanza primaria y secundaria un cuerpo de profesores especiales. Hay en todo esto un progreso social, cuyas consecuencias no tardarán en manifestarse, pero cada reforma requiere otras, y las escuelas industriales necesitan como complemento las de enseñanza profesional, etc.»

Merece también mencionarse la atención que se concede en estas naciones á la educación de la mujer. La ley de 1880 creó liceos para señoritas; entran á los once años, y los estudios, adaptados á las necesidades del bello sexo, se hacen en cinco cursos y otro superior. Además de los recursos del Estado y de las corporaciones se agregan para este objeto los productos de festivales organizados al efecto.

III

La vigorosa organización del Imperio alemán se manifiesta en sus instituciones militares y en la enseñanza. Hay también, como en Francia, un poder omnisciente que dirige los servicios públicos, dejando poco campo á las manifesta-

ciones de la iniciativa privada, por el contrario de lo que ocurre en los países anglo-sajones, que habituados durante varios siglos á la dirección de grandes empresas comerciales y de colonización, se han acostumbrado á manejar toda clase de asuntos sin la tutela del Gobierno.

No hay, sin embargo, en Alemania tanta centralización ni tanta uniformidad como en Francia, porque el Imperio es una confederación formada de varios Estados y ciudades libres que conservan su antonomía propia, variando por lo tanto la organización de la instrucción pública en los diversos reinos, ducados y principados que lo constituyen, á pesar de lo cual hay grandes analogías en el régimen de la enseñanza de aquellos países, cuyo tipo puede estudiarse en Prusia.

La instrucción primaria está directamente sostenida por el Estado ó vigilada en las escuelas libres, y comprende á los niños y niñas de seis á catorce años; las horas de clase son seis diarias, excepto los miércoles y sábados en que no hay lecciones por la tarde. La enseñanza comprende la religión, las clases corrientes y el dibujo, la música y la gimnasia, que son obligatorias. La particularidad que ofrecen estas escuelas consiste en la escasa importancia que dan á las lecciones aprendidas de memoria, de modo que la geografía la estudian por los mapas y la historia natural con los modelos, pero sin libro de texto; los progresos en el dibujo y la música han sido grandes. No están comprendidos en los programas los trabajos manuales, aunque gracias á las corporaciones locales y á la iniciativa privada se han agregado en bastantes escuelas. El número de alumnos matriculados en la instrucción primaria el año 1887 fué de 5,18 millones, cifra muy elevada para los 28,32 que comprende el reino de Prusia.

La segunda enseñanza se da en los gimnasios, en donde se aprenden las lenguas clásicas, matemáticas y los demás estudios preparatorios para las carreras. Los primeros cursos son obligatorios y voluntarios los demás, siendo verdaderamente extraordinario que en 1887 hubiese en Prusia 22.945 alumnos en las escuelas normales y sobre todo

356.912 en las secundarias, que reciben en las inferiores á jóvenes de diez á diez y siete años y en las superiores desde diez á veinte años. La segunda enseñanza tuvo en Francia en el mismo año 185.879 estudiantes, con inclusión de 10.403 señoritas, sin contar otros 11.341 alumnos de las escuelas normales, mientras en España, que tiene el 68 por 100 de población respecto de Prusia, hubo en el curso de 1889 90 (1), entre los institutos, colegios y la enseñanza doméstica, 33.888 alumnos matriculados. Esta desproporción tan extraordinaria revela, á la par que el adelanto de Prusia, la eficacia de los medios de que se ha valido para extender la cultura, dando carácter obligatorio á ciertos estudios y concediendo rebajas en el tiempo del servicio militar.

Por último, tampoco se descuida allí la enseñanza del dibujo, que abarca, según los cursos, el lineal, la perspectiva, el de adorno é industrial. De treinta y tres horas que se dedican semanalmente á las clases, se asignan á dicha asignatura y á la escritura cinco, cuatro ó cuando menos dos, según los años, siendo muy contadas las materias á las que se consagra más tiempo.

IV

El Gobierno inglés se desentendió hasta época reciente de mezclarse en la instrucción pública. Las escuelas se creaban por fundaciones piadosas ó por las parroquias, pero cuando empezó á tomar vuelo la instrucción primaria, se observó que aquella organización era defectuosa, y desde el año 1833 en que figuraban en los presupuestos de la nación libras 20.000, han ido aumentando las consignaciones para enseñanza de un modo pasmoso, que ha dado lugar á las censuras de pensadores tan eminentes como H. Spencer, quien observaba que habían subido los desembolsos del Estado hasta 500.000 libras (2), y aun desde entonces siguen cre-

(1) *Anuario estadístico de instrucción pública*. Madrid, 1890.

(2) *El individuo contra el Estado*. Traducción de D. S. García del Mazo.

ciendo los gastos. En efecto, en el año 1876-77 figuraron para educación, ciencia y arte (1) 3.292.969 libras; en 1887-88, 5.775.062 libras, y en 1891-92, 6.248.990 libras esterlinas.

En el año 1839 se creó el Comité de Educación, y desde entonces se ha ido reformando paulatinamente el sistema de enseñanza de las escuelas primarias. Continúan éstas á cargo de las corporaciones y autoridades locales, pero á medida que han aumentado las subvenciones del Estado, ha crecido su ingerencia en la redacción de programas y en el servicio de inspección, habiéndose dado el paso más decisivo en favor de la intervención del Gobierno con la ley Forster de 1870, que rompió abiertamente con las tradiciones inglesas, dictándose desde aquella época otras leyes y diversos reglamentos que, unidos al carácter obligatorio dado á la enseñanza desde cinco á once años, han contribuído á su extensión y perfeccionamiento, aunque se reconoce que aquel período debe prolongarse, para que la asistencia á clase sea más asídua entre los escolares mayores de once años.

La instrucción primaria abarca siete cursos, en los que se celebran exámenes anuales. El dibujo es obligatorio para los muchachos, excepto en los primeros años. Los que han cumplido diez de edad y han pasado el cuarto curso, pueden estudiar álgebra, geometría, mecánica, química, física, historia natural, agricultura, latín, francés, teneduría de libros y taquigrafía. Se enseña también á las niñas toda clase de labores y se ha desarrollado el arte de la cocina, que por cierto es muy útil.

El dibujo se cursaba el año 1885 en 4.637 escuelas, habiendo sufrido el examen de esta asignatura medio millón de chicos en dicho año y 850.000 en 1889, resultado magnífico que demuestra la perseverancia con que en estos países van desarrollando la educación artística del pueblo. En bastantes escuelas había clases de modelado y de trabajos manuales, y, para estimular su extensión, anunció en Junio de 1890

(1) *Whitaker's Almanack*. Año 1878. Año 1890. Año 1892.

The Science and Art Department que se concederían subvenciones al Gobierno á fin de fomentarlas.

El número de alumnos que frecuentaron las escuelas fué en 1887 entre Inglaterra y Gales de 4,55 millones, que aplicados á los 27,87 millones de habitantes da un coeficiente de 16,3 por 100, que sube á 17,40 con exclusión del país de Gales, proporción sólo superada por la frecuentación de algunas regiones de Alemania. Los recursos para el sostenimiento de las escuelas inglesas proceden del Gobierno, que contribuye con 43,4 por 100, de rentas propias, impuestos especiales y las cuotas pagadas por los alumnos.

La organización de la instrucción elemental, las relaciones entre el Estado y la enseñanza, las tendencias centralizadoras á la usanza latina, las condiciones de la educación bajo el punto de vista higiénico, la creación del profesorado y otros muchos puntos se discutieron con detenimiento en el Congreso internacional de educación celebrado en Londres en Agosto de 1884, para cuyos pormenores recomendamos la interesante Memoria presentada al Sr. Ministro de Fomento por el Delegado de España D. M. B. Cossío, director del Museo pedagógico de Instrucción primaria (1).

Las universidades y colegios de segunda enseñanza de la nación británica se mantienen todavía, apesar de las ruidosas controversias á que ha dado lugar su anticuada organización, sujetas á los moldes de sus actas de constitución. Son cuerpos con vida propia é independiente del Gobierno, disfrutan de rentas calculadas en 10 millones de duros anuales y se rigen por sus viejas ordenanzas, de modo que forman instituciones en cierto modo autónomas, de carácter un tanto restrictivo y aristocrático, con un individualismo acentuado que difiere esencialmente de los organismos del continente y aun de los Estados Unidos. El número de los estudiantes matriculados en 1890 en *Oxford, Cambridge, Durham y Victoria* con todos sus colegios incorporados ascendió á 15.066 y 321 mujeres, cifra exigua dada la población de Inglaterra,

(1) *Anuario de primera enseñanza* correspondiente á 1886, por D. Santos M. Robledo y D. Manuel B. Cossío. Madrid, 1887.

aun comparada con los 16.711 alumnos de las diez universidades españolas en 1889-90. Oxford cuenta con 25 colegios incorporados, y la munificencia de los fundadores y filántropos la ha dotado de rentas que producen 40.000 libras anuales.

En el mencionado Congreso internacional de educación, celebrado en Londres, se agitaron dos cuestiones relativas á la segunda enseñanza, que, como es sabido, se mantiene en Inglaterra independiente del Estado: la reforma de los programas y la inspección del Gobierno. Todos estuvieron conformes en que había que proceder con amplitud de miras para prestar cada vez mayor atención á las ciencias, y respecto de la inspección, los partidarios de ella se fundaban en los favorables resultados que se han conseguido desde que se estableció para la instrucción primaria, y es probable que la reforma se abra camino, aunque conservando á los *public schools* esa nota característica de armonía entre la educación, la enseñanza y el desarrollo físico, que contribuye eficazmente á la formación del carácter de los alumnos.

Lo que ha adquirido gran desarrollo y sustituye en cierto modo á la extensión de la segunda enseñanza de otros países es, aparte de la instrucción superior que se da en los tres últimos cursos de la primaria, lo que llaman la de ciencia y arte. La educación técnica se ha promovido por muchas sociedades particulares, compañías industriales y los gremios, y se ha organizado por todas las poblaciones manufactureras; la estadística oficial acusa 220.182 alumnos matriculados para el año 1889. Quiere decir que la educación para las artes y las ciencias tiene también valiosísimos medios en Inglaterra, mientras las enseñanzas puramente clásicas y literarias alcanzan un desarrollo mucho más limitado; pero apesar de la extensión de aquellos estudios, reconocen la superioridad que como dibujantes tienen los franceses, á quienes dan colocaciones ventajosas en bastantes manufacturas.

V

Todo lo que se relaciona con la enseñanza técnica y artística de Bélgica es digno de estudio, por lo mismo que se refiere á un país adelantado, pero cuya población no llegaba á 6 millones de habitantes según el censo de 1.º de Enero de 1888; es decir, que se trata de una nación de importancia secundaria, en donde la organización de la instrucción pública no puede obedecer á los poderosos medios de que disponen las potencias de primer orden.

La Constitución belga proclama la libertad de enseñanza, de modo que cualquier individuo ó asociación puede abrir un establecimiento de instrucción sin que se le exijan garantías de capacidad ni de moralidad, quedando sometida la persecución de los abusos ó delitos que puedan cometerse á las prescripciones del Código. Los Consejos provinciales y municipales tienen facultades para fundar, organizar y administrar los centros de educación, de modo que las instituciones de este modesto reino son mucho más libres y menos centralizadoras que las de la República francesa.

La enseñanza pública se divide en primaria, media y superior ó técnica; la media se subdivide en dos clases: la inferior, que se cursa en las escuelas medias, y la superior, en los ateneos y colegios, teniendo casi todas ellas una sección preparatoria.

El número de alumnos que cursaban en las escuelas era de 703.364; en la segunda enseñanza 21.746 y 7.079 señoritas, y 5.860 en las cuatro universidades.

En 28 de Diciembre de 1884 se dictó el reglamento tipo para las escuelas de instrucción primaria, que comprende entre las asignaturas obligatorias el dibujo, el canto y la gimnasia, programa que está basado en el sistema de enseñanza simultánea y progresiva en tres grados sucesivos, con arreglo al progreso de las facultades del niño. El estudio del dibujo se hizo obligatorio á consecuencia de un plan general de reorganización artística dictado por efecto del papel

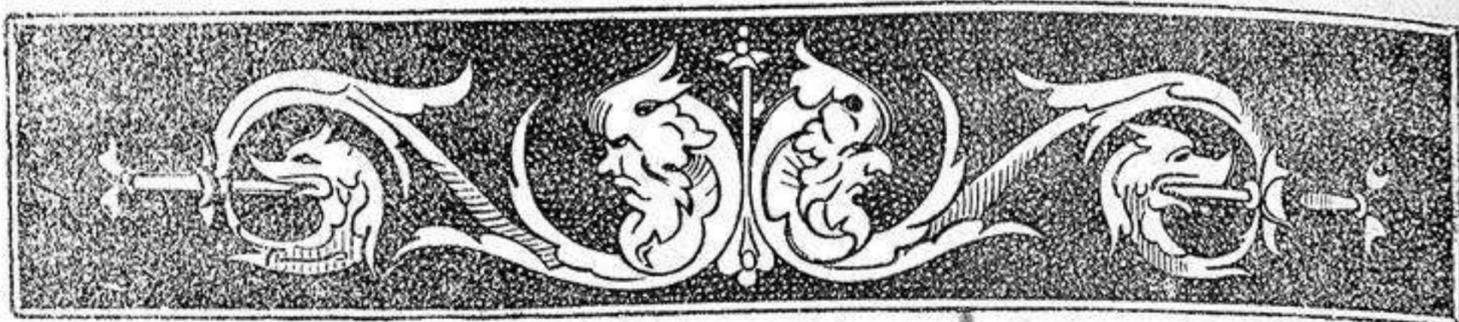
desairado que hicieron las industrias belgas en la Exposición universal de 1867.

En aquel país se han estudiado cuidadosamente todos los problemas modernos relacionados con la educación de la infancia. Hay varias escuelas *ménagères* en las que se da la instrucción práctica de las faenas domésticas; pero como estas instalaciones son costosas, se dispuso en 1887 que aun en los locales más modestos destinados á escuelas dedicasen las niñas adelantadas dos tardes por semana á recibir en la habitación de la maestra, ó en otro lugar provisto de cocina, las nociones adecuadas á las necesidades de sus familias. También se ha introducido el sistema pedagógico que considera al trabajo manual como un medio educativo, propio para despertar la aptitud de los escolares, y se van venciendo las dificultades que ofrecía la falta de preparación de los maestros para estas nuevas enseñanzas. Bruselas y otras ciudades se habían anticipado á introducir las reformas, pero el Gobierno ha tomado después varias disposiciones para extender los trabajos en madera y cartón.

PABLO DE ALZOLA Y MINONDO.

(Concluirá.)





LOS ACIERTOS DEL SEÑOR PINHEIRO CHAGAS

Y LOS ERRORES DEL SEÑOR HARRISSE

(*Conclusión*) (1)

VIII

CUALIDADES QUE DEBE REUNIR EL BUEN HISTORIADOR Y DEFICIENCIAS DE LA MAYOR PARTE DE LAS OBRAS HISTÓRICAS REFERENTES AL DESCUBRIMIENTO DEL NUEVO MUNDO.

No se deduzca de todo lo que llevo dicho en estos apuntes de crítica que yo considero perfecto el libro del Sr. Pinheiro Chagas, *Os descobrimentos portugueses e os de Colombo*, y destituídos de todo mérito los trabajos históricos del señor HARRISSE. No, en el libro del Sr. Pinheiro Chagas considero acertadísima la tendencia, la dirección, el pensamiento sintético que le sirve de fundamento; pero no me atrevería á decir que en todos los pormenores de que trata se halle en sus páginas el conocimiento exacto de la verdad, porque tal perfección no es posible encontrarla en ninguna obra histórica. Sin embargo, en los lugares de su libro donde el señor Pinheiro Chagas se muestra en disidencia con lo dicho

(1) Véase la pág. 337 de este tomo.

por Humboldt en su *Ensayo crítico sobre la historia de la geografía del nuevo continente*, me parece que la razón está toda de parte suya.

Respecto al Sr. Harrisse, bueno será hacer observar que los defectos que dice nota en las obras históricas escritas en España no son privativos de lo que impropiamente llama *escuela histórica española*, sino muy al contrario, como fácilmente puede demostrarse. En la mayor parte de los libros de Historia publicados en Europa y América abundan los defectos y escasean las cualidades merecedoras de elogio. Para escribir bien de Historia se necesitan prendas de laboriosidad é ingenio que rara vez andan juntas.

El historiador ha de ser eruditísimo, porque la erudición es la primera base del conocimiento histórico, pero al propio tiempo ha de ser también sagaz crítico y profundo pensador, porque sin la crítica, que analiza y separa el fruto alimenticio de la dañosa cizaña, y sin el pensamiento que abarca y sintetiza los últimos resultados del análisis crítico, la erudición queda reducida á informe masa de datos, documentos y noticias curiosas, que no constituyen ni podrán constituir ninguna obra verdaderamente histórica. Y además de erudito, crítico y pensador, ha de ser artista el literato que pretenda crear una obra histórica en que la proporcionalidad razonada y su orden lógico produzcan la emoción estética que sienten los lectores de los libros de ciencia, cuando estos libros están *bien hechos*, como vulgarmente se dice.

Por ser artistas, por ser *poetas en prosa*, autores como Alfonso de Lamartine, Washington Irving y Roselly de Lorgues, sin gran erudición, ni sagacidad crítica, ni alto pensamiento, han conseguido que sus biografías de Colón sean populares y ejerzan en la opinión pública tan grande como deplorable influencia.

Al contrario sucede en el *Ensayo crítico sobre la historia de la geografía del nuevo continente*, de Alejandro de Humboldt, que es la obra de un gran erudito, sagaz crítico y profundo pensador, pero obra que carece de la proporción, del método y del orden que requiere toda creación artística.

Los que además de eruditos son á la vez sagaces críticos, aunque no sean ni profundos pensadores ni hábiles artistas, pueden producir obras históricas muy estimables, como lo es sin duda la *Colección de los viajes y descubrimientos*, de don Martín Fernández de Navarrete, y como también lo son algunas de las monografías americanistas que ha publicado el Sr. HARRISSE.

La injusticia ajena no disculpa la propia injusticia. Aun cuando el Sr. HARRISSE considere á los españoles incapaces para los estudios científicos, yo jamás le negaré las cualidades de gran erudito y de sagaz crítico en los pormenores históricos, ni las de escritor ameno é ingenioso.

Cierto es, y muy cierto, que las perseverantes investigaciones en archivos y bibliotecas que ha llevado á cabo el Sr. HARRISSE para encontrar documentos inéditos que ayudasen á esclarecer los puntos dudosos de la biografía de Cristóbal Colón, es un trabajo muy estimable. Sin exagerar, puede decirse que el Sr. HARRISSE es el americanista contemporáneo que mejor conoce las particularidades de la vida de Cristóbal Colón y las vicisitudes de sus ascendientes y descendientes; pero la biografía de Colón no abarca, ni puede abarcar, la historia completa del Nuevo Mundo; porque para escribir esta historia no bastan los superficiales conocimientos de cosmografía y la ligerísima idea del arte náutico, que forman parte de la cultura general de nuestra época, no por cierto; para escribir la historia del descubrimiento del Nuevo Mundo es preciso conocer profundamente la cosmografía y su historia, la geografía y su historia y la náutica y su historia.

Cuando se escriban extensa y concienzudamente la historia general de la cosmografía, la de la geografía y la del arte náutico, en estas obras históricas se hallará comprendida la parte más importante de la historia del descubrimiento del Nuevo Mundo. Y digo la parte más importante, porque en la historia del derecho internacional, en la de la antropología y en la de la filología han de tratarse cuestiones íntimamente relacionadas con el descubrimiento del Nuevo Mundo, que no pueden ser omitidas en una historia completa de tan grandioso acontecimiento.

La mayor parte de los historiadores modernos, no así los primeros cronistas de Indias, quieren deducir de la biografía de Colón la historia del descubrimiento de América, y de ésta la del descubrimiento del Nuevo Mundo, que adornan con algunas noticias de la ciencia geográfica y del arte de navegar, siempre incompletas y algunas veces enteramente falsas. Es preciso seguir un camino enteramente contrario. Es preciso que de la historia general de la geografía se deduzca la importancia del descubrimiento del Nuevo Mundo, y que en la historia de este descubrimiento se fije el valor de cada uno de los héroes que lo realizaron, el infante don Enrique de Portugal, Jaime de Mallorca, Gil Eannes, Bartolomé Díaz, como precursores; Cristóbal Colón, que señala el más alto puesto de aquella empresa, los Pinzones, Vasco de Gama, Juan de la Casa, Américo Vespucio, Magallanes, Elcano, Mendaña, Torres, Quirós y tantos otros insignes descubridores que, al comenzar el siglo XVII, dieron terminado casi por completo el conocimiento geográfico de las dos partes del mundo que hoy llamamos América y Oceanía.

IX

TENTATIVAS HECHAS Y MATERIALES YA REUNIDOS PARA ESCRIBIR LA HISTORIA DEL DESCUBRIMIENTO DEL NUEVO MUNDO

Existen dos obras, bastante conocidas en España por haber sido puestas en castellano, en que se trata de presentar el cuadro histórico de los descubrimientos geográficos desde la má remota antigüedad hasta nuestros días. Una de estas obras se titula *Viajeros antiguos y modernos*, fué escrita en francés por Eduardo Chartón y traducido al español, en 1861, por D. Manuel M. Flamant y D. Francisco Medina-Veitia, y la otra, cuyo título es *Los descubrimientos del Globo*, está escrita por el célebre novelador Julio Verne, traducida por D. R. Fernández Cuesta y publicada en la *Biblioteca ilustrada de Gaspar y Roig* en 1879. Estos dos libros no valen mucho en sus textos originales, pero aún valen

menos en sus traducciones al castellano. Los Sres. Flamant y Medina-Veitia tradujeron del francés al castellano las cartas de Hernán Cortés al emperador Carlos V, y el Sr. Cuesta dejó pasar sin correctivo el evidente error que comete vulio Verne cuando dice que las remesas de esclavos que Jenían de las Indias en los primeros años del descubrimiento se disponían tan secretamente que Cristóbal Colón nada sabía de tales remesas, porque si se hubiera enterado, jamás habría consentido semejante infamia. Traductores que tan por completo desconocían la historia del descubrimiento del Nuevo Mundo, ya puede imaginarse hasta qué punto añadirían equivocaciones de nombres propios, así personales como geográficos, á las que ya existían en los libros originales de los dos autores franceses.

La historia del descubrimiento, conquista y población del Nuevo Mundo es obra magna, que aún está, y estará, por hacer durante muchos años; pero ya hay materiales acopiados para escribir una parte de esta historia, la del descubrimiento, porque la de la conquista y población es aún muy poco conocida.

Cierto es que el libro de Alejandro de Humboldt, *Examen crítico de la historia de la geografía del nuevo continente y de los progresos de la astronomía náutica en los siglos XV y XVI*, quedó incompleto, pero mucho de lo que dejó sin escribir el ilustre polígrafo alemán se halla en la notable monografía del Vizconde de Santarem, cuyo título completo dice así: *Essais sur l'histoire de la cosmographie pendant le moyen âge, et sur les progrès de la géographie après les grandes decouvertes du XV^{eme} siècle, pour servir d'introduction et d'explication à l'atlas composé de mappe-mondes et de portulans et d'autrée monuments géographiques depuis le XI^{eme} siècle de notre ère jusqu'au XVII.*

También publicó otro libro el Vizconde de Santarem, titulado *Investigaciones históricas, críticas y bibliográficas sobre Américo Vespucio y sus viajes*, en que acaso se adjudica á Colón más gloria que la que en justicia le corresponde; porque Américo Vespucio, según la crítica moderna, ha sido acusado de graves faltas que realmente no había cometido.

Era Vespuccio una de las muchas víctimas sacrificadas en aras de los entusiasmos colombianos, pero los novísimos estudios históricos comienzan á borrar las manchas que deshonraban su memoria.

Añadiendo á las obras que acabo de citar las breves reseñas de la historia de los descubrimientos de América y Oceanía que ha puesto Mr. Eliseo Reclus en su *Nueva Geografía Universal* y el libro del Sr. Pinheiro Chagas, *Os descobrimentos portuguezes e os de Colombo*, se habrán reunido los mejores materiales que hoy existen para escribir una historia científica del descubrimiento del Nuevo Mundo. No hay que decir que quien tal empresa intente ha de leer y releer los historiadores portugueses y castellanos de los siglos XV y XVI que trataron de los descubrimientos geográficos en África, Asia y América, y las colecciones de documentos publicados en Italia, Portugal y España; y no ha de desdeñar las investigaciones en archivos y bibliotecas para ver por sí mismo los mapas y manuscritos que puedan esclarecer los puntos dudosos, tales como la determinación precisa de las primeras tierras á que arribó Cristóbal Colón; los viajes verdaderos ó falsos de Américo Vespuccio; el descubrimiento, casual ó intencionado, del Brasil por Alvarez Cabral, y otros muchos, más ó menos interesantes, pero todos curiosos por tratarse del suceso que, según Humboldt y Reclus, señala el verdadero principio de la Edad Moderna, el descubrimiento del Nuevo Mundo.

La conmemoración secular que acaba de realizarse en Europa y en los pueblos hispano-americanos, y que aún ha de continuar en los Estados Unidos, dejará como su mejor fruto la rectificación de la historia en ciertos juicios erróneos que pasaban como verdaderos entre los modernos historiadores del descubrimiento, conquista y población de América y Oceanía. En el curso de estos apuntes críticos y en su dedicatoria á la *Academia Real das Sciencias de Lisboa* he indicado la extraordinaria importancia que tienen para la rectificación de la historia colombina algunos de los libros que han visto la luz pública con ocasión de las fiestas conmemorativas del cuarto centenario del descubrimiento del Nuevo

Mundo; pero fuera injusto, ya que de esta materia he tratado, no señalar, siquiera sea muy ligeramente, el camino que ha seguido la rectificación de ciertos errores históricos, para España deshonrosos, que inventados por la ignorancia y la envidia de los extranjeros, habían sido acogidos por la mayor parte de nuestros historiadores, y hasta cantados por nuestros poetas, como si fuesen glorias nacionales. La explicación de la idea que acabo de indicar debe ser tratada en capítulo aparte.

X

LA HISTORIA FABULOSA DEL DESCUBRIMIENTO DEL NUEVO MUNDO IDEADA POR LOS HISTORIADORES EXTRANJEROS Y DESTRUÍDA POR LOS CRÍTICOS ESPAÑOLES

Para el vulgo de las gentes, hasta hace muy poco tiempo, la historia del descubrimiento del Nuevo Mundo estaba reducida á esta breve y novelesca relación:

Un genio, el italiano Cristóbal Colón, *llevaba un mundo dentro de su cabeza*, y lo fué ofreciendo á varios Estados europeos, Génova, Venecia, Portugal, Inglaterra, pero nadie aceptó el ofrecimiento, y lo mismo le hubiese pasado en España á no ser porque hizo la casualidad que aquí hubiese una reina sensible; reina que se enamoró del proyecto del sabio italiano, ofreció vender sus joyas, y, en efecto, las vendió ó las empeñó, para sufragar los gastos de la empresa, que así, y sólo así, pudo llevarse á cabo, contra la voluntad del marido de aquella reina de Castilla, que lo era el malvado rey de Aragón, D. Fernando el Católico, y apesar de la oposición de fanáticos clérigos y de magnates tan ineptos como envidiosos. El italiano Colón cumplió su promesa y regaló un mundo á Castilla; pero la ingratitud de los españoles y de sus reyes llegó entonces á su más alto punto: Colón fué calumniado, desposeído inicuaamente del gobierno de las tierras que había descubierto, encerrado en un calabozo, cargado de cadenas y, por último, se le dejó morir olvi-

dado y pobre en un mesón de Valladolid, donde un caritativo marinero le mantenía de limosna.

Esta, que podría llamarse *Historia fabulosa del descubrimiento del Nuevo Mundo*, no la habían escrito, como el señor HARRISSE podría suponer, los ineptos españoles, cuya inteligencia atrofiada por la Inquisición es totalmente incapaz para las investigaciones históricas, no por cierto; autores extranjeros de tanto crédito como el escocés Robertson y el alemán Campe habían aceptado bajo la fe de D. Fernando Colón muchos de los errores apuntados. Después había continuado la tarea el italiano Luis Bossi, el inglés Arturo Helps y los norteamericanos Prescott é Irving; y, por último, habían añadido todos los adornos y ampliaciones novelescas que tuvieron por conveniente los célebres franceses (aunque célebres en distinto grado) Alfonso de Lamartine y el conde Roselly de Lorgues.

En vano D. Martín Fernández de Navarrete en 1825 y años después los PP. Ricardo Cappa y Fidel Fita, el capitán de navío D. Cesáreo Fernández Duro y los Sres. D. Marcos Jiménez de la Espada y D. Justo Zaragoza habían procurado destruir algunos de los errores que constituían la falsa historia del descubrimiento colombino, que como verdadera nos presentaban los sabios escritores nacidos en Inglaterra y en Alemania, en Italia y en Francia, y hasta en los Estados Unidos, patria de nuestro áspero crítico el Sr. Enrique HARRISSE; pero llegó la hora en que había de celebrarse el cuarto centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo, y ya en la convocatoria del certamen internacional para premiar la mejor historia de este descubrimiento se comenzó á restablecer la verdad de los hechos, recordando que las empresas marítimas de los portugueses fueron el necesario fundamento de la que llevó á cabo Cristóbal Colón al hallar por primera vez las Indias Occidentales en el día 12 de Octubre de 1492. Hay que notar que esta convocatoria, publicada con fecha 19 de Junio de 1889, estaba firmada por el Duque de Veragua, representante hoy de la casa fundada por Cristóbal Colón, y por los Sres. D. Juan Valera y D. Juan Facundo Riaño, *académiciens espagnols*.

Poco tiempo después de esta convocatoria el presidente de la sección de Ciencias históricas del Ateneo de Madrid, D. Antonio Sánchez Moguel, organizó las conferencias americanistas que tanto han excitado la ira del Sr. Harrisse. En estas conferencias el Sr. Moguel designó un puesto de preferencia á los publicistas portugueses que quisieran honrar la cátedra del Ateneo con sus doctas enseñanzas; y en efecto, el Sr. Oliveira Martins vino desde Lisboa á Madrid para narrar elocuentemente la historia de los descubrimientos geográficos de los portugueses anteriores á los de Colón. El presidente del Ateneo, D. Antonio Cánovas del Castillo, en el discurso inaugural de estas conferencias, señaló con segura mano lo que debía ser la crítica histórica en los tiempos presentes, y se mostró profundo conocedor de los errores que habían transformado la gloria de los descubrimientos colombinos en padrón de ignominia para nuestra madre patria. Siguiendo las indicaciones del Sr. Cánovas, en las conferencias de la Sra. Pardo Bazán y de los Sres. Marqués de Lema y D. Cesáreo Fernández Duro y en las del autor de estas líneas se procuró demostrar, como dice el Sr. Menéndez y Pelayo, «que ni los españoles que protegieron y ampararon á Colón eran tan imbéciles, tan crueles, tan malvados y tan ingratos como se supone, ni el Almirante era tampoco aquel ser impecable y desvalido, ni aquella excepción maravillosa enmedio de un siglo bárbaro, sino, al contrario, un grande hombre que participaba de todos los errores y pasiones de su tiempo.»

Con notoria injusticia el Sr. Harrisse ha reducido su examen de las conferencias del Ateneo á cuatro ó cinco de las que acabo de citar, olvidándose de otras en que no había necesidad de ocuparse en las cuestiones controvertibles relacionadas con la biografía de Colón, y que, sin embargo, debía haber analizado el crítico que pretendía conocer á todos nuestros modernos historiadores, para deducir de este conocimiento la incapacidad científica de todos los españoles. Es lo cierto que las conferencias de los generales Riva Palacio, Arceche, Reina y Carrasco, las de los Marqueses de Cerralbo y de Hoyos y las de los Sres. Balaguer, Jardiel, Danvila,

Zorrilla de San Martín, Beltrán, Riaño, Saavedra, Fabié, Torres-Campos, Salillas, Becerro de Bengoa y algunas otras forman un conjunto de monografías que, ya por sus noticias eruditas, ó ya por su estilo elocuente, merecen fijar la atención del historiógrafo y del literato. No me atrevo á juzgar otras conferencias, como las de los Sres. Antón, Colmeiro, Cortázar y Carracido, porque versan sobre materias para mí muy poco conocidas. Como resumen puede decirse que las cincuenta y cinco conferencias dadas en el Ateneo de Madrid por iniciativa del Sr. Sánchez Moguel han contribuido muy poderosamente, diga lo que diga el Sr. HARRISSE, á desvanecer errores históricos y destruir la falsa creencia de que se conmemoraba tan sólo la gloria de Colón en el día 12 de Octubre de 1892, cuando realmente lo que se celebraba era el cuarto centenario del descubrimiento del Nuevo Mundo, que hoy llamamos América y Oceanía, empresa heroica llevada á cabo por la raza ó la gente ibérica, desde principios del siglo XV hasta los del XVII. Esta misma afirmación hizo el ilustre crítico D. Juan Valera al escribir las páginas con que comienza la revista ilustrada *El Centenario*, diciendo terminantemente que «la empresa de Colón no fué suceso aislado y sin antecedentes, sino punto en una línea, grado en una escala y centro culminante en el desarrollo y acción de una epopeya empezada y seguida por los portugueses desde principios de aquel siglo (el XV) para disipar la oscuridad y ahuyentar los fantasmas y monstruos que el miedo y la ignorancia habían engendrado en el mar tenebroso.»

Se ve, pues, que la convocatoria del Certamen internacional, las conferencias del Ateneo de Madrid y la introducción de *El Centenario*, órgano oficial de la Junta directiva de la conmemoración secular del descubrimiento del Nuevo Mundo, coinciden en presentar unidos á los dos pueblos peninsulares en la empresa de averiguar experimentalmente la extensión y forma del planeta en que vivimos, borrando así el carácter de maravillosa adivinación del genio individual, que querían sediese á los grandes descubrimientos geográficos de los siglos XV y XVI los panegiristas de Cristóbal Colón y jurados enemigos de las glorias hispano-portuguesas.

XI

ERRORES QUE COMETE EL SR. HARRISSE AL NEGAR Ó DESCONOCER LA VALÍA DE LOS ESTUDIOS HISTÓRICOS PUBLICADOS EN PORTUGAL Y ESPAÑA CON MOTIVO DE LA CONMEMORACIÓN DEL CUARTO CENTENARIO DEL DESCUBRIMIENTO DEL NUEVO MUNDO

No me desvíó en este capítulo, ni en los dos anteriores me he desviado, del propósito que ahora guía mi pluma, como á primera vista pudiera parecer; porque para contestar á las censuras del Sr. HARRISSE hay que poner en claro lo que era la historia del descubrimiento del Nuevo Mundo, según los autores extranjeros, y lo que es hoy, mediante el esfuerzo de los escritores españoles, de los *académiciens espagnols*, de la *charmante conférenciere* y de los conferenciantes del Ateneo de Madrid, á quienes mira desdeñosamente desde su alto pedestal científico el ilustre crítico norteamericano.

Relatado queda en el capítulo anterior cómo ha sido razonadamente fundado el concepto orgánico, valga el adjetivo, de la historia del descubrimiento de América y Oceanía; y como lógica consecuencia de tan buen comienzo, pronto aparecieron diligentes eruditos que han hecho notar la deficiencia del conocido lema nobiliario,

Por Castilla y por León,
Nuevo Mundo halló Colón,

mostrando que los aragoneses y su rey D. Fernando el Católico no fueron ajenos á la empresa colombina. Por otra parte, los escritores portugueses Oliveira Marthins (ya antes citado), Teófilo Braga, Lopes de Mendonça y otros han terminado la obra de restablecer la verdad histórica, que en breve síntesis ha presentado el ya dicho Sr. Mendonça, escribiendo lo siguiente en la colección de *Memorias de la Comisión portuguesa*:

«Duas nações compartilham a gloria da mais fecunda e transcendente revolução de que rezam os anaes da humanidade. Dois povos irmãos, do extremo sudoeste da Europa, lograram conquistar para a civilisação mundos inteiros desconhecidos e preencher o mappa-mundi con mais de tres quartes do globo inexploradas... O secculo XVI apparece á nossa vista deslumbrada como uma epocha de semideuses, que, por mares nunca d'antes navegados, realizazarem o velho muytho da Grecia libertando audaciosamente o Prometheu, auventado a negro rocha do Mysterio.»

Resulta que, como consecuencia del centenario que acaba de celebrarse, ha desaparecido para siempre de las páginas de la historia el Cristóbal Colón que, por exclusiva intuición de su genio, descubrió el Nuevo Mundo y fué mártir de la ignorancia, de la envidia y de la maldad de los dos pueblos ibéricos y de sus ilustres reyes, D. Juan de Portugal, que intentó robarle su secreto de navegante, y D. Fernando de Aragón, que le dejó morir en pobre albergue y cruelísimo abandono.

El Sr. HARRISSE, en su artículo *Un historien espagnol de Colomb* y en su libro *Christophe Colomb devant l'Histoire*, afirma que los españoles no saben investigar ni exponer la verdad histórica; y enfrente de esta ofensiva afirmación se puede presentar el hecho de haberse rectificado por completo lo que pasaba por verdad en la historia del descubrimiento del Nuevo Mundo, merced á los esfuerzos de críticos y eruditos españoles y de ilustres escritores portugueses, que, según el Sr. HARRISSE, también debían tener atrofiada la inteligencia, porque en Portugal hubo Inquisición lo mismísimo que en España.

Sí, nadie repetirá la fábula del navío despachado secretamente por el rey D. Juan de Portugal para privar á Colón de la gloria de su descubrimiento después de leer el libro del Sr. Pinheiro Chagas, *Os descobrimentos portugueses e os de Colombo*; nadie acusará de pérfido enemigo de Colón á don Fernando el Católico si repara en los argumentos que contra tal acusación han presentado D. Antonio Cánovas del Castillo, en el discurso inaugural de las conferencias americanistas del Ateneo de Madrid, el presbítero D. Miguel Mir en

su notable folleto, y el catedrático D. Eduardo Ibarra en un libro muy bien pensado; nadie llamará desertores al general Mosén Pedro Margarit y á Martín Alonso Pinzón si conoce las defensas que han hecho de estos célebres personajes históricos el P. Fidel Fita y D. Cesáreo Fernández Duro; nadie manchará la memoria del P. Bernardo Buil por haber abandonado la isla Española, si fija su atención en las consecuencias que se desprenden de los numerosos documentos publicados por el P. Fita en el *Boletín de la Real Academia de la Historia*; nadie llamará infame al Comendador Bobadilla, después de conocido uno de los documentos que acaba de publicar la Sra. Duquesa de Alba y después de recordar, como yo lo he hecho en mis conferencias del Ateneo, lo ocurrido en la Española en Agosto y Septiembre de 1500, según el testimonio del P. Las Casas y de Gonzalo Fernández, y según lo que aparece en los documentos oficiales de la colección publicada por D. Martín de Navarrete; en suma, hoy cabe repetir lo que ha dicho en una revista italiana el Sr. Vecchi: «Acusar á España de ingratitude con Cristóbal Colón es una iniquidad evidente, que sólo puede haber sido inventada por la más completa ignorancia ó por la más proterva maldad.»

No ha sonado aún, ni sonará jamás, dice sentenciosamente el Sr. HARRISSE, la hora en que pueda rehabilitarse la buena fama del P. Buil, ni la de Pinzón, ni la de Bobadilla; pero en esta afirmación, como en otras varias, el escritor norteamericano se equivoca de medio á medio. En la *Historia científica del descubrimiento del Nuevo Mundo*, obra iniciada por Alejandro de Humboldt, completada en parte por el Vizconde de Santarem y hoy presentada en breve resumen por el Sr. Pinheiro Chagas, aparece Colón tal como es, un varón insigne, un genio, el más glorioso entre los gloriosos descubridores del Nuevo Mundo; pero no un varón perfecto, ni mucho menos. En las relaciones políticas de Colón con los reyes y los magnates de Portugal y España hubo luchas de intereses, en las cuales los reyes D. Juan de Portugal y don Fernando de Aragón, el P. Fr. Bernardo Buil, Pinzón y Bobadilla acaso representaban la causa de la razón de Estado

y de la equidad contra los desvaríos de la fantasía y los desvanecimientos del poder y de la ambición personal.

Si aún se creyese preciso amontonar más y más pruebas en que se demostrase que el Sr. HARRISSE ha desconocido por completo la labor histórica de los autores españoles realizada en estos últimos tiempos, recordaría aquí la *Historia del descubrimiento de América* del eminente orador Emilio Castelar, obra en que, sin disminuir en lo más mínimo la épica grandeza del primer Almirante del mar Océano, se hace justicia á los personajes que aparecen maltratados sin piedad por los ciegos panegiristas de Cristóbal Colón. Recordaría el estudio del Sr. Fernández Duro, publicado en *El Centenario*, acerca del estrecho que buscaba el primer Almirante de las Indias, estudio en que se demuestran los errores cometidos por Washington Irving y otros muchos célebres historiadores al tratar de este asunto. Y en la misma revista que acabo de citar, *El Centenario*, aparecen los artículos de don Antonio Paz y Melia aclarando puntos muy dudosos de la biografía de Colón, que el Sr. HARRISSE ha dejado en la sombra; un estudio crítico del Sr. Menéndez y Pelayo, juzgando á los biógrafos del Almirante con altísimo criterio, acaso en demasía benévolo, selecta erudición y vigoroso estilo, y un artículo de D. Felipe Picatoste, en que se prueba que Colón obtuvo mayor recompensa por su descubrimiento que la que se ha concedido á los más insignes descubridores de los tiempos modernos. El folleto del Sr. D. Angel de Altolaqui-rrre, titulado *Llegada de Colón á Portugal*, es un trabajo histórico semejante al antes citado del Sr. Paz y Melia, que rectifica errores cometidos por los más acreditados biógrafos del descubridor de las Indias Occidentales. Otro folleto del Sr. D. Juan López Valdemoro, Conde de las Navas, que se titula *Homenaje á Colón por cuenta... y á costa ajena*, es también interesante y curioso, y las mismas condiciones reúne el concienzudo estudio crítico que comenzó á publicar don Miguel Carrasco Labadía en la REVISTA CONTEMPORÁNEA con el título de *Colón en el Ateneo*.

Si á todos los libros, folletos y artículos que acabo de citar se añaden las colecciones de documentos publicados por

la Sra. Duquesa de Alba, la Academia Real de Ciencias de Lisboa, la Real Academia de la Historia y la Sociedad de bibliófilos andaluces, parece que las manifestaciones científicas de lo que el Sr. Harrisse llama *escuela histórica española* no son tan insignificantes ni tan destituídas de todo mérito como supone, mejor dicho, como asegura que lo son el crítico de la *Revue Historique*, que firma con las iniciales B. A. V., ó sea el autor de la *Biblioteca Americana Vetustissima*, Enrique Harrisse.

XII

LA ESCUELA HISTÓRICA ESPAÑOLA Y LA ESCUELA ASÍ LLAMADA ERRÓNEAMENTE POR EL SEÑOR HARRISSE

Realmente, según mi juicio, existe una *escuela histórica española*, pero muy distinta á la que censura con tanta dureza como injusticia el sabihondo autor de *The discovery of North America*. Pertenecen á esta escuela histórica todos los escritores españoles y algunos pocos extranjeros, principalmente alemanes, que á las *boutades* de los Masson de Morvillier, Guizot, Buckle y Draper oponen el estudio concienzudo de la Historia, y mediante laboriosas investigaciones demuestran que Portugal y España, que la raza ó la gente ibérica han contribuído al progreso de la civilización europea tanto ó más que Italia, Francia, Alemania ó Inglaterra. A la escuela histórica española se puede decir que pertenecen los sabios alemanes que destruyeron el neo-clasicismo francés del siglo XVIII y demostraron que el *Roman-cero del Cid* es una sarta de perlas, y *Os Lusíadas* el mejor de los poemas épicos que en la Edad Moderna se han escrito; y los literatos ingleses y alemanes que pusieron en punto de evidencia la singular valía de la inmortal creación literaria de Cervantes, el *Quijote*, y los tesoros de poética inspiración que avaloran el teatro hispano-portugués de los siglos XVI y XVII.

A la escuela histórica española pertenecen el abate Denina, Cavanilles, Lampillas y Forner, al contestar á los in-

justos detractores de nuestra cultura nacional, y el Marqués de Santa Cruz de Marcenado, que en su proyecto de un *Diccionario universal* se adelanta más de un siglo á lo que en nuestra época ha realizado el ya famoso Pedro Larousse, y sus *Reflexiones militares* puso de manifiesto sus grandísimos conocimientos en la historia militar de todos los tiempos y de todos los pueblos.

Sería imposible enumerar aquí todas las manifestaciones de lo que yo entiendo que constituye la verdadera escuela histórica española (no la contrahecha, que así denomina el Sr. Harrisse), sin convertir en un voluminoso libro el capítulo final de los apuntes críticos que ahora escribo; pero no he de callar el renacimiento, ó mejor dicho, la creación de la historia de la ciencia española, obra iniciada por mi inolvidable amigo D. Gumersindo Laverde, y que ya puede decirse que está en lo esencial terminada por el insigne escritor D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

Volviendo al asunto de que ahora especialmente estoy tratando, hay en la historia del descubrimiento del Nuevo Mundo una serie de autores que forman escuela; serie que comienza en los primitivos cronistas de tan notabilísimo acontecimiento, Pedro Mártir de Angleria, Gonzalo Fernández de Oviedo, Andrés Bernáldez y Francisco López de Gómara, y aun puede incluirse entre estos nombres el del padre Las Casas, despojando á sus libros de ciertas exageraciones dogmáticas contrarias á la índole propia de la naturaleza humana. Herrera, Solís, Pizarro y Orellana, Bernal Díaz del Castillo y otros varios autores añaden pocas noticias de verdadera importancia histórica á las que ya se hallan consignadas en los primitivos cronistas de Indias. Posteriormente D. Juan Bautista Muñoz, en su colección manuscrita de documentos, y D. Martín Fernández de Navarrete, en su *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV*, presentan reunidos los materiales que han utilizado en sus obras los autores que en estos últimos tiempos han escrito acerca de la historia del descubrimiento de las Indias Occidentales. Puede decirse con verdad que la escuela histórica española, en lo concerniente

á la narración del descubrimiento del Nuevo Mundo, pone en cuarentena todo lo escrito por la mayor parte de los historiadores extranjeros, y recurre, para rectificar sus numerosos errores, á los antiguos cronistas de Indias, como testigos de los hechos que relatan, á los documentos oficiales y extraoficiales, ya publicados ó ya inéditos, y á todos los medios de investigación de la verdad que someramente indiqué en uno de los capítulos anteriores, en el titulado *El historiador Enrique Harrisse retratado por el crítico Enrique Harrisse*. Así el P. Ricardo Cappa, en su obra histórica *Colón y los españoles*; así D. Cesáreo Fernández Duro, en sus libros *Colón y la historia póstuma*, *Nebulosa de Colón* y *Pinzón en el descubrimiento de las Indias*; así los Sres. D. Marcos Jiménez de la Espada y D. Justo Zaragoza, en varias reimpressiones convenientemente comentadas de historiadores indianistas; así los académicos de la de la Historia y los conferenciantes del Ateneo de Madrid, que tan donosas frases inspiran al Sr. Harrisse, han conseguido rectificar un grandísimo número de errores cometidos por los sabios extranjeros que, para ensalzar á Cristóbal Colón, habían puesto la deshonra de España como pedestal de su imperecedera gloria.

Al ir á terminar estos apuntes críticos llega á mis manos una biografía de Colón en que ya se ve comprobado el influjo de las monografías históricas que han visto la luz pública con ocasión del centenario que acaba de conmemorarse. *Cristóbal Colón. Historia del descubrimiento de América*, por Francisco Serrato, se lee en la portada del indicado libro, cuya tendencia fácilmente se puede colegir fijando la atención en que su prologuista, el canónigo de Valencia D. Roque Chabás, dice que «El centenario del descubrimiento de América nos ha hecho volver la vista hacia la grandiosa figura del primer Almirante de las Indias; pero de tal manera se le ha estudiado, que de él han hecho un *santo* unos, otros un *diablo*. Seguramente *no está la verdad* en estos extremos.» Tiene muchísima razón el canónigo Sr. Chabás; Colón no es el *santo* con que sueña Roselly de Lorgues, ni el malvado que nos describe el norteamericano Goodrich.

En otra parte dice el prologuista: «Bien mirada la obra

del Sr. Serrato es una vindicación de muchos nombres, que se habían deprimido para exaltar el del héroe. D. Fernando el Católico, los Pinzones, el Cardenal Mendoza, Fr. Hernando de Talavera, la Universidad de Salamanca, salen vindicados de los injustos cargos que se les hacían; y Colón no muere en la miseria ni cargado de cadenas, como algunos han querido decir, sino á consecuencia de la gota y acongojado por la muerte de D.^a Isabel, que traía tantas complicaciones políticas, imposibilitando al Rey Católico (que no por ser político sagaz dejaba de tener corazón noble) el continuar siendo su favorecedor.»

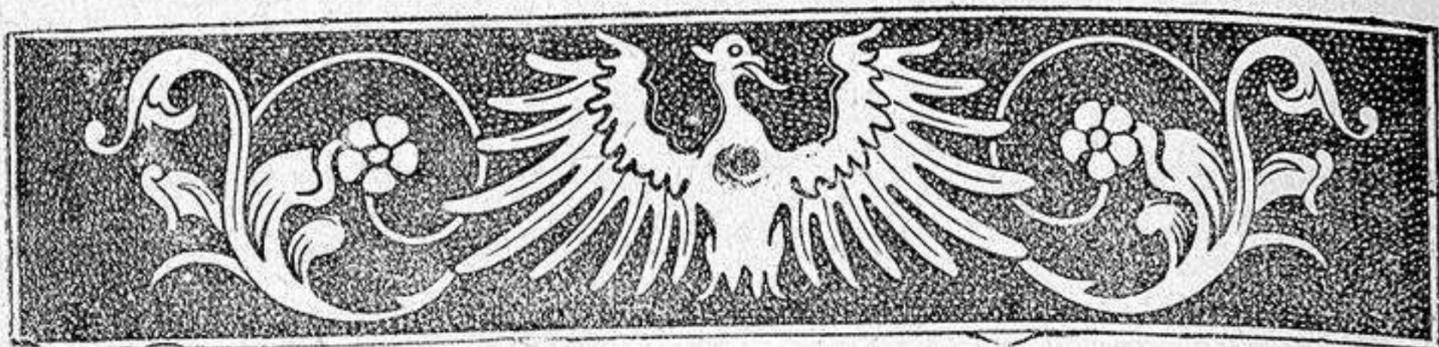
Sí; es cierto, existe una escuela histórica española, pero se equivoca mucho el Sr. HARRISSE al negar todo valor científico á los autores que á esta escuela pertenecen; puesto que el día que se escriba la historia del descubrimiento del Nuevo Mundo, acompañada de todas las pruebas que esta historia requiere, se verá claramente que los pensadores, los críticos y los eruditos portugueses y españoles son los que más han contribuído al esclarecimiento de la verdad, destruyendo las fábulas inventadas por los panegiristas extranjeros del primer Almirante del mar Océano.

He concluído la tarea que me propuse llevar á cabo, porque creo haber puesto en punto de evidencia los aciertos que brillan en las páginas del estudio histórico del Sr. Pinheiro Chagas, *Os descobrimentos portuguezes e os de Colombo*, y los errores que ha cometido el Sr. HARRISSE en su artículo *Un historien espagnol de Colomb* y en su libro *Christophe Colomb devant l'Histoire*.

LUIS VIDART.

Madrid 25 Febrero 1893.





LA MONARQUÍA Y LA REPÚBLICA

III

Es error muy difundido el de que son de igualdad las relaciones que existen entre la monarquía y la república, y, por lo tanto, que no tiene la una sobre la otra razón ninguna de superioridad y excelencia. Gran número de católicos profesan este error que deducen del hecho de que la Iglesia vive y se acomoda lo mismo con las monarquías que con las repúblicas, y si fué perseguida en Francia durante la revolución, también lo fué en Roma durante el imperio, y si floreció generalmente en las monarquías de la Edad Media, también le sucede lo propio en la gran república norteamericana. Adviértase, sin embargo, que el estudio de las relaciones que existen entre las dos principales formas de gobierno, así como el de éstas en sí mismas, no pertenece al derecho divino ni al derecho eclesiástico, sino al derecho político, con su raíz y causa próxima en la ética y el derecho natural, y que, por lo tanto, la Iglesia sólo tiene que ver con ellas por dicha raíz y causa próxima, y no en ellas por ellas y sus relaciones. No puede deducirse, pues, de que la Iglesia se acomode con todas las formas de gobierno, que todas estas formas sean perfectamente iguales ante la ciencia jurídica y los hechos, y que las unas no sean superiores á las

otras en abstracto y en concreto, en el orden subjetivo y en el objetivo (1). Siendo los gobiernos, en cuanto gobiernos, de origen natural (2), y en cuanto á su forma, de origen humano (3), ante la razón, ilustrada por las enseñanzas de la historia, ha de verse el pleito de la superioridad de unos sobre otros, y á la razón corresponde dictar el fallo después de oír á los representantes de las partes. De aquí que las autoridades doctrinales de la Iglesia, al inhibirse en el conocimiento de este pleito, se limiten á declarar que éste no es de su especial jurisdicción, dejando á la razón y la ciencia, jueces competentes, que fallen como mejor haya lugar en derecho. ¿Y qué se diría de quien tratase de deducir de la inhibición de la Iglesia en la inteligencia y fallo de un asunto de física, química ó matemáticas, que es en absoluto indiferente este fallo, y que cada mortal puede resolverlo según le acomode? (4)

Aparte de la superioridad de la unidad sobre la pluralidad, en cuanto unidad, y de la autoridad, en cuanto unidad, sobre la autoridad, en cuanto pluralidad, por la razón de unidad que el concepto de autoridad encierra, es lo cierto que la historia de los Estados que han cambiado de forma de gobierno muestra cómo no ha dejado de influir en ellos este cambio. Atenas vivió mucho más tranquila bajo sus reyes que bajo el imperio de sus asambleas populares; Roma llegó por los

(1) «No creo que sea faltar al respeto debido á la religión santa decir que debe en parte su triunfo á que ha sabido desligarse de todo lo que podía ser especial de un pueblo, de una forma de gobierno, de un estado social, de una época, de una raza.» Tocqueville, *L'ancien régime et la révolution*, pág. 18.

(2) «Todas las cosas que son de derecho natural, proceden de Dios como autor de la naturaleza.» Suárez, *Defensio Fidei*, lib. III, cap. I, pág. 182.

(3) «Las instituciones políticas son, cuanto á su forma, obra inmediata de los hombres.» Suárez, obra citada, lib. III, cap. II, pág. 187.

(4) «El derecho de soberanía, en razón de sí propio, no está necesariamente vinculado á tal ó cual forma de gobierno: puede escoger y tomar legítimamente una ú otra forma política con tal de que no le falte capacidad de obrar eficazmente el bien común.» «No hay razones para que la Iglesia no apruebe el principado de uno ó de muchos, siempre que sea justo y que tienda al bien común. Hé aquí por qué, salvados los derechos de la justicia, no está prohibido á los pueblos elegir la forma de gobierno que mejor conviene á su índole ó á sus instituciones y á las costumbres de sus antepasados.» León XIII, *Colección de Encíclicas*, págs. 164 y 316. Madrid, 1889.

desenfrenos de la democracia y de los partidos, desenfrenos ignorados en tiempo de los reyes, á las ignominias del imperio; Francia, floreciente bajo el reinado de Luis XVI, según el testimonio de Tocqueville, citado ya, y directora, poco antes, de la política del mundo, cayó en la tiranía de los partidos y en la anarquía y el terror tan pronto como se convirtió en república, y España gastó en los años de dominio de los hombres de la revolución de Septiembre más millones que en largos siglos de monarquía, y contrajo deudas que son una de las principales causas del malestar económico que se siente, y que habrán de pagar con enormes réditos las generaciones futuras (1). Ahora bien, ¿puede ser indiferente para un pueblo vivir tranquilo ó vivir constantemente agitado por huracanes de deshechas pasiones, gozar del orden y la disciplina ó sufrir los desenfrenos de las turbas y de los partidos, padecer en último caso la tiranía de un César ó la de muchos Césares, gastar los recursos de las generaciones presentes ó comprometer con deudas enormes la ordenada existencia de las generaciones venideras? El Brasil vivió tranquilo mientras estuvo constituido en monarquía, y vive agitado por constantes conmociones populares, por sublevaciones que ocasionan grandes derramamientos de sangre, y por conatos y realidades revolucionarias desde el primer instante en que se constituyó en república. De los hombres que bajo la presidencia del emperador gobernaban anteriormente el Brasil á los que lo gobiernan ahora, va escasa diferencia, intelectual y moralmente hablando. De aquí que sólo por la influencia de las formas de gobierno en la vida nacional del pueblo brasileño pueda explicarse el estado de orden y tranquilidad de que se gozaba antes, y el estado de perturbación y trastorno en que se vive ahora (2).

(1) La revolución de Setiembre aumentó nuestra deuda pública en 4.760.198.027 y consumió además 937 millones de recursos extraordinarios, dejando al terminar su gestión una deuda flotante de 556.593.824 pesetas.

(2) En punto á principios y doctrinas, es sólo accidental la diferencia que existe entre la constitución imperial de antes y la republicana de ahora. Rodríguez, *Constituição politica do Imperio do Brasil*, Río Janeiro, 1881, y *Constituição do Brasil*, Río Janeiro, 1891.

La razón del contraste que los cambios en las formas de gobierno originan en la vida nacional de los pueblos se encuentra principalmente en que la monarquía es singularmente el imperio de la unidad en la sociedad, y la república es el imperio de la pluralidad en la sociedad, siendo natural y lógico que la unidad, obrando como tal, produzca un efecto uno, y que la pluralidad, aun obrando como unidad accidental, produzca efectos de pluralidad por la pluralidad de su esencia y naturaleza. Ahora bien, toda idea de orden tiene su fundamento en la idea de unidad, y desde luego puede afirmarse, con Aristóteles, que no existe un orden de algún modo permanente sin un ordenador, y que, así como el orden y la armonía de los cielos obligaron á Cicerón á reconocer que aquel orden y aquella armonía son efecto de Dios, que es su causa, así el orden y la armonía de las naciones obligan al pensador á ver en ellos la acción de una autoridad esencialmente una, que es la causa de que este orden y armonía son efecto. Por el contrario, toda pluralidad que se actúa sin reducirse antes á unidad, produce necesariamente con su acción el desorden, y á lo más á que podrá aspirar, dentro de la lógica, es á que, si se reduce accidentalmente á unidad, produzca accidentalmente también un orden accidental, aunque, subsistiendo siempre en la autoridad la esencia de la pluralidad, habrán de temerse siempre también los efectos que ésta natural y lógicamente origina. En ningún pueblo como en el romano se ve tan claro el contraste que la unidad y la pluralidad, actuándose en el gobierno, producen en la vida de las naciones. El desorden casi permanente en que vivía la república de Roma, entregada al gobierno de la pluralidad, se convertía instantáneamente en orden en cuanto empezaba á actuar su autoridad un dictador, y lo mismo sucedió en diversas ocasiones en Atenas, y el caso se repitió en Francia en cuanto Napoleón concentró en su mano todos los poderes (1).

Ha dicho Littré, y antes que él lo dijera lo había dicho

(1) Rernatzik, *Republik und Monarchie*, pág. 32. Friburgo, 1892.

Aristóteles y lo había repetido Montesquieu, que la república es el reinado de la libertad, principio de que han partido Donnat y Gioia para afirmar con Littré que la república es más apta que la monarquía para el desenvolvimiento de la evolución social. En efecto, es indudable esta mayor aptitud de la república sobre la monarquía, lo cual se prueba *à priori* porque, siendo la acción de la pluralidad accidentalmente una, menos una que la pluralidad esencialmente una, es evidente que la acción del poder republicano ha de estar más en armonía con la pluralidad, actuándose en la vida social, que la acción del poder monárquico, y *à posteriori* porque las naciones republicanas han recorrido en menos tiempo siempre las diversas fases de su existencia que las naciones monárquicas. Pero si esto es exacto, no lo es ciertamente que esta mayor aptitud sea originada por el hecho de ser la república el reinado de la libertad, aunque la libertad de las ciencias y de las nociones que de ellas se derivan, tal como existen en los Estados modernos, sea una de las causas que más influyen en la evolución social. En realidad, lo mismo la monarquía que la república implican el gobierno de las sociedades humanas por hombres, y todo gobierno de hombres ha de ser naturalmente racional, y todo gobierno naturalmente racional ha de ser moralmente libre. Por otra parte, toda sociedad humana implica una agrupación de seres racionales, y toda agrupación de seres racionales es naturalmente libre. Resulta de esto que lo mismo puede darse y darse la libertad en las monarquías que en las repúblicas, en las sociedades monárquicas que en las republicanas. Lo que hay es que, en las monarquías, á la acción una del poder político corresponde la acción una del ser social, y así en ellas la libertad no destruye la unidad, y que, en las repúblicas, á la acción varia del poder corresponde la acción varia del ser social, y así en ellas la libertad, no contenida en sus límites naturales por la unidad, se mueve sin freno y se convierte en causa de los desórdenes, intelectuales y morales primero, y luego materiales, y poco á poco de carácter social, que constituyen casi el modo de ser ordinario de las repúblicas de todos los tiempos y edades, con excepciones que se explican perfecta-

mente por accidentes del momento, según hubo de notarse antes de ahora (1).

Por todo esto no puede sorprender ni extrañar que la concepción de Proudhon sea el último término de la evolución de las sociedades republicanas antes de disolverse ó de volver á la vida del orden y de la unidad por medio del establecimiento de la monarquía. Atenas no se disolvió, porque los macedonios primero y luego los romanos la subyugaron, pero en ella había pasado del orden subjetivo al objetivo la concepción de los precursores que en la antigüedad clásica tuvo Proudhon, cuando los macedonios movieron contra Grecia las armas que habían de dominar en gran parte del mundo. En la anarquía vivía Roma, cuando Augusto estableció el imperio. ¿Acaso Francia y España no hubieran perecido en la anarquía sin los golpes de fuerza que pusieron término á la vida de sus respectivas repúblicas, el uno para convertirla en imperio, el otro para trocarla en la cuasi dictadura que precedió á la restauración de la monarquía en la persona de D. Alfonso XII? Y no hay que olvidar ahora que la anarquía es el desorden erigido en sistema, y que el desorden, en cuanto negación del orden, implica la destrucción de la vida racional en las sociedades en que impera. Así se explican las enormidades que en los períodos de mayor anarquía se han producido en las repúblicas de las Edades antigua, media y moderna. Así se explica que durante los once meses de verdadera república que hubo en España, se interrumpiese ó poco menos la vida nacional (2). Hay quien

(2) «Las repúblicas de Esparta, Cartago y Venecia estaban menos expuestas á los desórdenes populares que las de Atenas, Roma y Génova, porque en aquéllas el poder era más uno que en éstas. A pesar de esto, no se vieron libres por completo de conspiradores y revolucionarios, aun siendo fuertes y vigorosos sus gobiernos. Y es que la raíz de los desórdenes públicos está principalmente en los fundamentos mismos de toda constitución republicana.» Kluber, *Politik*, pág. 76.

(1) En efecto, la guerra civil entre carlistas y republicanos, la cantonal entre republicanos y republicanos, la de Cuba entre separatistas y españoles, absorbían casi toda la vida de la nación, y el resto se malgastaba en constantes asonadas y motines, desenfrenos de las turbas y de los cuerpos armados, que todos los días ensangrentaban las calles y plazas de alguna población importante. En París se hizo muy difícil la subsistencia durante la revolución. En España vivieron de milagro, los que vivieron, en los once meses escasos que

pretende que el estado de desorden es accidental en las repúblicas, cuando la historia dice que lo accidental en ellas es el orden, y que así apenas se encuentra en sus vidas accidentadas otros períodos de vida ordenada que aquellos en que la guerra con el extranjero se ha impuesto á todo, ó se ha impuesto á todos algún dictador, exceptuándose sólo de esta regla las repúblicas aristocráticas, en que la clase dominadora ha permanecido estrechamente unida y se ha impuesto al resto del ser social por la fuerza que le ha dado la unidad, en ocasiones más arbitraria en su acción que la de la monarquía (1).

Asombra verdaderamente el candor con que Herbert Spencer señala el tipo industrial como el término de la evolución de las sociedades modernas. No hay para qué negar, antes de ahora se ha dicho, que las naciones de estos tiempos caminan apresuradamente en su evolución hacia el término que les señala el más conspicuo de los modernos positivistas. Pero ¿puede soñarse siquiera que habrán de detenerse en este tipo especial de gobierno y de sociedad, sólo porque este tipo es el más apto para que en él se satisfagan las necesidades físicas del hombre? Las sociedades evolucionan casi constantemente, siendo muy pocas las que logran permanecer estacionarias por un período más ó menos largo de tiempo. En las sociedades modernas donde es completa y absoluta la libertad de las ciencias y de las nociones que de ellas se derivan, es imposible todo estacionamiento. Se llegará al tipo industrial de Herbert Spencer más deprisa, si las monarquías europeas se convierten en repúblicas, más despacio si logran perpetuarse de algún modo; pero, cuando se llegue allí, el entendimiento humano, sin barreras que le sujeten, querrá pasar adelante, y el choque de intereses, inevitable en toda sociedad industrial, y la lucha de clases, inevitable dentro de las concupiscencias y los egoísmos de los

duró la república. El *Diario de Avisos* y la *Gaceta* de aquella época contienen innumerables testimonios de esta verdad.

(1) «La tiranía llegó en ocasiones, en la señoría de Venecia, á extremos pocas veces vistos en la historia.» César Cantú, *Historia universal*, tomo XXVII, pág. 103.

pueblos modernos, señalará á la evolución un nuevo término, y la sociedad marchará hacia adelante, y sucederá en las naciones modernas lo que ocurrió en las antiguas. Las monarquías se convertirán en gobiernos de una clase privilegiada, ésta será destronada por otra ó por otras, se irá así á la república democrática, y tras ésta vendrá la anarquía con la disolución social por consecuencia, ó el imperio del sable. A esta evolución política corresponderá y aun precederá una evolución social de que el tipo industrial será uno de los términos, según se ha indicado ya, como ya sucedió en no pocas de las naciones que fueron, las cuales, antes de perecer en el lodazal de sus vicios, redujeron su vida toda á producir mucho para gozar mucho; ¡como si los pueblos más ricos hubieran sido siempre los pueblos más felices! ¡como si los pueblos más ricos no hubiesen sido en todos tiempos los que más fácilmente han doblado la cerviz al yugo extranjero! (1)

Es ésta una época de transacción bien pronunciada, no sólo en el orden social, sino también en el político. La actual generación se prepara para asistir á los funerales de un modo de ser social y político que muere dentro de la misma fosa que se ha abierto con sus excesos, con sus desenfrenos y sus crímenes. Inútil resultaría empeñarse en volver atrás para dar nueva vida á lo que fallece. Ha de preferirse pensar en lo que ha de sustituirle en lo porvenir, hermanando las enseñanzas de la ciencia jurídica y de los hechos con el estudio de las naciones modernas, de sus aspiraciones y necesidades, para deducir de todo la clase de monarquía que puede favorecer la evolución social en lo que tiene de legítima, y detenerla en lo que tiene de contraria á la verdad y á la justicia. Los hombres políticos que no han hecho un estudio detenido y profundo de las ciencias económicas, no son de provecho para preparar la futura constitución de los pueblos europeos, dado que en ella han de resolverse los

(1) Hallam señala un contraste notable entre los labradores suizos que luchaban por su independencia hasta derramar la última gota de su sangre, y los nobles de Venecia entregándose á los enemigos de su patria casi sin disparar un tiro. La conquista del imperio romano por los bárbaros ofrece otro ejemplo no menos elocuente de la verdad establecida en el texto.

graves problemas de la vida económica que están planteados. Con este estudio podrán comprender fácilmente que para plantear y llevar á cabo esta gran reforma se necesita de un poder fuerte, vigoroso é inteligente, y que éste no puede darlo la república, que sólo es accidentalmente una, y hay que buscarlo en la monarquía. Las clases directoras y acomodadas encontrarán, por otra parte, en este poder fuerte, vigoroso é inteligente el escudo para la defensa de sus derechos é intereses. Las clases desheredadas encontrarán en él la mejor defensa contra las imposiciones y explotaciones de las clases directoras. Y de la armonía entre unas clases y otras, producida por la acción una de la autoridad, habrá de nacer un estado social y político que, teniendo de su parte todas las ventajas del tipo industrial hacia que se camina, tenga levantada en el sitio correspondiente una muralla que le libre de caer en los desórdenes que, erigidos en sistema, constituyen la última enfermedad que padecen los pueblos libres. Y adviértase que esto, que es posible con la monarquía, no lo sería en la república, en la cual no puede existir nada permanente, ni aun las defensas que se levantan contra la anarquía. Lo que una mayoría de ciudadanos edifica hoy, lo puede derribar mañana otra mayoría ó la misma, si quiere hacerlo.

Éstas son, entre otras, las razones que nos han animado en la ardua empresa de estos estudios, deseosos de que, en las contingencias de lo porvenir, entre las nubes que envuelven los problemas económicos que han planteado las necesidades de la vida moderna, no se pierda de vista por unos y por otros y por todos que, si las monarquías fueron necesarias en otras épocas, más lo son en la presente, en que los elementos de división y de discordia, de desorden y de ruina social son más poderosos que nunca, y llevarían á la sociedad al borde del abismo, y aun la precipitarían en él, si no existiese un poder permanente, colocado sobre la voluntad inconsciente de la mayoría del cuerpo social, capaz de impedirlo. Por todo esto no se comprende que espíritus superiores caigan en el error de proclamar que las formas de gobierno son indiferentes en teoría y en la práctica, ante la ciencia jurídica y

ante los hechos. Nunca lo fueron, según se ha probado ya, pero hoy menos que nunca podrían serlo y lo son. Por esto Bernatzik ha escrito: «Se realiza una triple evolución en el seno de las sociedades modernas, la económica, la social y la política. La primera preocupa principalmente á las clases pobres, la segunda se realiza sin preocupar más que á los hombres observadores y estudiosos, y la tercera no ocupa debidamente ni aun á los mismos políticos. En adelante toda reforma constitucional que haya de intentarse habrá de resolver los problemas planteados por esta triple evolución. ¡Felices los pueblos que para emprender esta obra estén colocados bajo la salvaguardia de la monarquía! ¡Desgraciados los que la hayan de emprender con la república! Los primeros lograrán llegar á puerto sin grandes dificultades. Los segundos quizás perezcan en la empresa» (1). ¡Quiera Dios que estas palabras de notoria evidencia encuentren en España todo el eco debido, para evitar los desastres que de otro modo no habrá medio de impedir! Y ya que ciertamente los gobiernos se preocupan poco con estos problemas de las ciencias morales y políticas, ¡qué al menos los que se consagran al estudio con amor firmísimo á la verdad, no dejen de prestar su concurso á la empresa nobilísima de disipar las tinieblas de muerte que envuelven á las sociedades modernas! Dios y la patria les premiarán sus esfuerzos, sus intentos, sus afanes y sus trabajos todos de regeneración económica, social y política.

DAMIÁN ISERN.

(1) Kluber, *Politik*, pág. 117.



QUASIMODO

Feo era el individuo que cuatro años atrás había echado al mundo la respetable Virgen Pura (y vaya usted á averiguar por qué llamaban así á esta gran señora de su casa), corpulenta mujer que se dormía con la cuchara en la mano, aunque no hubiera comido en veinticuatro horas redondas; y, según datos de gran exactitud, solía esto sucederle más de dos veces por semana, muy á gusto de su persona. El gran temple de su alma conservaba con grandes bríos la pasión por el augusto sueño; llevara ó no llevara combustible, inclinaba la cabeza sobre las abultadas ubres y así se me quedaba dando resoplidos como un toro.

Al muchacho lo bautizó el padrino (persona muy dada á las letras) con el famoso nombre de Quasimodo, que le caía á las mil maravillas, al decir de las gentes que le conocieron y trataron. Era su cabeza como una sandia, con una pelumbre de zalea enmarañada; los ojos muy grandes y bizcos, que más que mirar se tragaban los objetos desordenadamente; la nariz chatita y arremangada, y una boca descomunal con unos dientecillos menudos y separados que siempre estaban tomando el fresco; la voz, de persona grande constipada; el vientre abultado, flacuchas las piernas; y como remate de tan excelsa obra, cojo; cojo con muchísima gracia, como lo iba pregonan-

do siempre su señora madre en donde quiera que ponía los pies para quedarse dormida.

Quasimodo parecía estar muy contento con todas aquellas prendas que Dios y sus padres le habían dado, y como capullo que empieza á abrirse con mucha lozanía, el muchacho ejercitaba sus sentidos muy regocijadamente al aire libre, al sol y á la sombra, dando saltos y revolcándose por el suelo, con la fiebre del primer placer de la vida, el más puro y el más hondo: vivir. Pero lo que á él le tenía disgustadísimo, y con mucha razón, era la gran desgracia de no haber tenido nunca un par de juguetes, por lo menos, como tiene todo el mundo, para pasar los ratos de ocio que después del sueño le quedaban. Indudablemente algún desorden había de existir en el universo cuando á él no le había tocado ni un tambor, ni una pelota, ni un soldado, ni nada. No había más remedio que fabricarlos con la imaginación, y por cierto que eran muy bonitos; pero ¡vaya usted á ver! no se podían tocar, ni atarles un hilo, ni meterlos debajo de la almohada al acostarse... como desgracia, lo era y de las mayores. Porque, sin ir más lejos, un primo suyo, que no era conde tampoco, tenía una ranota que saltaba y todo; bien, no saltaba ya, pero saltar, saltó cuando se la compraron; cabeza no tenía, porque él lo rompía todo enseguida, mas ¡y aquél color verde tan bonito, y aquellas patas tan bien hechas? En fin, todo el mundo era propietario, y él...

Un día, un niño rico de la vecindad tiró á la calle, para que se lo llevara el basurero, un caballo sin patas ni cabeza, con agujeros en la panza, por donde habían mirado lo que tenía dentro. Decir lo que sintió Quasimodo cuando estuvo delante de aquel desperdicio mugriento y despintado, es cosa que se deja para un escritor como Dios ó cosa así. Miró á todos lados, á las ventanas y á las puertas, por si había alguien peligroso, se bajó, lo agarró bien, y salió disparado como una flecha hasta meterse en su casa. Por muchos días fué el cuadrúpedo el encanto de su dueño, y así pasaron unos cuantos meses sin que mejorara la situación. Aburrido en ocasiones, se echaba á la calle cojeando con mucha gracia, y se plantaba ante el primer escaparate que divisaban sus ojos, en

donde mil juguetes hermosísimos le atraían hasta hacerle pegar las narices á los cristales, y allí se pasaba las horas muertas sin acordarse del resto del mundo.

De todo lo que él había visto en sus excursiones diarias, lo que más le llamó la atención fué un soldado con su fusil de veras. Á fuerza de mirarlo se lo llegó el infeliz á aprender de memoria, y á solas se deleitaba considerando las diversas preciosidades del veterano. ¡Qué informe hubiera hecho Quasimodo sobre el carácter estético y trascendental de aquella obra de arte, si él hubiera sabido lo que era un informe de esta naturaleza! Por fortuna nadie se lo pidió, y malditas las ganas que él tenía de pensar en eso. Otras ideas le bailaban al cojo en el majín. Entre tantos caballeros ricos que pasaban por aquella calle, bien podía uno comprarle el soldado, y ya verían si se quedaba contento; hasta podía ser que del alegrón se le quitara la cojera. Pero ¡oh dolor! todos pasaban sin mirarle siquiera ni enterarse de aquellas grandes angustias que cualquiera persona de juicio le hubiera visto asomadas á la cara. Pues ¿y si le llegaban á mirar dentro del alma, muy adentro, muy adentro? Ya estaba él seguro que entonces se lo había de comprar cualquiera, aunque no fuera rico. Pero vaya usted á decirle á un caballero que pasa por la calle que le mire á uno por dentro para enterarse de lo que desea y dárselo enseguidita. ¡Bueno está el mundo para generosidades así! Confórmate ¡oh cojo! con tu ración de vista en el escaparate, que los juguetes bonitos no se han hecho para pelados como tú y toda tu parentela. ¡Allá iba á trastornarse el orden establecido en el universo por el capricho de un mocoso tan feo como el señor de Quasimodo!

¡Y qué remedio le quedaba que clavarle los ojos, con las narices bien pegadas al cristal, para ir tirando, siempre sucio, siempre hambriento, siempre desheredado y sin más caricias que los resoplidos de la Virgen Pura cuando se dormía, y alguna que otra pasada de mojicones que se le administraba para que se fuera acostumbrando! Era preciso hacer de tripas corazón y conformarse con aquel inválido que se encontró entre la basura de la calle. Con un poquito de maña y buena voluntad bien podía echársele un remiendo al excuadrúpedo, y de este

modo convertir el deseo en una realidad muy aceptable.

Así se hizo. Se le pusieron sus buenas patas, por desgracia no muy iguales, y resultó también cojo el animal. Con un trozo de bastón se le hizo el pescuezo, y la cabeza con un envoltorio de trapos bien sujeto con hilo de no muy legítima procedencia. La cuestión fué que se le pudo dar forma y ponerlo derecho en cualquier parte. Y así lo contemplaba Quasimodo, dando hondos suspiros por el gran trabajo que le había costado la obra y por cierta pena que le quedaba dentro, como si adivinara la imperfección de las humanas composturas. Y junto al desgarrado cuadrúpedo colocaba su febril imaginación el arrogante soldado del escaparate, con su fusil al hombro, su aire marcial, como si fuera de veras. Y comparando cosa tan perfecta con aquel desperdicio remendado, fué tal su indignación de artista, que, sin poderlo resistir, le dió un puntapié tan grande que deshizo en un segundo lo que le había costado muchas horas de fatiga.

La filosofía de Quasimodo, como la de todo el mundo, no podía entrar con el eterno estribillo de hay que conformarse con su suerte. No, no se puede uno conformar con la miseria, cuando hay tantas cosas que alegran los ojos y quitan el sueño. Ahogar los deseos de una criatura para proporcionarle la tranquilidad y el despego de los tesoros del arte juguetil, es como cortarle los brazos ó las piernas, ó dejarlo ciego, es ni más ni menos que una mutilación inhumana, y como pedir que el que nació de mujer, á imagen y semejanza de Dios, se convierta en una ostra, que no ha conocido nunca lo que es un juguete bonito, sólo para darle gusto á la señora filosofía. Quasimodo se hizo este cargo con sobrado juicio, y se rebeló, porque no le daba la gana de ser ostra, y pagó el pato el pobre solípedo, que ya empezaba á encontrarse bien con sus patas nuevas y su hocico de trapo. Los genios tienen estos arranques así, y no lo pueden remediar.

*
* *

Pues sucedió que á un amigo que él tenía, rubio y muy majo siempre, le compraron sus padres el famoso militar; y andaba tan contento que por donde quiera que iba llevaba

bien agasajado el juguete. Cuando Quasimodo le echó los ojos encima por primera vez se quedó con la patita coja en el aire, sin palabra y sin aliento. ¡Hombre! ¡tiene gracia! Se lo compraban al rubio y á él no, cuando él fué el que lo vio primero, y todos los días le daba una pasada para irse conociendo. El soldado era suyo, y ¿se lo daban á otro?... En su primer arretrato de indignación quiso arrancárselo de las manos con mucha furia; pero se contuvo, por no faltar á las buenas formas, y se quedó mirándolo como un bobo, con las manos atrás y la boca abierta, seguro que se lo prestaría á ratos, jugarían los dos muy amistosamente y, tal vez, se lo llegaría á cambiar por el caballo de cartón, mejor compuesto y arreglado; ¿por qué no? Además, contaba darle una estampa y una cajita de fósforos para que se fuera ablandando, y le añadiría también un trompo viejo que ya había desechado por inútil, y que debía de andar por algún rincón ó debajo de la cama. No podía menos el rubio de prestárselo, por lo pronto. ¡Buen préstamo le esperaba al infeliz!

El rubio cayó enfermo con esa enfermedad sin entrañas que tuerce el cuello á las criaturas y las ahoga con lentitud, para mayor alegría del orden universal, y se quedó nuestro Quasimodo con dos palmos de narices. Desde aquel día su madre le prometió una buena zurra si llegaba á poner el pie en la casa del rubio, porque ya sabía ella lo que eran males de garganta, el mucho médico, la mucha botica, y, después de todo, para morirse, que era lo peor. «Cuidado con asomarme por allá el hocico, porque te reviento» le decía, y se quedaba roncando muy á gusto.

Pero Quasimodo, que no entendía hasta la fecha más que de juguetes, se escapó una tarde de su casa, y... tin, tan... tin, tan... cojeando muy deprisa, se fué á ver al rubio, porque para eso eran los amigos. Llegó: la puerta estaba entreabierta. Vayamos con cuidado; poco ruido, á ver si no nos sienten. Y apenas pisando el suelo y arrimándose á las paredes se metió en un pasadizo muy estrecho, hasta que llegó al cuarto del desdichado rubio. ¡Uf, qué tufo salía de allí de unguentos y medicinas! Pecho al agua y andando. Nadie había por aquellos contornos; ¿cómo así? ¡Rarísima casualidad! El enfermo dormía;

tenía un brazo fuera y la mano junto á la garganta, por la cual entraba y salía trabajosamente el aire; sin duda se durmió queriéndose quitar algo de allí que le molestaba, y así se quedó inmóvil el pobre rubio, como un angelito de veras. Atención, hablan. Conversación apagada y triste, de esas que se entablan cuando los enfermos duermen, se dejaba sentir en un cuarto contiguo; grandes suspiros la interrumpían y unas pausas que lo dejaban todo en el más profundo silencio. ¡Cuánta tristeza! Lo que es bien no se estaba allí. Quasimodo tuvo miedo. ¿Nos marchamos?

Ya iba á variar de rumbo con su patita coja, cuando por un pliegue de la sábana vió asomar la cabeza y el fusil del soldado. Le dieron los nervios una gran sacudida y se quedó hecho una estatua, con unos ojos como puños. Luego le pareció que le tiraba el rubio desde su camita, pero con mucha fuerza, así como la de un gigante doble que el municipal del barrio. Sin querer, la pata coja se le echaba hacia adelante, y poquito á poco se llevaba á su dueño en dirección de la cama. Resistir no se podía, y ya metido en la corriente, sólo pensó en tocar con sus propias manos aquel gran tesoro, que fué siempre el más hermoso sueño de su vida. ¡Tocar el soldado! Suspensa la respiración, los ojos muy abiertos, con fuertes latidos del corazón, pronto estuvo al borde de la cama, con un miedo de los mayores. Miró hacia la puerta por si se presentaba algún peligro, y como no alcanzara adonde le conducía su deseo, se empinó un poco, y con mucho tiento cogió al veterano por el morrión, con los dedos crispados y el alma en un hilo.

La conversación seguía su curso, interrumpida siempre por hondo suspirar y unas pausas muy tristes, muy tristes. De pronto se suspendió por completo. Ahora son pasos; andan con zapatillas... ziiic, czac... enfrían el caldo, ¿Vendrá alguien? A Quasimodo le corría un sudor por el cuerpo... Instante supremo era aquél; si hay carácter, se salva la situación.

Tan suavemente fué tirando del militar, que aun despierto el rubio no hubiera sentido más que un ligero roce, blando como una caricia. Poquito á poco, poquito á poco, iba saliendo de su estrecha prisión el valiente veterano, con infinito

contento del soñador de cuatro años. Pero de pronto los pies se enganchan; muchísimo cuidado, serenidad; démosle media vuelta; así, ahora sale, ahora sale... ¡Reina de los cielos! Ya estaba entre sus manos de pies á cabeza, libre de toda ajena dominación, aquella hermosura incomparable, aquel tesoro, sin duda de príncipes y reyes, que el Hacedor Supremo le entregaba en premio de sus angustias pasadas. Por fuerza tenía que haber justicia en el mundo; todo estaba muy bien ordenado en el cielo y en la tierra; aquel juguete salió ya de la fábrica con destino al cojo, pasando de una á otra mano para desorientar á los filósofos, pero fatalmente seguro de llegar al término que le había señalado la suma sabiduría del inconsciente, para que Quasimodo amara la vida y la perpetuara después hasta la consumación de los siglos. Y Quasimodo vió que era bueno y quedó cogido en la trampa.

Pero al rubio no se le podía dejar así desconsolado. Alargó el cuello cuanto pudo, y el buen cojito le dió un beso en la mismísima boca, pero muy suavemente, para que no se despertara; y después apretó muy bien contra su pecho el soldado y dió un suspiro muy grande, como el que al fin se quita un gran peso de encima. Ahora no vendría mal una retirada; mucho ojo y adelante. Ya salimos del cuarto y se concluyó la peste de las medicinas; pin, pan... pin, pan... nos encontramos en la mitad del pasadizo; ya falta poco para coger la puerta de la calle; todo es armonía y orden en el universo. No nos detengamos, y apretar el paso. De pronto... ¡miren qué casualidad!... se apareció en el fondo del pasillo el padre del rubio con una taza en la mano y unas barbas que daban miedo.

Al pobre cojo se le paró el corazón de un golpe. ¡Aviados estamos! Si Dios no nos ayuda abriéndonos pronto un agujero en cualquier parte para meternos dentro, nos revientan. Porque aquel fantasma le mataría, y puede que hiciera caldo con sus carnes para dárselo al rubio, á ver si se curaba. Allí no había otro recurso que arrimarse bien á la pared, y tan apretadamente, que el mismo marco de la puerta le ocultara. Para más seguridad cerró los ojos, y así puede que no lo viera la fantasma, ni el mismo ojo encerrado en un triángulo con

muchos rayos para fuera, que dicen es el de Dios. Pero ¡vaya si le vió el ojo geométrico! Allá iba el Rey de los cielos á dejar en tales apuros á sus chiquitines, que los quiere más que á las niñas de sus ojos. Ver el trance y llamar á uno de sus más voladores emisarios fué todo una misma cosa.

— Arreglar eso.

Dijo su Divina Majestad, sin volver la cabeza ni señalar para ninguna parte. Y el ángel se precipitó en el espacio más ligero que la luz para sacar del atolladero al infeliz Quasimodo, que si no estaba ya en la agonía le faltaba poco.

El padre del rubio, el que seguramente le iba á chupar la sangre al cojo, llamado en aquel punto y hora por la atribulada consorte, dió media vuelta y desapareció con su taza de caldo, sus barbas negras y sus zapatillas de silencio. Apenas se hizo cargo el hijo de la Virgen Pura de aquella feliz y oportuna retirada, se sintió lanzado hacia la puerta con un empuje muy grande, y cuando lo vino á pensar ya estaba casi en los antípodas, con su veterano bien cogido y su patita coja disponible para cualquier evento.

*
* *

Dicha completa no puede haberla en este mundo. ¡Miren por dónde se vino á salir la mala suerte, después que todo había ido tan bien hasta la fecha! Quasimodo, tres días después de aquel gran susto del pasillo, sintió molestia en la garganta, y, por más que hacía, el aire no entraba holgadamente como antes. ¿Qué era aquello? Por falta de boca no podía ser, porque la suya valía por dos. Al verlo su madre en aquel estado, se puso hecha una furia; pero, al fin, se durmió sosegadamente cuando se disponía á darle un par de pescozones al muchacho. El cual tenía ya la cara como fuego, y, de cuando en cuando, le arrancaba de los carcañales un frío tan grande que le castañeteaban los dientes; luego venía un calor sofocante y, lo que era peor, una flojedad de piernas que no podía sostenerse. Quasimodo buscó la cama y al punto se echó sobre ella con el soldado bien apretadito junto al pecho. Cayó allí como un plomo. Se respiraba con más facilidad; pero sen-

tía siempre un gran estorbo en la garganta y un doloroso hormigueo en toda ella. Los párpados le cayeron pesadamente sobre los ojos, y se quedó como un tronco abrazado al veterano.

Pasada la primera pesadez de la enfermedad, tuvo el cojo un sueño muy extraño. Sin que acertara á explicarse cómo, se encontró con que el militar caminaba muy arrogante, hasta ponerse en fila con muchísimos otros soldados que por allí iban apareciendo y alineándose con mucho orden. Él siempre lo estaba mirando y lo distinguía muy claramente entre los demás. Había muchas banderas, una infinidad de cascos relucientes y muchas espadas y fusiles. Quasimodo iba á caballo, porque era el general. Íbamos todos á la guerra. De pronto, mira, y ve mucho fuego, pero mucho fuego, que le quemaba el rostro. El caballo se encabrita y lo tira al suelo, y él se queda debajo con una pata sobre el pescuezo, y se estaba asfixiando lleno de angustia; y el soldado suyo se le puso delante envuelto en un gran resplandor, y se reía, se reía á más no poder de su sufrimiento. Despertó. Seguía ahogándose; ¿qué era aquello? El infeliz se metió los dedos en la boca para quitarse el estorbo; pero una mano sujetó la suya y se quedó con las ganas. ¿Por qué querían que se asfixiara?

Dos caballeros muy graves, junto á su cabecera, hablaban de cosas que él no entendía. Uno de ellos, después de pulsarle, le dijo que abriera la boca; así lo hizo él, y los dos se pusieron á mirar alumbrándose con un cabo de vela. Con seguridad le estaban examinando las tripas. El que estaba más delante de la boca dijo:

—Pocos casos he visto así.

—Caracoles, con esas placas; lo invaden todo.

—En extensión y en profundidad; ¿lo ves?

Y diciendo esto, echó hacia atrás la cabezota de Quasimodo sin contemplaciones de ninguna clase, y le registraron minuciosamente cuanto en el fondo de la boca había.

—Á mí que no me digan—dijo el que primero habló, soltando la cabeza sobre la almohada;—esto no es tal afección general; puede que lo sea más tarde; pero lo que es al principio... Y por eso hay que atacar el mal en sus trincheras con

muchos bríos; venga sulfato de cobre, ó el nitrato de plata, ó el carbonato de litina, ó las disoluciones de cloro para atajar la septicemia. ¿Qué esto no basta, eh? Pues adelante con los procedimientos mecánicos, pronto y sin vacilación; muerto el perro se acabó la rabia, y lo demás es metafísica pura. Lo que es este muñeco no dura veinticuatro horas; la laringe está ya invadida... Á ver el corazón.. Como no venga antes la parálisis del miocardio... Pero qué, ¿no viene esa mujer con el carbonato de litina? Estoy verdaderamente rendido; cuando te encontré al entrar aquí venía de los quintos infiernos; difteria: ahora es el pan de cada día.

—Yo creo que los que se curan se curan ellos solos; ¡lo atrasada que está esta terapéutica!...

—No tanto, no tanto; algo se hace. Díme una cosa: ¿has sabido algo del trigo?

—¿Qué trigo?

—¿Que qué trigo? Pues un contrabando por todo lo alto. Figúrate que Merelo y comparsa querían alijar todo un cargamento de diez mil sacos sin ni siquiera cebar al administrador de aduanas, como de costumbre. Este lo olió, y les puso la mano encima en el mismito momento de fondear el buque. ¿Qué hicieron los muy pillos? Mandaron que se largara el vapor tal como vino, no sé por dónde; y enseguida se largó también el director de la Compañía, un aprendiz de bribón, creo que abogado, aunque no sé si sabe ya leer bien de corrido para arreglar el negocio lo mejor posible con la aduana de aquel punto. Así se hacen las fortunas, ¿eh? Y nosotros trabajando como perros. El mundo, chico, es de los bribones *de altura*. ¿Qué apuestas á que tienen otra ya preparada? Todo el público los señala con el dedo y ellos se rien del público, y sigue la ladroniza. ¡Cuidado que es tener vergüenza!

La Virgen Pura llegó con los medicamentos. Cogió el doctor el pincel, abrióle el otro bien la boca al enfermo, como quien abre una cartera de viaje, y, sin hacer maldito caso de los pataleos, resoplidos y terribles angustias del muchacho, revolvía el instrumento en el fondo del gznate, apretando duro para levantar algunas placas, que en pedazos salían con babas y manchurriones de sangre, exhalando un olor apesto-

so. El infeliz, desesperado, se llevaba las manos á la garganta, se clavaba con fuerza las uñas, dilataba el pecho para que el aire entrara, y el aire se le quedaba á la puerta, colándosele muy poco con un gran silbido. La mano del médico tropezó con el juguete, y sin miramientos de ninguna clase, embebido en su trabajo, lo tiró al suelo; el militar, con el golpe, perdió el fusil, dobló la cabeza y fué á parar maltrecho á un rincón, debajo de una silla, y se quedó envuelto en una gran telaraña, asomando las piernas nada más. Las manos del cojo le buscaban sobre el pecho, en el aire, y se crispaban sus deditos con la angustia de la respiración y la ausencia del veterano, su mejor amigo. ¡Ah! ¿Por qué le hacían sufrir tanto, tanto? ¿Que se iría á morir tan pronto? Una pena infinita le llenó el alma, hizo un esfuerzo supremo y exclamó con voz sorda:

—¡Madrita mía! ¡Ven!

—Cuidado con la asfixia—dijo el que alumbraba.

—No hay miedo por ahora.

Y continuaba el martirio de la criatura, y brotaba de las escoriaciones un líquido sanioso pestilente, que le escurría por los labios y la barba cuando el médico sacaba el pincel del fondo de la boca. Cuenta la historia, como caso nunca visto, que en aquella ocasión la famosa Virgen Pura no pudo conciliar el sueño, y que fué su dolor tan grande que huyó de aquella escena cruelísima y se metió en la cocina para llorar como un becerro, enmedio de la más completa desesperación.

—Yo que tú haría una prueba.

—¿Cuál?

—El chico no tiene remedio; la corte celestial en peso no lo salva: ¿por qué no le metes el bisturí á esa tráquea á ver lo que sale?

—En eso estaba yo pensando.

Aquí suspendieron las hostilidades; dejaron descansar al enfermo y se pusieron á deliberar sobre el degüello con mucha madurez y sangre fría. Al fin y al cabo, si salía mal la operación no se perdía gran cosa.

Grande fué el peligro que corrió Quasimodo cuando se encontró con el padre del rubio en el pasillo; pero con el temporal que ahora estaba corriendo, me parece que nadie le qui-

taba de encima el naufragio. ¿No le vería ya el ojo geométrico? ¿Qué hacía Dios que no le mandaba un ángel de los mejores para sacarle de apuros? Pues eso no estaba muy bien hecho que digamos, porque ahora lo necesitaba más que antes: ó ser Dios, ó no serlo, ¡qué demonio! Y lo peor es que iban muy pronto á descuartizarlo, y el universo se quedaba tan tranquilo como si tal cosa. ¡Hombre! pues para eso más hubiera valido no dejarle coger el veterano; por lo menos sus pulmones tendrían aire. La verdad es que el orden y la armonía del cosmos no le resultaban al cojito en aquella triste situación. Seguramente se debió de padecer algún olvido allá arriba; pero ¿quién se iba á encargarse del aviso? ¿Quién se iba á ir derechito al cielo para decirle al mismo Dios en persona: Señor, mire que allá abajo está Quasimodo dos veces en peligro de muerte, una con el garrotillo, y la otra con los doctores á la cabecera. Bueno sería que Su Majestad pensara en el muchacho un poco para ver cómo le salvamos. ¿Quién había de cargar con semejante comisión! ¡Pobre y desventurado Quasimodo! Todo es silencio é impasibilidad en la naturaleza; nadie te oye, infeliz cojito; brillan las estrellas como de costumbre; la noche que tú te mueres es igual á todas las demás noches. Escucha: el vecino canta al son de su vihuela; los chicos duermen tranquilos en sus casas; los coches traen gente del teatro; el sereno canta para que sepan las horas los que viven; el mar forma sus olas con la misma espuma y el mismo movimiento; y tú te mueres solícito en la cama, ahogándote, sin soldado, ni consuelo de ninguna clase. ¿Qué te parece la armonía, Quasimodo?

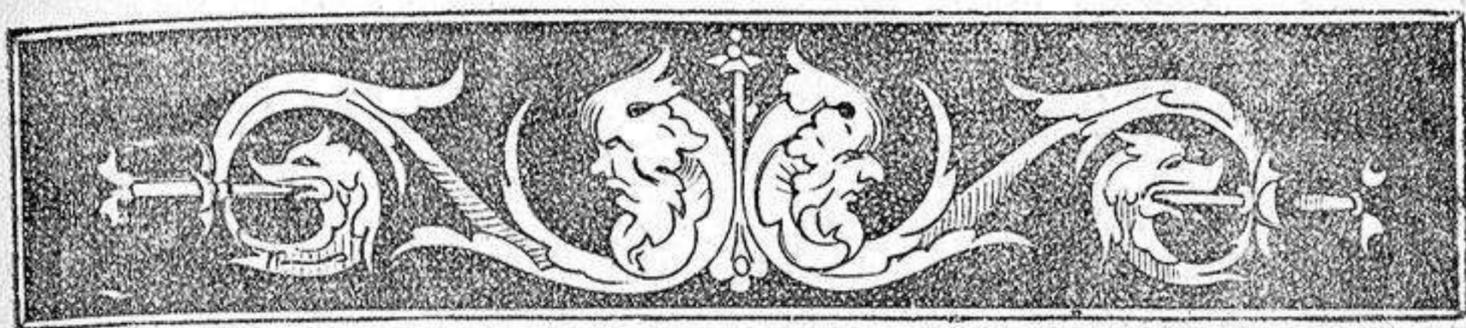
Los doctores decidieron abandonar el campo y dejarse de traqueotomías. Sea enhorabuena y por muchos años. Cuando las fieras se marcharon, llamó la desconsolada madre á una vecina para que cuidara al enfermo, y ella se fué por esos mundos de Dios en busca de caldo y de dinero, que buena falta hacían. Subió y bajó no sé cuántas escaleras, y al fin se vino con una olla de caldo y un par de pesetas para las atenciones más apremiantes. Lo primero de todo—según decían—era conservar las fuerzas del niño con caldos sustanciosos, leche y vino de peptona, y luego pinceladas para quitar los humo-

res aquellos de la garganta, que era lo más peligroso y de cuidado. Salió, pues, la atribulada señora en busca del medicamento, porque los doctores en la fagina con el muchacho habían roto la botella, y poco después llamaron á la vecinita para que fuera á darle el pecho á su muñeco, que lloraba rabiosamente. Quedó solito Quasimodo, marchándose á paso redoblado. El silbido de la respiración se oía en la calle; tenía la cabeza tirada atrás, la boca muy abierta, el pecho levantado, las manecitas temblando y esforzándose por llegar á la garganta, fríos ya los pies, y sus ojos velándose por momentos. El temblor de las manos fué disminuyendo, y al fin cayeron sin fuerzas sobre la cama. De pronto sufrió una sacudida, inclinó á un lado la cabeza, se le aflojaron todos los músculos y se quedó quieto, con las niñas de los ojos metidas debajo de los párpados. Quasimodo se había ido al otro mundo.

Dos horas después el coche del Ayuntamiento se le llevaba desnudito, apenas envuelto en una sábana, con la patita coja muy tiesa, la cabeza ladeada, en un ataúd de mala muerte. El conductor refunfuñó mucho arreglándolo todo muy de prisa. ¿Por qué se morían los muchachos tan tarde de la noche? Despabiló á los caballos y, echando ternos, se largó con el vehículo por el camino más corto, llevándose una armonía no muy clara que digamos.

BALTASAR CHAMPSAUR.





JUICIO CONTRADICTORIO

Á MI MUY QUERIDO AMIGO RAFAEL ÁLVAREZ SEREIX

—¿Qué es lo mejor de todo?—preguntaba á un filósofo impío un gran poeta.
—Pensar y acumular en el cerebro los gérmenes de todas las ideas. Saber cómo la máquina terrestre sobre sus ejes diamantinos rueda, conocer los resortes misteriosos que imprimen movimiento á las estrellas. Averiguar el sitio en donde mana el fluído vital que nos alienta y detener los pasos de la muerte cuando traidora al hombre se le acerca. Yo en nada creo, si la mente mía no convierte en axiomas los problemas; lo que ofende al criterio, se rechaza, lo que no admite la razón, se niega.
—No es eso lo mejor, ¡oh gran filósofo que nada sabes, aunque mucho sepas! Lo mejor es soñar, sentir el alma los rieles del placer y la inocencia. El mágico aleteo de la dicha,

la sublime impresión de la belleza,
los efluvios purísimos del cielo,
las hondas energías de la tierra.
Deseos, ilusiones, esperanzas,
que enfocan en la gloria la existencia,
mucho amor en torrentes desbordados,
latir de goces y chocar de penas.

Yo creo en todo lo que el alma mía,
remontándose al cielo, siente ó sueña;
si la razón se opone, la rechazo,
si lo anula el criterio, se desprecia.

—Pues no me has convencido.—Lo sabía.

—Todo es engaño.—Mi ventura es cierta.

—Tu destino es negar: al fin filósofo.

—Tu misión es creer: al fin poeta.

JOSÉ PONS SAMPER.





LA HIJA DEL SOL

FRAGMENTO

A mi distinguida y bella amiga Excm.a Sra. Marquesa del Romeral.

Á la sombra regalada
de un plátano giganteo
yace Coya reclinada,
como estatua cincelada
por la mano del deseo.
Sus ojos negros, preciosos,
son á la vez luminosos,
y allí con rara armonía
viven como dos esposos
juntos la noche y el día.
Negrísima cabellera
cae por su espalda flotando
como cascada hechicera
de olas de sombra saltando
por nacarada ribera.
El céfiro su schal mueve
en dulce y lascivo juego
y á besar su piel se atreve,
donde á través de la nieve
se ve circular el fuego.
Hija del sol se la nombra
y su belleza que asombra
irradia tal luz ardiente,

que el mismo sol le hace sombra
para mirarla de frente.

Un contorno que oscilara,
una tinta que perdiera,
un rasgo que vacilara,
un perfil que no existiera,
una curva que faltara,
harían defectuoso
aquel brillante modelo,
como este mundo grandioso
no sería tan hermoso
sin mar, sin sol ó sin cielo.

Á todos tres les envía
miradas con ojos fijos;
cualquiera, al verla, diría
que mira cual miraría
una madre á sus tres hijos.

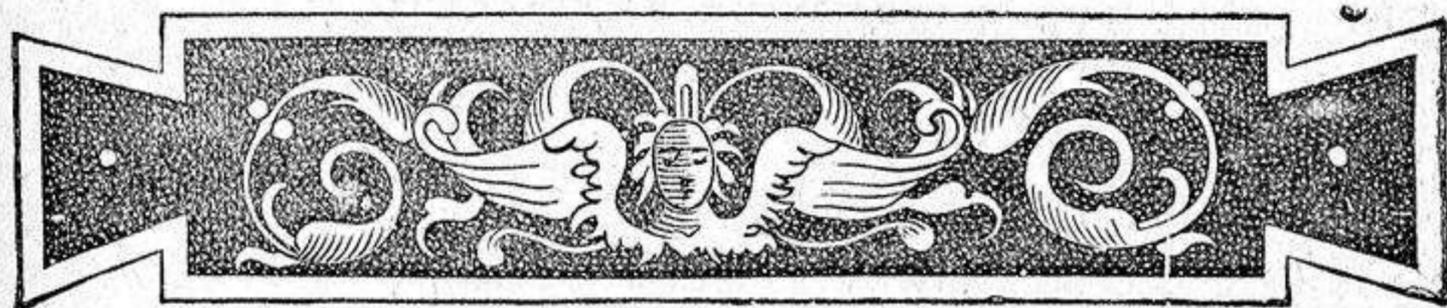
Es el indiano ideal
de aquel suelo virginal,
los Incas la llaman *Coya*
y ella es la más rica joya
de su diadema real.

—¿Huáscar? ¿Huáscar?—con ternura
articula á cada instante,
y por la extensa llanura
á ella corre en derechura
un indio hercúleo, arrogante.

Conforme se va acercando
va su bravura cediendo
y, al contemplarla llorando,
deja al punto de ir corriendo
para acercarse arrostrando.

Besa sus pies sonriente
y en ellos casi desmaya,
como ola fiera y rugiente
que se amansa lentamente
al expirar en la playa.

JOSÉ PONS SAMPER.



A ORILLAS DEL TIRRENO

TRADUCCIÓN DE G. CARDUCCI

Es mi pecho ¡oh Tirreno! un mar profundo
que á tí no cede en tempestades fieras:
ruge el alma en sus olas, sus riberas
breves, su cielo... hiere furibundo.

Revuelto en turbia espuma el iracundo
fondo arenoso rechinar sintieras,
y algún marino monstruo, ávido, vieras
seguir su presa, estúpido é inmundo.

La razón en sus cúspides heladas
contempla, indica y cuenta una por una
olas, fieras y arenas irritadas:

Igual que en esta solitaria duna,
bajo el cierzo otoñal, tus oleadas
contempla, inútil lámpara, la luna.

FRANCISCO DÍAZ PLAZA.



NOTAS SUELTAS

La tragedia del hombre.—Las últimas elecciones.—*Esclofollas* de T. Tasso Serra.—Flores de almendro.—Leopoldo Barrios.—J. V. Carstens.
Dos cantares.

Enrique Madach, célebre poeta húngaro, ha compuesto una obra que, en concepto del acreditado crítico de Viena Sr. Grazer, debe figurar al lado del *Fausto* de Goethe y del *Manfredo* de Lord Byron.

Madach acomete la atrevida empresa de presentar en quince cuadros lo pasado, lo presente y lo porvenir de la humanidad... En el primero nos lleva el cielo: los cuerpos celestes giran alrededor del trono del Creador, y los ángeles entonan cánticos de alabanza. Lucifer, jefe de los demonios, blasfema y censura con acritud la obra de la creación. Dios quiere lanzarlo del cielo, pero Lucifer invoca sus derechos. ¿No tomó también parte en la creación del mundo? Pide, por consiguiente, la parte que le corresponde... Dios maldice dos astros, se los da á Lucifer y le arroja... La escena que sigue pasa en el Paraíso.

Lucifer induce á Eva á probar el árbol de la ciencia, y la «primer pareja» se ve expulsada también del Paraíso. Adán establece su habitación, se apodera de los animales salvajes, y Eva se afana por crearle el Paraíso en la tierra. Lu-

cifer hace una observación característica: «La familia y la propiedad no son sino palabras sonoras que servirán de estimulantes á la humanidad. Ambas ideas llegarán á convertirse en Oficio (trabajo) y Patria. Y después de haber presenciado el desarrollo de grandes y nobles cosas, devorarán á sus propios hijos...»

Adán reclama á voces que se le demuestre cuál es el objeto de sus sufrimientos y de su trabajo... Lucifer le conduce, en compañía de Eva, á una cabaña; duérmese la joven pareja y surge ante sus ojos la visión de lo porvenir...

Desde este punto comienza la peregrinación de Adán y Eva á través de todos los siglos: Eva enciende en amor á su marido Adán-Faraón, y le incita á que, no obstante la oposición de Lucifer, conceda la libertad á su pueblo.

Reconoce el rey lo injusto del orden social, que obliga á que trabajen millones de hombres para el placer de uno solo... Adán se convierte sucesivamente en Adán-Milciades, Adán-Tancredo, Adán-Képler, Adán-Dantón... Como Tancredo, asiste en Constantinopla á la terrible carnicería de la humanidad, devorándose con motivo de palabras de modo diferente comentadas. Adán siéntese humillado y fatigado; no le sonríe ya la idea cristiana y no piensa sino en el descanso, porque la fe ha perdido en él su influjo. Transfórmase Adán en Képler y se hace sabio... Pero la suerte tampoco le ayuda; el desdichado Képler se deja embriagar por su criado Lucifer, después de lo cual cae en las visiones de lo futuro. Está convertido en Dantón, y en una de las plazas de París aparécesele Eva como furia aborrecible, cubierta de sangre, y él mismo acaba en el cadalso... El poeta despiértase en el observatorio; su mujer está á su lado, y Képler le declara que la ciencia es tan impotente como ignorante...

Los capítulos siguientes tocan de más cerca á los intereses de la humanidad. El poeta se ve en Londres en medio del ruido que provoca «la lucha de clases». Lucifer le presenta el fanatismo, el estado social que acaba de realizar las ideas de igualdad y varios otros sueños socialistas. No hay ya patria ni familia; ha desaparecido la libertad indivi-

dual y sólo queda la tiranía del Estado. Adán quiere ir lo más lejos posible para no presenciar este triste espectáculo y corre con Lucifer á través de los espacios. Se detiene en el límite de nuestro mundo, y al topar con «lo indefinido» cae lanzando un grito de dolor... Se repone y trata de proseguir la lucha. Lucifer le presenta sonriendo la tierra enfriada, y muy lejos, junto al Ecuador, una pareja de esquimales, únicos sobrevivientes de la humanidad. Le toman por un dios y le ofrecen sacrificios.

Adán siéntese anonadado y cae en tierra. El poeta vuelve á su cabaña. Ha visto pasar en sueños toda la historia de la humanidad y vislumbra para ella un porvenir degradante y trágico. Desesperado, intenta arrojarse desde lo alto de una peña á las profundidades de un precipicio. Entonces Eva le declara que va á ser madre. Adán, enternecido, se arrodilla y ruega á Dios, al Eterno. Y el poema concluye con estas palabras confortantes: «¡Yo te lo dije, hombre: combate y ten confianza!»

Por entre esa serie de cuadros de extraordinario pesimismo colúmbrase que los más dignos en la humanidad luchan en vano contra la crueldad de la suerte. Sólo la fuerza de la virtud y la plena confianza en ella nos pueden consolar.



Verificáronse las elecciones de Diputados á Cortes y una vez más se puso de realce lo vicioso del régimen parlamentario, causa muy principal, á mi entender, de nuestro desbarajuste administrativo. Y una vez más también se ha visto que lo que importa es conseguir un lugar en el famoso encajillado; buscar simpatías en el país es cosa secundaria. ¿No logró hace tres años gran mayoría en las urnas el partido conservador? ¿No logra ahora mayoría igualmente numerosa el partido fusionista? Paréceme que basta esto para comprender lo que en sí son las elecciones.

Alguna sorpresa, sin embargo, hemos tenido. En Madrid triunfó la candidatura republicana por millares de votos, suceso que ha sorprendido, con ser perfectamente lógico:

concertáronse los federales, salmeronianos y zorrillistas y presentaron á seis de sus principales jefes, hombres de altura indiscutible, como Benot y Pi y Margall; en cambio, los monárquicos, sobre no haberse coligado, aparecieron en la candidatura ministerial reducidos á media docena de personas muy dignas, sí, pero más renombradas por sus cuantiosos capitales que por sus campañas políticas. Votaron con poco entusiasmo la candidatura ministerial los mismos ministeriales; buen golpe de conservadores, no espolea los por su jefe, se quedaron en casa, y todos los esfuerzos del Gobernador, que trabajó con ahinco, no impidieron la derrota, de resonancia grande como acaecida en la propia capital de la monarquía. Tal desmayo por parte de los monárquicos, frente al caluroso entusiasmo, á la febril actividad de los republicanos, tenía que dar, por modo inevitable, aquel resultado.

Tardíamente se presentó una candidatura católica que á haber llegado antes hubiera conseguido lucidísima votación. Mas tampoco hubo acierto al formarla, pues no basta ser noble y caballero para vencer en combates de tal índole, y los nombres de los seis candidatos sonaban en oídos de muchos por primera vez. ¿Por qué no se buscó á católicos más populares? Pasada la oportunidad, no citaré más que un ejemplo: D. Damián Isern, valeroso campeón que lucha diariamente desde las columnas de *La Unión Católica*, que da conferencias á los obreros, que difunde en obras notabilísimas los principios fundamentales de su escuela. Isern, á quien no se dió un acta de Diputado en las pasadas Cortes, en las que seguramente hubiera brillado por sus talentos y elocuencia; Isern, á quien perjudica el pasar muchas horas retirado en su cuarto de estudio, mientras otros buscan apoyo en reuniones y tertulias de personajes, es de los hijos de la prensa que más valen y su nombre hubiese conquistado muchas simpatías á la candidatura católica.

Uno de los daños graves que causa el régimen parlamentario consiste en producir divisiones y crear antagonismos en los pueblos. Ahí está la ciudad de Alicante: luchaban por el tercer lugar de la circunscripción tres conserva-

dores. ¿No es triste tal desunión en un mismo partido? Antójaseme que si el Marqués del Bosch, que goza de prestigio por su finura y gran caudal, no hubiese decidido, por razones que desconozco, desistir de la batalla, á más de triunfar, habría impedido ese doloroso espectáculo de conservadores contra conservadores. El Marqués del Bosch es joven y animoso; por impulso propio lanzóse á las agitaciones de la política, y no es racional suponer que su retraimiento lo determine el propósito de retirarse á la vida privada, cosa que sería muy sensible aun cuando le sustituyera en la jefatura del partido el elocuente diputado electo Sr. Poveda.

* * *

Elogié, no más que en breves líneas por falta de espacio, el precioso libro *Esclofollas*, del Sr. D. Torcuato Tasso Serra.

Hoy, para que el lector las saboree, copiaré algunas de sus humoradas, no traduciéndolas al castellano para no disminuir los quilates de su hermosura.

«La desgracia may deixa al home tal com l'arreplega: ó 'l millora ó 'l maleja, moralment parlant.»

—

«No 't puch dar proba més gran
de mon infinit amor,
que 'l no haberte fet encara,
en tan temps, un sol pató.»

—

«Tothom es depositari fidel d'algún secret de sí mateix.»

—

«La enveja no es tristesa, sino rabia del bé agé. La tristesa, en sa essencia, sempre es noble, y al envejós no pot móurel cap sentiment digne.»

—

«Lo pensar en la nostre mare morta, nos acostá á Déu.»

—

«No totas las heridas que reb lo cor son mortals; si ho fossen, poch's pares sobreviurían als fills que se 'ls moren.»

«Fins l'home més incrédul tè aixecats un ó més altars en son pit.»

«¡No gastem tans fumillos, que tots anem despullats de sota!»

«De certs fets ja s'encarrega de venjarsen la memoria.»

«No hi ha res qu'avivi tant la memoria com la desventura.»

«En lo mon no hi ha riquesa que puga compararse ab la verdadera resignació; més ¡ay! aquesta no 's conquista sino després d'una lluyta en que moltes vegadas s'hi deixan trossos del cor.»

«Al trobarnos ella y jo,
passem com si no 'ns veigessem,
mentres nostres cors se buscan
y estremits d'amor se besan.»

«Encara, encara hi ha varons rígits... pera jutjar als altres.»

* * *

De *La Granota*, semanario festivo de Alicante, que suspendió por breve temporada su publicación, y aparece ahora de color verde, sin duda para estar más en carácter, copio, por lo sentida, inspirada y fácil, la siguiente composición:

FLORES DE ALMENDRO

Calmóse el frío: suave y templado
seguir el tiempo nos prometió;
y con sus flores engalanado
el yerto almendro se envaneció.

Mas ¡ay! que á poco con sus rigores
el cierzo rudo volvió á soplar,
y del almendro las níveas flores
vimos con honda pena arrancar.

Flores hermosas, que airado el viento
seca y arrastra con tal crueldad...
¡Ay, cuántas flores del pensamiento
marchita al año la adversidad!

ADALMIRO MONTERO.

* * *

Leopoldo Barrios, que fué profesor de la Academia General Militar y en Santiago de Cuba dejó envidiable renombre como autoridad incorruptible, acaba de dar á la estampa la segunda edición de una obra importante (1).

No soy entendido en achaques de guerra, pero así como leo y releo la admirable *Historia de la conquista de Méjico*, por Solís Rivadeneyra, enamora lo de aquel estilo correcto, elegante y sentencioso, confieso que los *Apuntamientos* de Leopoldo Barrios hanme entretenido y entusiasmado. Verdad que al través de los centenares de páginas de apretada lectura del volumen se transparentan el alma caballeresca del joven exgobernador de Santiago de Cuba, sus entusiasmos por el engrandecimiento de esta patria española.

Imposible confundir á Barrios con nadie, cuando una sola vez se le ha vistó. Conocíle yo por vez primera en la tertulia de D. Luis Vidart, en la que tan agradablemente se pasan las horas, pues concurren á ella muchas de las personas más distinguidas de nuestra sociedad elegante, entre ellas la insigne escritora Emilia Pardo Bazán. Leopoldo Barrios es de temperamento nervioso, acciona mucho, se anima extraordinariamente en la conversación y relucen sus ojos con singular brillo. Al referirnos su campaña adminis-

(1) *Apuntamientos de un curso de arte de la guerra*, por el comandante de Estado Mayor del Ejército D. Leopoldo Barrios y Carrión.—Toledo, 1893.—En 4.º, 390 páginas, 7,50 pesetas.

trativa en Santiago de Cuba, sus esfuerzos por moralizar todos los servicios, y el relevo con que premiaron sus afanes, pensábamos que pesa sobre los gobiernos españoles la desdicha de equivocarse en cuanto se relaciona con aquellas apartadas provincias. ¿Por qué, en vez de destituir á Leopoldo Barrios, no se cuidó de buscar á otros como este integérrimo militar para los demás empleos?... ¡Misterios!...

Se me argüirá que no he tratado del libro *Apuntamientos*. Búsquelo el lector, que más ganancioso saldrá con ello que en topar aquí con algunas deshilvanadas consideraciones acerca del mismo.



Al hablar en esta misma sección de la REVISTA de la última Exposición internacional de Bellas Artes, cité á J. V. Carstens, pintor notabilísimo de Munich, que con sólo un cuadro que representaba un jarrón de flores daba testimonio de excepcional talento.

Nació Carstens el año de 1849 en la antigua ciudad anseática de Lübeck, en donde permaneció hasta los veinte años, trasladándose después á Weimar para proseguir sus estudios pictóricos bajo la acertada dirección de los ilustres profesores Pablo Thumann y Fernando Pamoels; acompañó á éste en su viaje á Amberes, ayudándole en las celebradas pinturas murales que hizo para la casa ayuntamiento de Ipres, y bajo su dirección pintó Carstens su primer cuadro titulado *La Primera Comunión*, que obtuvo bastante buen éxito. Volvió á Munich en 1874, creyendo que ya podía trabajar con independencia; mas pronto se convenció de su error, aplicóse de nuevo al estudio, viajó por Italia, Francia y otros países, y fué pintando larga serie de cuadros que le han valido envidiable nombradía.

Dedicaré breves líneas á su enumeración, sintiendo que la palabra escrita por mí no pueda dar idea de las producciones del notable artista. Representa un cuadro una monja que baja por la escalera de la bien cuidada huerta y lleva un cesto rebosando preciosas flores; en otro cuadro hay una niña

que coloca un ramo á los pies de una Virgen situada en la pared exterior de una ermita.

Otros cuadros son también de conmovedora sencillez: la joven y desvalida viuda que con sus hijos llama á la puerta de un convento, y acude una monja á socorrerla con porción de provisiones; descalza una niña que, como su madre, inclina humildemente la cabeza mientras el pequeñuelo se vuelve á mirar el carrito, en que por todo juguete lleva unas ramas. En otro cuadro deliberan los frailes respecto al partido que han de tomar con la criatura recién nacida que aparece en el vestíbulo del convento. Los monjes que, amenazados de sufrir una invasión en sus tranquilas celdas, bajan al patio y se apresuran á enterrar los objetos valiosos que guardan; la jovencuela que lee atentamente un libro, con el codo apoyado en la mesa y en la mano la cara; la misma, perpleja tocante á lo que ha de escribir, con el mango de la pluma entre los menudos dientes; el retrato de una monja, rodeada de blancas tocas la cabeza y con los grandes ojos, en que se refleja la hermosura de su alma, dirigidos á lo alto; la que, suspendiendo por un momento la penosa labor, busca descanso á la vista en la lejana perspectiva de cielo, colores y vida que percibe á través de la espesa celosía; la monja también que sentada en rústico banco de piedra mantiene en suspenso la atención de los niños explicándoles los principios de la moral; la elegante muchacha que negligentemente recostada en la pared de frondoso jardín lee con gran interés un libro, sin duda algún episodio amoroso, lo más apropiado para despertar la curiosidad en persona de juveniles años y seductoras prendas; la niña, oculta detrás de grueso tronco, jugando al escondite, á quien descubre su infantil amigo; la que se prende con graciosa coquetería unas flores en el pecho; los retratos, modelo de corrección y fidelidad, de un niño y una niña..... Estos y otros muchos cuadros son sumamente sencillos y de ejecución admirable.

Pero ninguno de los que conozco del ilustre pintor Carstens es, á mi juicio, tan notable como el que sigue: varias parejas, en hora avanzada de la noche, salen alegres y re-

tozonas de un baile de máscaras; aparece en aquel momento un sacerdote con el Viático; la pareja más adelantada se arrodilla y la mujer arroja el antifaz al suelo; por la puerta del teatro asoman otras máscaras, no advertidas aún de lo que sucede, y uno de los galanes levanta al aire el sombrero de copa... *Memento* titula Carstens á su cuadro. ¡Contraste singular y hondo entre el venerable anciano que lleva en sus manos al Señor para confortar el alma de triste moribundo, y aquellas mujeres vestidas de caprichosos trajes, calzadas de preciosos zapatitos y con los labios fruncidos por sonrisa provocadora! Surge ante sus ojos por modo impensado la vanidad de los goces mundanos; el Viático les recuerda que en la tierra no hay sino vanidad de vanidades, y sus corazones palpitan conmovidos... Quien tales escenas imagina y las traslada como Carstens al lienzo, es un gran artista.

.

Del hermoso libro de cantares que ha publicado recientemente el joven Luis González López copio los siguientes:

«El amor es como un buque:

una mole al levar anclas,

en el horizonte un punto,

tras del horizonte, nada.»

«Las salas del hospital

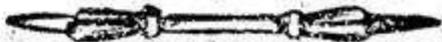
tienen en bóveda el techo;

que es el medio de que puedan

tener los ayes un eco.»

R. ÁLVAREZ SERBIX.

10 de Marzo.





REVISTA DE TEATROS

Con *exitazo grande*, aunque no con escogidísima concurrencia, estrenóse la opereta *Miss Helyett* en el *Tívoli* de Barcelona, al promediar el pasado verano, y, desde entonces va recorriendo y *evangelizando* las principales ciudades de España; ya la tenemos, y bien arrogante, en Madrid. En el presente caso no se ha cumplido lo de «obra que es aplaudida en provincias es silbada en la corte:» los madrileños la hemos recibido con igual ó con creciente regocijo, y no podía ser otra cosa, que por algo estamos en las cercanías, y por tanto en las chocheas de un *fin de siglo*.

Su música es fresca, pegadiza á los oídos, salvadora de cualquier asunto, por escabroso y deslizante que sea; en cuanto á su letra, no sé cómo relatarla ó resumirla para no caer en mi propia crítica.

Presentóse á la escena, hace ya muchos años, una producción dramática de primera fuerza y magnitud, *La Ricahembra*—sus autores viven aún, y sea por tanto tiempo como yo deseo;—recibía la protagonista un bofetón en la cara, y en su castellana altivez se consideraba obligada á casar con el hombre—no por otra parte de su agrado—*que tal hizo*: algo hay de eso en *Miss Helyett*, pero no es precisamente en el rostro donde recibe la impresión que asimismo la obliga á

unirse en matrimonio, ni, á decir verdad, es tan sonora y efectiva; en fin, que representa una lamentable degeneración en público y en autores.

No despide la obra *le parfum* que tanto sublevó á los *padres de familia*, y que si no se marcha precipitadamente Anna Judic les hubiera costado algunos días de arresto (á los padres se entiende), pues estaban dispuestos á llevar á la empresa á los tribunales, como hicieron con la del Liceo Rius, pues tiene su olorcillo propio, extremadamente *sugestivo* y anarquista, aplicando la palabra, no á la atmósfera social, sino á la del pudor y sanas costumbres.

Pasemos á otro asunto, que más líneas no merece el tratado.

*
* *

Desgracia tiene en la presente temporada el *Teatro Español*, que es, por la representación que lleva, al que deseamos fortuna mayor.

La tragedia vetusta, el dramón de sogá, el episodio nacional con expresas decoraciones, el arreglo de obra célebre extranjera, todo—si se exceptúa quizá el castizo drama moderno de pura raza y tradición españolas—se ha probado con igual pobrísimo éxito.

Después del combate es la última obra de las de tamaño grande que se ha ofrecido al público: Manuel Paso, poeta distinguido, y otro han puesto empeño en aclimatar la interesante obra de Almeida Garret en el resto de la Península que fué su cuna: ni algunas situaciones de interés, ni la versificación, buena por lo común, ni el excesivo bombo que le ha tributado la prensa, han atraído al público al teatro donde Vico hace intermitentes esfuerzos, donde está la Contreras rayando en ciertos papeles á plausible altura, y donde Perrín y María Mantilla siguen subiendo á vista de ojos por la difícil cuesta del arte escénico.

*
* *

Para el beneficio de María Guerrero, el fecundo autor de *Mariana*—la más vigorosa de las obras reinantes—dió á co-

nocer en el Teatro de la Comedia la intencionadísima que lleva por título *El poder de la impotencia*.

Si los distintos objetos tienen cada uno su unidad de medida, la entidad Echegaray no puede medirse más que consigo misma ó con sus producciones; no es la última, en cuanto á arquitectura dramática, de las que más nos satisfacen del autor; pero en cuanto á intención la reputamos colosal. Trae á la memoria *Les Corbeaux*, de Enrique Becque, pero los personajes que forman coro en *El poder de la impotencia* son cuervos que se ceban en la carne viva aun, de los que por circunstancias especiales no pueden valerse ni triunfar en la lucha por la existencia.

La obra de Echegaray resulta por ello más dramática, de interés mayor que la del célebre dramaturgo francés, que tanto ha influído en la escena.

Ejemplo práctico nos da el famoso crimen del niño del Escorial; no es la parte más terrible la exposición del cadáver del niño en el cerro de los abantos ó buitres—que esto significa,—sino su martirio en vida, el poder que en una sociedad mal organizada y compasiva alcanzan los inútiles y perversos: tomemos norma de Esparta, aplicando á la moral lo que ellos limitaban á lo físico, si ha de obtenerse un cuerpo social sano y robusto de alma; pero veo que me salgo algún tanto de la cuestión; á ella me encamino marcando la superioridad intensa de la obra de Echegaray sobre la de Becque, que es también uno de mis favoritos. En el desarrollo la encuentro machacona de sobra; el relato de la botella de medicina, su rotura, la amenaza de ser llevada por ello á la prevención una mujer ya hecha y derecha y de buen y modoso aspecto, es recargada y de escaso gusto, y el final, aunque previsto, oprimente en demasía.

Rasgos geniales, mejor diremos centellas; atinadísima observación social, exceso de caricatura que perjudica el fin utilitario del drama, y claridad superabundante, resultando aquí defecto lo que en Echegaray catedrático es su mayor belleza y asombro, es lo más saliente de la obra, en que, á decir verdad, ningún autor se luce ni sobresale.

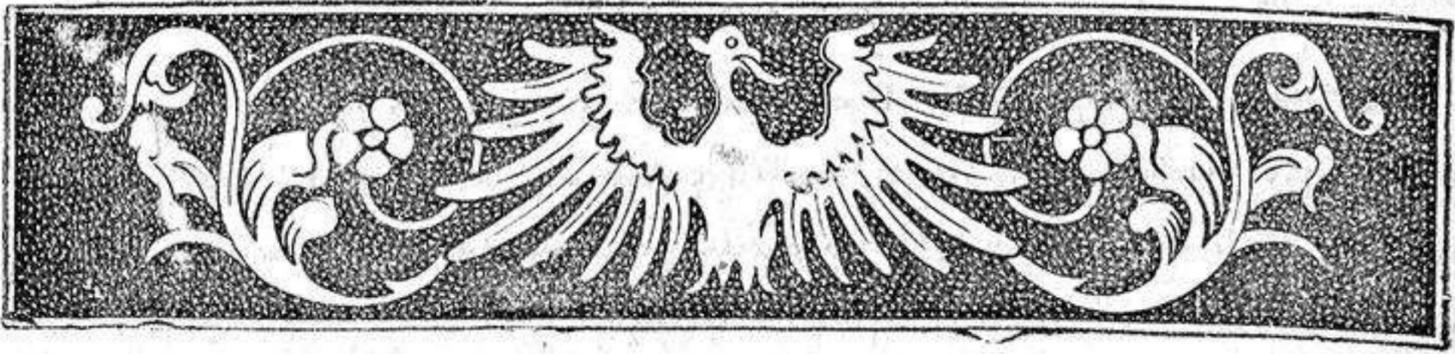
*
* *

¡Cuidado que es difícil hacer un sainete, y cómo me gusta el género, por lo español, por lo fresco, por lo histórico que resulta, y por lo docente, con esa enseñanza al sesgo que es la que más se clava sin que se note!

Unos fáciles versos del inagotable Felipe Pérez, publicados en *La Correspondencia*, me llevaron á Lara—Dios se lo premie,—donde vi la obra de Luceño, *Carranza y Compañía*. Vayan ustedes también, que yo no me doy por satisfecho, y pienso volver y escribir luego un artículo especial, como se merece.

MELCHOR DE PALAU.





GOLIAT

I

EL GOLONDRINA

¡Cuánta gente había en el puerto aquella tarde! ¡Cuántos desocupados, cuántos curiosos y cuánto infeliz emigrante, corriendo de aquí para allí, arreglando sus equipajes ó embarcando á sus familias en las grandes lanchas que, atracadas al muelle, se mecían de babor á estribor, dando tumbos y amenazando con arrojar al fondo de las aguas á sus desconsiderados tripulantes!

Allí cerca estaba el vapor que iba á conducir á todos aquellos desgraciados á las playas más remotas. Era un barco inmenso, con unos palos muy altos y todo pintado de negro. Los que iban á entrar en él lo miraban llenos de espanto. Aparecía tan negro y salían de su interior unos ruidos tan siniestros y unas columnas de humo tan espesas...

Era una tarde del mes de Agosto, con muchas nubes rojizas en el espacio y muchos rayos de sol cabrilleando en la superficie de las tranquilas aguas. Á las puertas de los cafés, que había orilla del mar, veíanse multitud de marinos, fumando en sus pipas de barro y con el *bokx* coronado de espuma encima de la mesa. Los tranvías y los coches circu-

laban en todas direcciones atestados de gente. También á la estación del tren llegaban á cada instante innumerables pasajeros y bañistas procedentes de la vecina ciudad. La estación, de exiguas proporciones, estaba tiznada por el polvo de la hulla y tenía una gran caperuza de cristales por debajo de la cual entraban las locomotoras, lanzando gritos estridentes, vomitando bocanadas de vapor y arrastrando el largo convoy, del cual desprendíanse al instante millares de personas que se dirigían al puerto apresuradamente.

Á dos pasos de la estación se veía la playa extensísima con sus hileras de casetas pintadas de colores y engalanadas con banderas; más allá, oscuras huertas de verdura, bosques de naranjos y tal cual casa de labrador con sus paredes blancas, la parra á la puerta y el signo de la redención en lo alto, y finalmente, en el fondo de la decoración, montañas azules y olas fosforescentes.

La bahía, aunque inmensa, parecía pequeña para contener tanta goleta airosa, tanto bergantín arrumbado y tanta barcaza ventruda y honda cargada hasta más no poder de sacos y barricas. Entre esta infinita variedad de embarcaciones destacábase la oscura mole del *Golondrina*, que tal era el vapor destinado á los emigrantes. Carecía de condiciones marineras para hacer grandes travesías y de comodidades para llevar pasaje; pero todo esto le importaba poco al armador, que veía en la conducción de emigrantes un pingüe negocio. Los sollados eran estrechos y sucios; habia en ellos centenares de cois compuestos de dos tablas y un jergón de paja y construídos unos encima de otros como suelen estar los nichos en los cementerios. Algunos emigrantes contemplaban todas estas cosas con horror y ya les pesaba en el alma el haber tomado el pasaje. ¡Oh! ¡Si no fuera porque habían vendido todo su ajuar, cuántos de ellos se volverían á tierra en aquel momento!

Las mujeres lloraban sobre cubierta, contemplando al través de sus lágrimas á los que quedaban allá en la orilla, hablando á gritos con los del barco, ó despidiéndose de los que iban conduciendo las gabarras.

Á bordo había un ruido infernal formado por las hidrául-

cas, y sobre todo por aquella avalancha de gentes que entraban en grupos numerosos, cargados con sacos y maletas, sin saber qué hacer, corriendo de un lado para otro, ó asomándose á la borda para buscar con ansiosa mirada á algún ser querido que quedaba en tierra, confundido entre la multitud compacta.

En medio de semejante confusión se distinguía á un hombre moreno y fornido, que tenía unos ojos muy negros y brillantes y hablaba con ademán despótico; era el segundo oficial del *Golondrina*. Conocíase que estaba encargado de colocar á la gente, porque no hacía más que dar órdenes, y decir: «Tú, aquí; tú, al otro lado.» Algún anciano venerable, al oír que aquel hombre lo trataba de tú, alzaba la vista con altivez, pero luego se encogía de hombros y seguía adelante.

El día agonizaba, y parecía que las casas, los montes y el mar estaban envueltos en una atmósfera de fuego. Allá en la orilla continuaba el negro montón de la multitud, esperando que el *Golondrina* levase en las para dirigirle una última y melancólica mirada. «¡Que Dios les dé suerte y salud!» «¡Buen viaje!» «¡Adiós!» «¡Escribe pronto!» continuaban gritando, como si los que estaban asomados á la borda del *Golondrina* fuesen capaces de oírlos con el estruendo y el guirigay que allí había.

De pronto, el oficial da orden de que todos bajen al sollado. Les quitaban el consuelo de mirar á tierra unos momentos más, pero no había más remedio que obedecer á aquel lobo marino.

Ya estaban en el oscuro vientre del monstruo, y en medio de las sombras, que hacía más palpables la luz de un ahumado farol, «¡El armador! ¡el armador!» dijeron algunos en voz baja. Y en efecto, apareció el armador, gordo, reluciente, mirando con semblante satisfecho la carga de esclavos blancos que iba á conducir su navío. Alguien que conocía lo poco limpia historia de aquel mercader sin entrañas comenzó á referirla. Los demás escuchaban atentos y comenzaban á odiar á semejante hombre desde el fondo de su corazón. Él era el contratista; ellos, los esclavos. Ya los tenían

encerrados en aquel lugar infecto; pronto les pondrían grillos y cadenas.

Sonó allá arriba un ruido espantoso; el *Golondrina* levaba anclas, ¡y ellos allí, sin poder dirigir un último adiós á amigos y parientes!

Oyóse la voz despótica del capitán que daba órdenes desde el puente y se acreció sordamente el ruido de la máquina. Todos habían callado. El *Golondrina* caminaba con lentitud. Así trascurrieron algunos momentos de angustia. Al fin, los infelices que estaban en el sollado obtuvieron permiso para subir á la cubierta. Durante el tiempo que habían estado encerrados se había hecho de noche. Habían desaparecido las casas, los barcos, las playas y los montes, y sólo se distinguían allá muy lejos algunos faroles que derramaban su luz en temblorosos rieles sobre la superficie de las aguas negras y profundas.

II

EN ALTA MAR

La primera noche fue terrible. Hombres y mujeres durmieron confundidos en el sollado. Los pobres maridos no tuvieron un solo instante de reposo, socorriendo á sus esposas y á sus hijos atacados por el mareo. No sabían ellos lo que era meterse en un barco, que si lo hubieran sabido, no hubiesen hecho la calaverada de emprender aquel viaje, y mucho menos acompañados de mujeres y chiquillos. Ya les habían dicho que el tal *Golondrina* era un cascajo viejo. ¡Qué noche, Dios soberano! ¡Qué modo de retorcerse las infelices mujeres con las ansias del vómito, y qué gritos los de las tiernísimas criaturas al despertar sobresaltadas entre tanta gente! ¡Qué días tan tristes les esperaban allí encerrados!

Al fin pasó la noche, que se les había hecho interminable, y ya con la luz del día parecieron reanimarse. Muchos subieron á cubierta. Se encontraban en medio del mar, del mar inmenso. ¡Cuánta agua! Si se perdiese el barco, ¿cómo alcanzar la orilla?...

En una de las literas más escondidas del sollado yacía tendido un señor viejo que en toda la noche no había cesado de quejarse. Apenas vió que entraban por las escotillas las primeras claridades del amanecer, incorporóse un poco y sacudió ligeramente á un joven que dormía en la litera contigua.

—¡Carlos! ¡Carlos!

—¿Qué quiere usted, papá?—contestó el joven pasándose la mano por los ojos, medio cerrados todavía.

—Creo que ya no habrá inconveniente en que me vean, así es que desearía subir á cubierta á tomar el fresco, porque aquí me ahogo.

El anciano hablaba con bastante pausa y tenía el rostro densamente pálido.

—Entonces, ¿quiere usted que le ayude á vestirse?

—Sí, hazme ese favor.

—Bueno, voy á levantarme yo primero—dijo Carlos saltando de la litera con extraordinaria ligereza.

—Vistióse el muchacho en un periquete, acto continuo ayudó á su padre, y al poco rato subían los dos cogidos del brazo la empinada escalera que conducía á la cubierta.

Al llegar allí, quedóse el viejo parado contemplando un instante el delicioso panorama que se presentó á su vista.

—Parece que esto me reanima un poco—dijo respirando con fruición la fresca brisa del mar.

Padre é hijo se sentaron sobre un montón de vergas y quedaron en silencio.

Al poco tiempo sonó la campana que invitaba á los emigrantes á ir por el desayuno.

Carlos llevó á su padre un jarro de hojalata lleno de café y dos ó tres galletas. El anciano no quiso probar ninguna de estas cosas, tomando en cambio un trago de anís de su cantimplora.

Don Pedro era un hombre alto y moreno, con la frente ancha, la mirada profunda y llena de tristeza y la barba gris. Consistía su traje en un sombrero de alas anchas, sobretudo negro, pantalón oscuro y grueso bastón que le servía de apoyo. Grandes padecimientos físicos y morales debía haber

sufrido el buen señor, á juzgar por su aire melancólico y por las arrugas que surcaban su rostro.

Carlos no tenía la elevada estatura de su padre, pero en cambio lucía la misma frente ancha y bien delineada y los mismos ojos profundamente melancólicos. Hablaba con discreción y en todos sus actos dejaba ver que había recibido una educación esmerada.

¿Con qué objeto iban aquellos dos hombres al Nuevo Mundo? ¿Por qué el primero temía que le viesén antes que el *Golondrina* se encontrase en alta mar? Vamos á explicarlo ahora mismo. El viejo, D. Pedro Esparza, pundonoroso militar de ideas muy avanzadas, había estado en el puente de Alcolea, contribuyendo con su valor y con su espada al advenimiento de la república. Después peleó con denuedo durante la guerra civil, y al terminar ésta, obtuvo el bravo soldado la graduación de coronel, que era bien pequeña recompensa si se tenían en cuenta sus extraordinarios servicios y las innumerables cicatrices que cubrían su cuerpo. Había visto con bastante disgusto la restauración de los Borbones, y allá en su fuero interno continuaba profesando un verdadero culto á la libertad y á la república. Estas ideas de D. Pedro no eran desconocidas de sus superiores, y por eso andaba siempre castigado de un lugar á otro. Semejante conducta exacerbó el ánimo del coronel hasta el extremo de que un día, ó por mejor decir una noche, se lanzase á la calle en unión de otros exaltados y dos ó tres compañías de no sé qué regimiento, dando el grito de ¡viva la república!

El resultado de la algarada fué fatal. Los soldados dispersos cayeron prisioneros, y sus jefes, tuvieron que atravesar la frontera y huir á uña de caballo, para no seguir la misma suerte.

No sé cuánto tiempo vivió D. Pedro en París acompañado de su hijo. Confiaba todavía ver implantada la república en su país y sufría con resignación todo género de privaciones. Pero iban pasando los días y los meses, y nunca llegaba á sus oídos la noticia del triunfo de sus caros ideales. Y la vida se iba haciendo imposible. Estaban agotados todos sus recursos y Carlos había tenido que dejar de estudiar. Además, en

España vivía una santa mujer, sola y olvidada, pensando siempre en su esposo y en su hijo y sufriendo mil penalidades. Era preciso tomar una resolución. Allí, en París, no podían esperar nada de sus amigos y correligionarios, que se encontraban en idénticas circunstancias. Pensó entonces don Pedro en venir á América, á esta República Argentina, de cuyos progresos y esplendores tanto se hablaba en aquella época. Se encontraba débil, es cierto, pero quizá estos climas le fuesen más provechosos que aquellos crueles inviernos de la capital de Francia.

Carlos mostrábase muy decidido y no cesaba de animar á su padre. Trabajarían los dos, y cuando ya hubiesen reunido algún dinero, llamarían á su madre, para que los alentase con su cariño y los atendiese con sus cuidados.

Quedó al fin resuelto el viaje, y un día el coronel y su hijo internáronse en España, rodeados de todo género de precauciones, con objeto de despedirse de D.^a Clara. Esta hubiera querido acompañarles, pero al fin tuvo que conformarse con la esperanza de ir á reunirse con ellos cuanto antes.

Con las mismas precauciones, embarcóse el coronel en el puerto de C., y no respiró con tranquilidad hasta hallarse en la cubierta del *Golondrina*, rodeado de la inmensidad del mar y con rumbo á lejanas tierras.

III

LA VIDA Á BORDO

Los pasajeros del *Golondrina* se iban acomodando poco á poco; los hombres ocupaban ya su departamento y las mujeres se habían ido á popa con sus hijos, sus lágrimas y sus dolores. Muchas de ellas preferían dormir sobre cubierta, porque allá abajo había un olor irresistible. Las muchachas solteras, que habían entrado en el barco haciendo gala de sus personales atractivos, andaban ahora agarrándose á todas partes mustias y afligidas. También algunos hombres de constitución vigorosa eran víctimas del terrible mal. Mu-

chos, sin embargo, tomaban á broma los gestos y contorsiones de los demás; pero también de cuando en cuando les tocaba á ellos *cambiar la peseta*, y entonces sí que eran grandes el estruendo y la algazara.

El tiempo se presentaba delicioso, y el mar en calma convidaba á navegar, aunque otra cosa dijeran aquellas pobres gentes. ¡Qué azul estaba el cielo, qué radiante la atmósfera y qué trasparente el líquido elemento! A lo lejos, y como á través de un velo diáfano, descubríase la costa, las rocas erizadas, los inaccesibles picachos, las playas de menuda arena y los elevados promontorios. También de higos á brevas alcanzábase á ver alguna ciudad blanca acariciada por las olas.

Los enfermos comenzaban á mostrarse más animados, y era en verdad un pintoresco espectáculo el que presentaba la cubierta del vapor llena de hombres y mujeres, sentados en corrillos, jugando á las cartas, ó contándose unos á otros sus vidas, sus proyectos, sus esperanzas.

Este se dirigía á América con objeto de reunir un capitulito y volver al pueblo de su nacimiento para casarse con una hermosa muchacha, que había quedado allá en el puerto con los ojos cubiertos de lágrimas y el pecho lleno de suspiros; aquél llevaba la esperanza de recuperar por medio del trabajo honrado su fortuna perdida en mil prodigalidades y locuras; otros aspiraban tan sólo á ganar el pan de sus hijos, y, en fin, la generalidad huían consternados de la miseria y el hambre y de los sufrimientos innumerables que convertían su triste vida en un martirio prolongado.

Casi todos los emigrantes eran de condición paupérrima y no era preciso que ellos lo dijesen, bastaba verlos, bastaba mirarles á la cara, donde se reflejaban á lo vivo todo género de tristezas. Las mujeres, aunque eran casi todas jóvenes, tenían la piel curtida y llena de arrugas, las manos sarmen-tosas y los pechos flácidos. En torno de las madres veíanse los chiquillos que, alegres como pájaros, corrían de popa á proa, libres de penosos recuerdos y serias inquietudes. ¡No sabían los pobrecitos cuán cercano estaba el fin de muchos de ellos!

Apesar del buen tiempo y de caminar el barco sin gran balance y de ostentar el cielo un color purísimo, aquellos esgüizaros tenían un humor endiablado porque estaban muy estrechos y se estorbaban unos á otros. A lo mejor, se amontonaba todo el pasaje en la escotilla de proa, para ver cómo luchaban dos hombres á brazo partido con el pecho desnudo, los ojos fuera de sus órbitas y el cabello en desorden. Alguna navaja traidora aparecía en aquellos casos, pero su dueño no tenía tiempo de hacer uso de ella, porque enseguida sonaba el silbato de alarma en el puente y acudía la tripulación con el contramaestre á la cabeza, para sujetar á los revoltosos y conducirlos á la barra. También las mujeres armaban mil escándalos, tirándose de las greñas y llenándose de improperios por la cosa más baladí.

A la hora de repartir la pitanza, acudían todos á la cocina con grandes calderos, y luego poníanse á comer, formando grupos, la bazofia infernal, que aumentaba el malestar de sus estómagos. Algunos seres afortunados que habían tenido la buena idea de proveerse de comestibles antes de entrar en el vapor, excitaban la envidia de los demás, y eran el blanco de mil miradas codiciosas. Bastantes infelices iban allí que no hacían si no entrar en la cantina á comprar á peso de oro conservas y golosinas para que no se les muriesen de hambre la mujer y los hijos. Hasta padecían sed, una sed horrible, porque el agua estaba encerrada en grandes depósitos de hierro cerca de la máquina, y había que ir allí á chupar á un pezón de estaño, después que centenares de personas de buena ó mala salud acababan de hacer lo mismo. ¡Cuántos sufrimientos! Los llevaban como á rebaños de carneros, peor todavía, porque siquiera al ganado que iba á bordo le repartían todas las tardes un cubo de agua por cabeza. Sin embargo, los pobres animales también se iban quedando muy delgados.

¡Y todo esto sucedía en los comienzos del viaje! Había que tener mucha calma y mucha resignación y disponerse á sufrir cosas peores. Podían dar gracias á Dios si continuaban como hasta entonces. Lo peor sería que el mar se alborotase.

Don Pedro se sentía muy mal desde que había entrado en el barco.

El olor de la máquina, los malos alimentos, las poco higiénicas condiciones del sollado, el sobresalto y el temor de que lo sorprendiesen antes que el vapor levase anclas, aquellas escenas de un repugnante naturalismo que se veía obligado á presenciar á cada paso, aquellas palabrotas obscenas que salían de todos los labios, aquella altanería y aquel orgullo de que hacían alarde desde el primer oficial hasta el último pinche del *Golondrina*, y en fin, el desasosiego y la zozobra que martirizaban su ánimo en tanto no llegaba á la Argentina y encontraba honrosos medios de subsistencia, le habían sumido en un estado de postración muy alarmante.

Carlos no se separaba del coronel un solo momento. El cariñoso muchacho andaba asustadísimo y todo se le volvía decir al médico de á bordo que fuera á ver á su padre, que lo cuidase, que él le pagaría no un peso por cada visita extraordinaria que hiciese, fuera de las que tenía por obligación, sino dos pesos, lo que él quisiera con tal que hiciese vivir al autor de sus días hasta llegar á Buenos Aires.

El físico, que era un hombre antipático y de muy pocas palabras, interesóse, sin embargo, por el coronel y por su hijo, haciendo que ambos pasasen á un camarote de segunda.

No sabía Carlos cómo agradecer aquel favor, sobre todo cuando el coronel comenzó á reponerse gracias á la tranquilidad que disfrutaba.

Todas las tardes subían padre é hijo á cubierta, y allí sentados, recordaban tiempos antiguos, su vida en París tan llena de miserias, los peligros y peripecias que habían tenido que salvar para internarse en España y dar un abrazo á doña Clara, y otras mil cosas que surgían de la conversación á cada instante.

Después quedábanse callados y dejaban vagar sus ojos por la extensa y líquida llanura, ó contemplaban llenos de grata melancolía la puesta del sol.

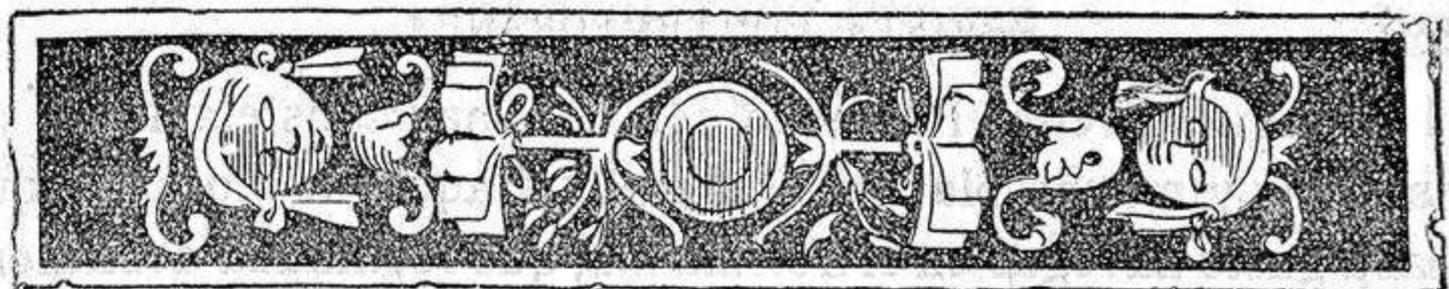
Enseguida venía la noche con muchas constelaciones de estrellas y mucho plateado reflejo, y á aquellas horas sí que daba gusto navegar en el *Golondrina*, que rechinaba debilmente, levantando al mismo tiempo en las tranquilas aguas un ruido blando.

CONSTANTINO PIQUER.

(Continuará.)

REVISTA EXTRANJERA





REVISTA EXTRANJERA

Surgió en Portugal la crisis en el seno del Gabinete, presidido por el Sr. Días Ferreira, á causa de la irresistible presión que en él ejercían el Parlamento y la prensa de Lisboa. Aunque el jefe del Gobierno manifestó diferentes veces su opinión contraria á abandonar el poder mientras que las Cámaras no le derrotasen en una cuestión esencialmente política, entre los consejeros de la Corona hubo discrepancia respecto al modo de apreciar la actitud del Parlamento, contraria á las reformas económicas propuestas por el señor Días Ferreira. Algunos Ministros veían que, si bien al Gobierno no le faltaba, en las cuestiones que pudieran llamarse nacionales, el apoyo de las Cámaras, moralmente no tenía éste ni el de la opinión, como ya se había revelado en ocasiones diversas, y muy principalmente al discutirse el aumento de los impuestos, obra del jefe de la situación.

Fundados en tales consideraciones, los Ministros aludidos expusieron su firme é inquebrantable resolución de retirarse del Gobierno. Se ha dicho que el Sr. Días Ferreira estaba resuelto hasta á pedir al Rey el decreto de disolución de las Cortes; pero lo cierto es que inmediatamente que quedó planteada la crisis en los referidos términos, unió su dimisión á las de los demás consejeros responsables, y manifestó

al Rey Carlos que el Gabinete que tenía la honra de presidir no podía continuar al frente de los negocios públicos, porque encontraba serias dificultades para gobernar.

El Soberano aceptó las dimisiones, é inmediatamente fueron llamados á Palacio los Sres. Serpa Pimentel y Luciano de Castro, jefes respectivamente de los partidos regenerador (conservador) y progresista (liberal). Luego el Sr. Hintze Ribeiro aceptó del Rey el encargo de formar Gabinete.

El nuevo Ministerio portugués tiene una significación eminentemente conservadora, pues la mayor parte de los individuos que lo componen formaban en las filas de los regeneradores puros que reconocen hace tiempo la jefatura del Sr. Serpa Pimentel.

El Sr. Hintze Ribeiro se ha inspirado, pues, en los deseos de la opinión pública, que anhelaba un Gobierno fuerte y con programa decidido. La opinión estaba cansada de los Ministerios intermedios que se han sucedido en el poder desde el Sr. Abreu de Souza, los cuales han seguido una política oportunista sin rumbo fijo ni resoluciones determinadas. Se creyó en los primeros momentos que el Sr. Hintze Ribeiro aspiraba á la formación de un Gobierno de conciliación, y se le censuró por esto; pero ahora todos le aplauden sin reservas.

Figuran en el programa ministerial la unión aduanera con España y economías en el presupuesto, sin crear nuevos impuestos ni recargar los que existen. Se concede una amplia amnistía á los condenados por delitos políticos, y se resolverá definitivamente el arreglo con los tenedores de la deuda exterior, después de conocer las fuerzas del Tesoro.

El *Zollverein* con España dicen que aumentará la renta de aduanas, y será muy favorable para los intereses de las dos naciones hermanas. Y como desde hace tiempo las simpatías entre Portugal y España se han aumentado considerablemente, esta cláusula del programa ha sido muy bien recibida por la opinión.

El nuevo Gobierno se presentó á las Cortes con gran solemnidad. La Cámara ofrecía un aspecto muy animado, y las tribunas estaban llenas de gente. El Sr. Hintze Ribeiro

expuso el programa del nuevo Gabinete, relativo á dar la amnistía por delitos políticos, sin que comprenda á los jefes de las sediciones militares; á no crear nuevos tributos ni recargar los que existen; á arreglar la deuda exterior y hacer economías, y fiscalizar los actos de los establecimientos bancarios comprometidos en los hechos escandalosos que últimamente han sido objeto de la atención pública.

Terminado la sesión, algunos personajes del partido progresista y el Sr. Mariano Carvalho han manifestado que recelan que el Gobierno no pueda cumplir, ante las circunstancias por que el país atraviesa, los graves compromisos que ha contraído á la faz del Parlamento.

Ha llamado la atención un artículo que publica el periódico *Jornal do Commercio*, extrañando que se prescindiera de los progresistas, sin haberles ofrecido el poder, para que su jefe lo declinase constitucionalmente. Añadía que el partido que acaudilla el Sr. Luciano de Castro se encuentra fuerte y unido y en condiciones de gobernar.

O Tempo, órgano oficioso del Sr. Días Ferreira, dice: «La situación es gravísima, y si alguien falta á los deberes de patriotismo, no seremos nosotros. No estamos en la boca de un abismo cierto é inevitable; mas como es segura la caída de un cuerpo determinado por la acción de la gravedad, nos encontramos en las inmediaciones de un abismo que es necesario cerrar á toda costa. Gobierne quien sea, no nos importan los nombres, sálvese el país, salvémonos todos, cumplamos lealmente nuestro deber y hagamos la tarea del actual Gobierno más fácil que la del que acaba de abandonar el poder.»

Este artículo ha sido muy comentado, pues se supone que lo inspiró el mismo Sr. Días Ferreira.

*
* *

Roma, donde en 1870 nació la Princesa María Luisa, hija primogénita del Duque Roberto de Borbón y de la Princesa María Pía de Gracia, perteneciente á los Borbones de Sicilia, ha acogido con placer, por parte de los que conocieron

niña á esta Princesa, el anuncio oficial de sus esponsales con el Príncipe Fernando de Bulgaria, noticia que tan vivo entusiasmo ha causado en Sofía. El secreto de estas negociaciones matrimoniales se ha seguido con tal reserva que hasta eran desconocidas de los Ministros de Austria-Hungría, no obstante que la familia ducal de Parma habitaba desde hace cuatro años una propiedad del difunto Conde de Chambord, situada en Austria.

Es probable que no fueran, sin embargo, desconocidas del todo ni del Emperador Francisco José ni del Santo Padre, quien, sin entrar en la lucha que se mantiene entre la Bulgaria y la Rusia, no puede menos de contemplar con gusto la influencia favorable al catolicismo en Oriente que producirá este matrimonio. ¡Quién sabe si su intercesión y la de las familias regias, con las cuales están enlazados los que serán esposos en al próximo otoño, podrá un día suavizar la tirantez existente entre el Príncipe Fernando y el Czar!

Publicó el telégrafo la noticia del fallecimiento del diputado italiano Sr. de Zerbi, uno de los que resultaban comprometidos en la cuestión del Banco Romano, hasta el punto de que los tribunales, con autorización de la Cámara, habían dictado contra él un auto de procesamiento. La muerte del señor de Zerbi débese, según creencia general, á la profunda impresión que le produjo verse complicado en el proceso de los Bancos. Dícese que sus últimas palabras fueron: «¡Soy inocente! ¡Me han asesinado!»

El elogio fúnebre del difunto diputado, hecho según se acostumbra en la Cámara, ha dado lugar á una sesión tumultuosa en Montecitorio. Más de 400 diputados ocupaban el salón de sesiones, cosa que ocurre pocas veces en la Cámara italiana. Las tribunas estaban llenas de un público ávido de emociones, que había acudido con la esperanza de asistir á un regular escándalo parlamentario.

El Presidente, Sr. Zanardelli, pronunció un discurso recordando los principales hechos de la vida política, militar y literaria del difunto diputado, y terminó con estas palabras: «Ante su tumba nada puede disminuir el dolor que experimentamos por su fallecimiento.»

El Presidente del Consejo de Ministros, Sr. Giolitti, se asoció á lo manifestado por Zanardelli. En seguida el diputado Casale pronunció un discurso de tonos enérgicos, diciendo que Zerbi había sucumbido á consecuencia de dolores inmerecidos. «El Parlamento—añadió—debe acordarse de los diputados que mueren pobres.»

Apenas había pronunciado estas palabras, Barzilai, el diputado radical que se ha distinguido por su oposición al Gobierno en la cuestión de los Bancos, interrumpió al orador gritando: «¡No exageremos tanto!» Prodújose entonces un verdadero tumulto y la voz de Casale fué ahogada por los murmullos.

Insistió, sin embargo, en continuar su discurso, diciendo que el Parlamento estaba en la situación de un acusado, y que se había necesitado una víctima propiciatoria. Algunos otros diputados pronunciaron también frases en elogio del Sr. de Zerbi. Bovio, otro radical, se levantó á su vez y declaró que esperaba que la justicia no detendría sus investigaciones por la muerte de Zerbi.

En vista de lo agitados que se hallaban los ánimos, el Presidente de la Cámara aplazó el debate.

Las investigaciones judiciales continúan, pero sin que se sepa si han aportado nuevos datos de importancia al esclarecimiento del proceso. Últimamente, el conocido político Nicotera ha sido citado ante el juez como testigo, y se dice que el interrogatorio ha versado sobre algunas circunstancias de los viajes que hacía Bellucci, que se encuentra preso, llevando de Nápoles á Roma y viceversa billetes de los que para el Banco romano fabricaba la casa Sanders.

*
**

Las dos fechas reunidas, el 2 y 3 de Marzo, del nacimiento de León XIII, que ha entrado en sus ochenta y cuatro años, y de su coronación como Pontífice, han dado ocasión á nuevas demostraciones de amor y á una manifestación conmovedora del Padre común de los fieles. En la víspera del aniversario de su natalicio, después de haber recibido en los

días anteriores á los Embajadores de todas las potencias, reunió en derredor suyo al Sacro Colegio, 35 Príncipes de la Iglesia, á los cuales se habían unido el Patriarca armenio y grandísimo número de prelados existentes actualmente en Roma. El decano de la más alta Asamblea del mundo, después de desear al Pontífice largos años de vida, señaló en los honores de que está siendo objeto Su Santidad una nueva fuerza para la Cátedra Apostólica, y como el despertar de esa fe de los pueblos, luz celeste que se esparce sobre el universo entero para el triunfo de la religión.

«Los tres felices aniversarios, de nuestro natalicio, de nuestra elevación al Pontificado supremo y de nuestra consagración episcopal — respondió el Padre Santo — son otros tantos motivos para que alcemos los ojos al cielo y alabemos, profundamente reconocidos, las bondades del Señor.

»Su misericordia y su providencia paternal es la que en este penoso ministerio del apostolado universal prolonga nuestros días y nos sostiene afectuosamente, templando por inesperados consuelos sus numerosas amarguras. Y grande es la satisfacción de vernos saludados en nuestro Jubileo con afectuosa alegría por las manifestaciones extraordinarias en esta augusta ciudad, que ha visto acudir, para tributarnos afectuoso homenaje, oleadas de pueblos, diputaciones, sociedades y embajadas de los Príncipes, siendo inolvidable, en medio de tantas otras, la expansión de amor filial de que habéis sido testigos el 19 de Febrero en San Pedro.

»No puede imaginarse espectáculo más hermoso que el del sincero entusiasmo, desbordando en el corazón de los italianos y de los extranjeros, fraternalmente unidos en un mismo pensamiento y acudiendo en tan gran número que, para contenerlos á todos, la más grande basílica del mundo parecía estrecha. Glorificación de la Iglesia son estos hechos, y contienen en sí el germen de felices esperanzas. Porque las actuales solemnidades ofrecen un objetivo más elevado que nuestra persona, expresando el honor tributado al obispo de las almas y un homenaje al Padre de la gran familia cristiana.

»Estos sentimientos tan firmes y ardientes en el corazón de muchos acabarán tarde ó temprano, y con la ayuda de Dios, por abrirse una vía en el corazón de los demás, porque, enmedio de tantos desengaños y de trastorno tan profundo de ideas y de costumbres, el mismo instinto de la salvación común advierte á los pueblos á estrecharse más y más en derredor de la Iglesia, que tiene en sus manos el ministerio de la salvación, adhiriéndose á esta piedra fundamental, fuera de la cual ni la justicia ni el orden social pueden tener firme base.»

Todo el mundo pudo notar la animación que León XIII dió á sus frases y el vigor físico y moral de esta naturaleza privilegiada, objeto de las más lisonjeras esperanzas.

*
* *

La Cámara de los Comunes de Inglaterra ofreció el aspecto de las más grandes solemnidades el pasado día en que se supo que el Presidente del Consejo leería el *bill* concediendo á Irlanda la autonomía tan deseada.

Un proyecto de la importancia de éste, y que viene constituyendo hace mucho tiempo la línea divisoria más marcada entre los dos partidos que turnan en el poder en la Gran Bretaña, era natural que excitase la curiosidad y el interés público. Antes de comenzar la sesión, se veía en las tribunas de la Cámara todas las grandes personalidades de Londres y á las celebridades del país, tanto más, cuanto que era absoluta la reserva guardada acerca de los términos en que está redactado el *bill*, para lo cual se había tomado todo género de precauciones, hasta con los cajistas.

Abierta la sesión, se levantó el Sr. Gladstone enmedio del mayor silencio de la Cámara; pero bien pronto se alteró éste por una espontánea salva de aplausos que partían de todos los lados y hasta de las tribunas, y por las aclamaciones de los irlandeses á Irlanda y al *home rule*.

Al terminar la lectura, que duró dos horas y veinte minutos, el Sr. Gladstone fué muy felicitado, maravillándose todos de la resistencia física de que acababa de dar pruebas el

jefe del Gobierno. Este proyecto no se diferencia esencialmente del presentado á la Cámara en Abril de 1886, que costó la caída del partido liberal del poder.

La Cámara de los Comunes ha aprobado en primera lectura el *bill* de autonomía de Irlanda. Conviene advertir que esta aprobación nada prejuzga, pues viene á ser algo análogo á tomar en consideración el proyecto. La verdadera lucha parlamentaria empezará cuando se verifique la segunda lectura del *bill*.

Mientras llega esta fecha, los partidos opuestos se preparan para la batalla. Los nacionalistas irlandeses han dirigido á sus compatriotas de América y Australia una petición de fondos firmada por Mac-Carthy y los demás jefes de la minoría antiparnellista, que, siendo mucho más popular y numerosa que los parnellistas, amenaza absorber á estos últimos. En este documento se hace constar que el *home rule bill* de 1893 es más satisfactorio que el de 1886, y contiene los elementos esenciales de un sistema durable y completo de autonomía. Fundándose en esto, y previendo que la campaña en favor del *home rule* va á ser empeñada y difícil, los irlandeses solicitan de sus hermanos de Ultramar el nervio de la guerra, pues creen haber llegado al momento crítico y decisivo de su larga lucha por la independencia, y están resueltos á coadyuvar en todo lo posible al triunfo de la reforma de Mr. Gladstone.

Por su parte tampoco se descuidan los conservadores y unionistas. Lord Salisbury irá en persona al Ulster, la comarca enemiga por tradición del *home rule*, y arengará á los orangistas en el gran *hall* de Belfast. Balfour y Chamberlain irán á Dublin á hacer propaganda contra la proyectada reforma, y en las principales ciudades de Escocia y de Inglaterra se organizarán también reuniones de protesta.

Á nadie se le oculta en Inglaterra la excepcional importancia que reviste el proyecto. Significa este *bill* algo más que una transformación en el régimen interior de la isla hermana y en sus relaciones con el resto del Reino Unido. Es una reforma que viene á modificar profundamente el régimen imperial británico y á inaugurar una nueva política

que podría servir de precedente en lo porvenir para que el reino de Escocia y el país de Gales reclamaran un régimen autonómico parecido al que va á obtener Irlanda.

No se trata, al presente, de reconocer á los irlandeses derechos iguales á los de los demás súbditos británicos. La reforma tiende á colocar á Irlanda en una situación privilegiada, concediéndole toda la independencia que el Gobierno ha estimado compatible con la unión de aquella isla á Inglaterra, como parte integrante del imperio británico.

Muy largo de explicar sería el por qué se ha preferido el sistema de autonomía al de asimilación. Las circunstancias creadas por un largo periodo de verdadera servidumbre de los irlandeses, las diferencias religiosas, la cuestión agraria y la aspiración general del país son otros tantos factores que han hecho considerar á muchos como único remedio de los males de la antigua Erín el establecimiento del *home rule*. Por otra parte, la opinión pública en Inglaterra no ha sentido nunca el menor entusiasmo en favor de la autonomía de Irlanda. Hasta uno de los condados de esta isla, el de Ulster, poblado por protestantes que descienden de antiguos colonos ingleses, se ha opuesto siempre con energía al *home rule*. Bien reciente está la derrota que experimentó Gladstone en 1886 al presentar su primer proyecto de autonomía irlandesa.

Es interesante estudiar las diferencias entre el proyecto actual y el de hace siete años, á fin de apreciar hasta qué punto ha modificado Gladstone su primitivo pensamiento, para vencer los obstáculos que entonces encontró.

En lugar de una Cámara compuesta de dos órdenes de representantes, el proyecto actual establece en Irlanda un Parlamento bicameral compuesto de un Consejo legislativo de 48 individuos y de una Asamblea que constará de 103 diputados, número igual al de los que tiene hoy aquella isla en la Cámara de los Comunes.

Los individuos del Consejo serán elegidos por ocho años, por los propietarios ó arrendatarios de inmuebles cuyo valor no baje de 20 libras esterlinas. Fíjase este censo electoral, relativamente elevado, con objeto de proteger á la minoría

de propietarios, asegurándola una participación en el gobierno del país. El Consejo legislativo vendrá á ser una especie de Senado.

La Asamblea ó Cámara popular será elegida cada cinco años por las circunscripciones existentes. En caso de desacuerdo entre las dos Cámaras, podrán ser reunidas para adoptar en común una resolución decisiva.

Á diferencia del *bill* de 1886, que excluía á los diputados irlandeses del Parlamento británico, el actual los conserva, pero reduciendo su número de 103 á 80.

El Virrey, que tendrá el derecho de veto, lo ejercerá con arreglo al dictamen del poder ejecutivo irlandés, y dará ó negará su sanción á las leyes votadas por el Parlamento de Dublin, pero sus resoluciones podrán ser anuladas por el Parlamento británico, que conservará su soberanía. En el proyecto de 1886 se consignaba esto último en un artículo especial; en el de ahora se expresa en la exposición de motivos, por considerar, tal vez, que está fuera de duda la supremacía del Parlamento inglés, y que no necesita ser objeto de un artículo del *bill*.

El Virrey podrá ser católico; será nombrado por el Monarca para un periodo de seis años, y podrá ser destituido antes de la expiración de este plazo.

En lo relativo á las atribuciones del Parlamento irlandés, se ha conservado lo que disponía el proyecto de 1886. No podrá intervenir en cuestión alguna referente al Trono ni á las prerrogativas reales, á la paz ó la guerra, al Ejército y Armada, á Correos y Telégrafos, á acuñación de moneda, comercio, derechos de aduanas, etc. En todos estos asuntos, la deliberación y el voto seguirán siendo exclusivos del Parlamento británico.

La parte financiera del proyecto de Mr. Gladstone es la más oscura. Después de haber pagado al Tesoro británico la cuota con que le corresponda contribuir á los gastos generales, le quedará á Irlanda para sus atenciones especiales medio millón de libras esterlinas. Esta sección del proyecto es la que parece que combatirán con más empeño los diputados irlandeses.

El punto más difícil de la reforma estriba en la doble representación parlamentaria de Irlanda, que además de su Parlamento especial de Dublin, tendrá 80 representantes en la Cámara de los Comunes.

Los conservadores y unionistas afirman, no sin motivo, que la presencia en Westminster de esta falange de diputados irlandeses, dispuesta á unirse en cada ocasión al partido que mayores ventajas le ofrezca, será un peligro permanente. Aunque el proyecto de *home rule* dice que los representantes de Irlanda no podrán intervenir en las cuestiones que interesen exclusivamente á la Gran Bretaña, esto en la práctica no producirá resultados, porque es casi imposible distinguir las cuestiones de interés general para todo el imperio de las demás. Aparte de que los diputados irlandeses no tienen más que pedir que un proyecto se haga extensivo á Irlanda para adquirir el derecho de discutirle. Por estas dificultades Gladstone excluyó del Parlamento británico, en el proyecto de 1886, á los diputados irlandeses. Pero entonces resultaba un inconveniente igual ó mayor. Que los irlandeses, que pagaban como los demás ciudadanos los impuestos y contribuciones fijados por el Parlamento imperial, no tenían voz ni voto en él al discutirse las cuestiones de Hacienda.

Las dos soluciones son, por lo tanto, peligrosas, y con justicia se ha dicho que, así como la gran dificultad del proyecto de 1886 fué la exclusión de los irlandeses del Parlamento británico, el gran inconveniente del *bill* último es la representación de Irlanda en el Parlamento imperial.

Es de notar que la cuestión agraria, que es tal vez el aspecto principal del problema de la reorganización de Irlanda, no figura en el *home rule bill*. Gladstone ha declarado que este asunto será reservado durante tres años al Parlamento británico. Esto envuelve otra dificultad no pequeña, pues no es fácil que el Parlamento inglés se apresure á resolver esta cuestión, y si, transcurrido el plazo, pasa á ser de la competencia del Parlamento irlandés, es problemático que éste pueda resolverla con espíritu de equidad, pues en cierto modo vendría á ser juez y parte.

Todas estas observaciones y el estado de la opinión pública en Inglaterra, poco favorable á la autonomía de Irlanda, explican la ventajosa situación en que se encuentran conservadores y unionistas para combatir enérgicamente el proyecto.

*
* *

Va adquiriendo gran importancia la campaña que, tanto en el Reichstag como fuera de él, están haciendo los elementos agrarios de Alemania para conseguir que el Gobierno proteja eficazmente á la agricultura.

Ha dado lugar este asunto á empeñados debates en el Reichstag y en el Landtag prusiano, y lo que le da especial importancia política es la creencia de que el Príncipe de Bismarck, adoptando una nueva táctica, es el alma de este movimiento.

Los amigos del Canciller Caprivi creen ver en la oposición encarnizada que se hace al Gobierno en este punto la mano del desterrado de Friedrichsruhe. Confirman su opinión muchos indicios. El presidente de la Liga Agraria que acaba de constituirse, Mr. de Ploetz, fué á conferenciar con Bismarck, y en la asamblea celebrada hace días en Berlín, en la sala del Tívoli, por los defensores de la agricultura, todas las alusiones á la personalidad y á la política del Canciller de hierro fueron acogidas con grandes aplausos.

Esta reunión ha tenido mucha resonancia, tanto por el número como por la calidad de las personas que acudieron á ella. Los diputados que concurrieron fueron acogidos con aclamaciones entusiastas.

En los discursos predominó la nota de oposición á los tratados de comercio concertados en estos últimos tiempos por el Gobierno alemán, y la idea de que en las próximas elecciones, los electores interesados en la prosperidad de la agricultura exijan á los candidatos que se comprometan á defender los intereses agrarios. «Todas las cuestiones que se agitan en estos momentos en Alemania, aun las más importantes—dijo el diputado conservador Fre-

ge,—deben ser subordinadas al interés de la agricultura. La verdadera Alemania no está en las ciudades, sino en las aldeas. El propietario, el colono y el obrero agrícola son los verdaderos representantes del imperio alemán.»

El Sr. Lutz, representante de los agricultores de Baviera, dirigió duros ataques á la política comercial de Caprivi, quejándose de que los campesinos, que han dado siempre su sangre para defender al país, sean sacrificados de continuo en las cuestiones de política interior. «El aldeano es sufrido—ha dicho el Príncipe de Bismarck;—pero cuando se le trata injustamente, protesta y no deja de agitarse hasta que haya obtenido justicia.» Esto es lo que nosotros haremos, añadió el Sr. Lutz. Grandes aplausos y hurras á Bismarck acogieron la cita de la frase del excanciller.

La reunión votó por unanimidad, después de otros discursos, una proposición en contra de los tratados de comercio. «Queremos—dice este documento—un poderoso ejército, único medio de conservar la paz y la preponderancia de Alemania. Estamos dispuestos á todos los sacrificios para conseguirlo; pero deseamos también una agricultura floreciente. Como la legislación de los últimos años y los tratados de comercio han ocasionado considerables perjuicios á la agricultura, invitamos al Reichstag á rechazar los nuevos convenios mercantiles.»

No es de creer, sin embargo, que prevalezcan en Alemania estas tendencias exclusivistas.

Para el Gobierno alemán, el tratado de comercio con Rusia no tiene sólo una gran influencia económica, sino también política, pues su realización demostraría que las relaciones entre Francia y Rusia no son ya lo que han sido hasta ahora. Se cree que para llevar adelante el tratado, el Gobierno acabará por disolver el Reichstag, con objeto de oponerse de este modo á la resistencia de los conservadores.



Siguen creciendo y multiplicándose en Francia las emociones y los escándalos producidos por el desdichado negocio del canal de Panamá. Cada día parece mayor y más in-

creíble el derroche de los millones invertidos en comprar apoyos oficiales, votos de diputados y conciencias tenidas poco ha por catonianas. Es una sentina que, por su inmensidad espanta; pero como siguen todavía su tortuoso curso las informaciones y los tribunales, tiempo nos quedará de examinar en conjunto la interminable serie de cohechos que han sorprendido al mundo entero, arruinando á miles de familias que confiadamente entregaron sus capitales á una rapacidad inaudita.

Esperamos también de Francia noticias que muchísimo nos interesan á los españoles. El Gobierno francés se ha reunido en Consejo para acordar la línea de conducta que debe seguir en la Cámara al explicar el Sr. Turrel la interpelación que anunció acerca de la tarifa que debe aplicarse á los vinos españoles á su entrada en Francia.

El diputado interpelante pedirá en estos momentos mismos que el Gobierno denuncie desde luego el *modus vivendi* y que se aplique á nuestros vinos la tarifa máxima.

Los telegramas de *Fabra* indican que el Gobierno se opone á la aprobación de estas conclusiones; pero manifiestan la duda de que ocurra algo parecido á lo que pasó al discutirse el proyecto de convenio con Suiza.

Todo es posible, si bien se miran las corrientes que hoy arrastran á nuestros vecinos.

S.



BOLETÍN BIBLIOGRAFICO ⁽¹⁾

La vue plastique, por GEORGES HIRTH, traducido del alemán por Luciano Arréat.—París, Félix Alcan, editor, 1893.—En 4.^o, 117 páginas con 18 figuras en el texto y 34 láminas de reproducciones estereoscópicas: 8 pesetas.

El Sr. Hirth completa en su nuevo trabajo la interesante teoría de la vista plástica que bosquejó en su *Fisiología del arte*. Se vale para explicar nuestro sentimiento de la «profundidad» de las cualidades mismas de la luz exterior; refiere á la evolución de la especie parte de las adquisiciones que se han atribuído á la experiencia del individuo, y se esfuerza para dar sentido más exacto al nativismo y al empirismo, la base que le faltaba.

*
* *

Los héroes. El culto de los héroes y lo heroico en la historia, por TOMÁS CARLYLE. Traducción directa del inglés por D. Julián G. Orbón.—Tomo segundo aumentado con una introducción de D. Leopoldo Alas (Clarín).—Madrid, Manuel Fernández y Lasanta, editor, 1893.—En 8.^o, 245 páginas: 2 pesetas.

Está este segundo tomo tan correctamente vertido al castellano y tan bien impreso como el primero; comprende las

(1) Los autores y editores que deseen se haga de sus obras un juicio crítico, remitirán dos ejemplares al Director de esta publicación.

conferencias cuarta, quinta y sexta del célebre escritor inglés, que estudia tan profundamente los *héroes* de que trata, que en el libro halla el lector copiosa enseñanza y rico caudal de pensamientos originales. Perteneecen ambos volúmenes á la «Biblioteca selecta anglo-alemana»; que no ha podido tener mejor inauguración.

*
* *

Un Café flamenco en Galicia. Á mi aldea. Sátira de costumbres contemporáneas, poesías premiadas, su autor ENRIQUE LABARTA.—Santiago Valentín Fontdevila, editor, Laureles 14, 1892.—Un folleto en 8.º, 46 páginas: 50 céntimos.

Libro amenísimo, formado por las tres poesías indicadas en el título. De éstas, las dos primeras obtuvieron justísimo galardón en el último certamen literario de Pontevedra, siendo jueces Manuel del Palacio y Echeagaray, quienes premiaron «Un café flamenco en Galicia» entre treinta y tres composiciones que se presentaron sobre el mismo tema, y concedieron el *accéssit* á la composición «Á mi aldea.» El veredicto del Jurado, admirablemente razonado y escrito, dice que «Un café flamenco,» apesar de su tono festivo, encierra una idea que no deja de ser trascendental, y á más de esto, por el donaire, facilidad y soltura con que está escrito, revela en su autor facultades y aptitudes poco comunes». De la poesía «A mi aldea» dice el Jurado que «son de apreciar en ella, al mismo tiempo que el entusiasmo y el cariño con que el vate describe su país natal, la cristiana dulzura de que está impregnada y el sentimiento que rebo- sa en todos y cada uno de sus versos.»

La *Sátira de costumbres contemporáneas* es preciosa, pero lucha con el recuerdo, que no puede menos de asaltar al lector, de la magnífica *Epístola moral sobre las costumbres del siglo*, del inmortal Bretón de los Herreros.

Es admirable en este folleto que, mientras en la poesía satírica que alcanzó el premio zahiere con suma gracia las sandeces regionalistas, en la composición *A mi aldea* mues-

tra («en el sentimiento que rebosa en todos y cada uno de sus versos») cuál debe ser el amor al país natal, tal como lo sienten todos los corazones rectos y todos los entendimientos sanos.

*
* *

Elementos de psicología, lógica y ética, para los alumnos de segunda enseñanza, por el DR. D. BARTOLOMÉ BEATO.—Octava edición, corregida y aumentada (con licencia de la autoridad eclesiástica).—Santiago, 1892.—Un volumen en 4.º, 286 páginas.

Ocho ediciones de esta obra atestiguan, por modo evidente, su superior mérito, que, sin otra recomendación, hizo que el ya conocidísimo libro del Dr. Beato se use como de texto en buen número de universidades, seminarios é institutos. Cada edición ha ido sufriendo notables correcciones y adiciones hechas por el sabio catedrático y director del Instituto de la Coruña, el Sr. D. José Pérez Ballesteros. Así se explica que un tratado que ha servido ya para educar á muchos hombres que hoy brillan en la ciencia y en las letras continúe con aquel carácter de novedad que distingue á las obras recién escritas, aun cuando versen sobre verdades constantes é inmutables. Por otra parte, las doctrinas de D. Bartolomé Beato, que fué en vida ilustre catedrático de la Universidad salmantina, aunque pertenecen á la filosofía cristiana, única verdadera, no niegan los progresos del pensamiento y se apartan mucho de la teosofía ortilaresca, que condena con verdadero fanatismo toda la obra filosófica posterior á Santo Tomás.

A estas excelencias del fondo de la obra se une el nítido método didáctico que lleva por la mano al alumno desde lo más sencillo á lo más complicado y desde lo más fácil á lo más arduo, asentando la exposición con oportunas definiciones y ejemplos, pero sin recargar aparatosamente la parte técnica, por lo cual dice en el prólogo Ballesteros que

«este libro se distingue tanto por lo que dice como por la acertada omisión de lo que no parece indispensable en libros de este género.»

*
* *

L'hypnotisme et la suggestion, por WUNDT.—París, Félix Alcán, editor, 1893.—En 8.º, 170 páginas: 2,50 pesetas.

De algún tiempo á esta parte se preocupan de esos asuntos los filósofos, los fisiólogos y los médicos. Se han constituido sociedades y fundado periódicos para reproducir las interesantes experiencias de la nueva rama de la *psicología experimental* y estudiar sus resultados. Toma parte en tal movimiento el Sr. Wundt, docto catedrático de la Universidad de Leipzig, y expone que no concede al hipnotismo y la sugestión el valor extraordinario que les atribuyen en la psicología sus admiradores, pero declara que en medicina tiene gran importancia.

Corresponde este curiosísimo volumen á la *Biblioteca de Filosofía contemporánea*.

*
* *

Otras publicaciones.

El Progreso Editorial ha repartido los cuadernos 131 á 135 de la magnífica *Historia general de España*, escrita por la Real Academia de la Historia; contienen muchos y excelentes grabados, entre ellos los que representan á Isidoro Máiquez, un curiosísimo estado de las tropas españolas en 1759, la capilla de Santa Agueda de Barcelona, facsímiles de firmas de los principales personajes que figuraron en el reinado de Carlos III y además un notable facsímile de una carta de D. Juan de Austria. También ha dado á luz la mencionada empresa los cuadernos 273 á 275 de la *Nueva geografía universal*, por Reclus, referentes á las Indias occidentales.

Diccionario enciclopédico hispano-americano.—Ultimamente han distribuído los acreditados editores Montaner y Simón, de Barcelona, los cuadernos 255 á 280 de esta publicación importantísima; continúa la letra I y comienza la L. Son en número tan crecido los dibujos y hermosas láminas que los ilustran, que resultaría tarea muy larga el sólo citarlos. Merece especial mención la iluminación de manuscritos árabes, el mapa de la India, los hongos vulgares y arte japonés, que son todas de colores y con oro. Tocante á los muchos cientos de voces que abrazan los cuadernos antedichos, baste repetir lo manifestado en otras ocasiones: que no hay obra más completa ni más útil que el *Diccionario enciclopédico*, redactado por la mayor parte de nuestras celebridades literarias y científicas.

La terre, les mers et les continents. Geografía física, geología y mineralogía, por Fernando Priem.—Los conocidos escritores de París J. B. Bailliére et Fils acaban de repartir las series 6 á 9 de esta obra interesante, que pertenece á la colección de Maravillas del Mundo, por A. E. Brehm, y que ilustran multitud de grabados, que aumentan lo ameno é instructivo del texto. Con la lectura de esta producción se pone uno al tanto de todo lo que se relaciona con la geografía de nuestro planeta.

Nuevas consideraciones sobre las carabelas de Colón, por don Pelayo Alcalá Galiano, Brigadier de Infantería de Marina. Folleto de 33 páginas, que no se vende.—Es la segunda parte del excelente trabajo que leímos en la *Revista General de Marina*, que demuestra la erudición, ingenio y talento del señor Alcalá Galiano. Pusiéronsele, á lo que parece, dificultades para insertarlo en la mencionada *Revista*. La nuestra se honrará mucho si en alguna ocasión se ve favorecida con algún escrito del docto marino.

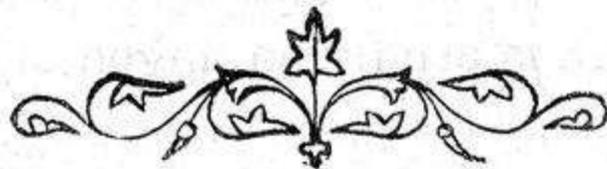
El inteligente deán de León D. Ramón del Busto Valdés ha publicado en elegante opúsculo dos inspiradas composiciones á Su Santidad León XIII, una en latín y otra en castellano. Como el Sr. Busto es un poeta de altos vuelos y maneja por modo magistral el idioma del Lacio, son verdaderamente notables ambas producciones.

Don Quijote de la Mancha.—Con el cuaderno 53 termina la preciosa edición, con dibujos de Gustavo Doré, que ha hecho el ilustrado tipógrafo de Barcelona D. Luis Tasso Serra.

Estación meteorológica de San Lorenzo del Escorial en la Escuela de Ingenieros de Montes.—El inteligente profesor de la misma D. Hermenegildo del Campo publica el resumen de las observaciones verificadas en el año de 1892: oportunas noticias referentes á los instrumentos empleados preceden á los estados y dibujos, que dan acabada idea de la constante labor que se realiza en la antedicha Estación. Según nuestros informes, en breve dará á luz el Sr. Campo una obra de meteorología, que seguramente será merecedora de elogios y la cual se necesita mucho, pues no tenemos ninguna en nuestro país. Los profesores de la Escuela de Montes, tan acertadamente dirigida por el Sr. Crehuet, son dignos de entusiastas plácemes por su inteligencia, celo y actividad.

Sur la conservation des dissolutions de l'acide sulfhydrique, por MM. A. E. Salazar y Q. Newman.—Interesante folleto.

A.



BANCO HISPANO-COLONIAL

ANUNCIO

Billetes hipotecarios de la Isla de Cuba.

EMISIÓN DE 1886

27.º sorteo

Celebrado en este día, con asistencia del notario D. Luis G. Soler y Pla, el 27.º sorteo de amortización de los billetes hipotecarios de la Isla de Cuba, emisión de 1886, según lo dispuesto en el art. 1.º del Real decreto de 10 de Mayo de 1886 y Real orden de 9 de Febrero de este año, han resultado favorecidas las catorce bolas núms. 358, 2.112, 2.776, 4.492, 5.361, 6.890, 7.453, 7.536, 7.551, 8.465, 9.627, 11.280, 11.319 y 11.549.

En su consecuencia, quedan amortizados los mil cuatrocientos billetes números 35.701 al 35.800, 211.101 al 211.200, 277.501 al 277.600, 449.101 al 449.200, 536.001 al 536.100, 688.901 al 689.000, 745.201 al 745.300, 753.501 al 753.600, 755.001 al 755.100, 846.401,

al 846.500, 962.601 al 962.700, 1.127.901 á 1.128.000, 1.131.801 á 1.131.900 y 1.154.801 á 1.154.900.

Lo que en cumplimiento de lo dispuesto en el referido Real decreto se hace público para conocimiento de los interesados, que podrán presentarse, desde el día 1.º de Abril próximo, á percibir las 500 pesetas importe del valor nominal de cada uno de los billetes amortizados, mas el cupón que vence en dicho día, presentando los valores y suscribiendo las facturas en la forma de costumbre y en los puntos designados en el anuncio relativo al pago de los expresados cupones.

Barcelona 1.º de Marzo de 1893.—El Secretario general, *Arístides de Artíñano*.

BANCO HISPANO-COLONIAL

Billetes hipotecarios de la Isla de Cuba.

EMISIÓN DE 1886

ANUNCIO

Venciendo en 1.º de Abril próximo el cupón núm. 27 de los billetes hipotecarios de la Isla de Cuba, emisión de 1886, se procederá á su pago desde el expresado día, de nueve á once y media de la mañana.

El pago se efectuará presentando los interesados los cupones, acompañados de doble factura talonaria, que se facilitará gratis en las oficinas de esta Sociedad, Rambla de Estudios, número 1, Barcelona; en el Banco Hipotecario de España, en Madrid; en casa de los corresponsales, designados ya en provincias; en París, en el Banco de París y de los Países Bajos, y en Londres, en casa de los Sres. Baring Brothers y Compañía Limited.

Los billetes que han resultado amortizados en el sorteo de este día podrán presentarse, asimismo, al cobro de las quinientas pesetas que cada uno de ellos representa, por medio de doble factura que se facili-

tará en los puntos designados.

Los tenedores de los cupones y de los billetes amortizados que deseen cobrarlos en provincias donde haya designada representación de esta Sociedad, deberán presentarlos á los comisionados de la misma, desde el día 10 al 20 de este mes.

En Madrid, Barcelona, París y Londres, en que existen los talonarios de comprobación, se efectuará el pago siempre, sin necesidad de la anticipada presentación que se requiere para provincias.

Se señalan para el pago en Barcelona los días desde el 1.º al 19 de Abril, y transcurrido este plazo, se admitirán los cupones y billetes amortizados los lunes y martes de cada semana á las horas expresadas.

Barcelona 1.º de Marzo de 1893.—El Secretario general, *Arístides de Artíñano*.

BANCO HISPANO-COLONIAL

ANUNCIO

Billetes hipotecarios de la Isla de Cuba.

EMISIÓN DE 1890

Noveno sorteo.

Celebrado en este día, con asistencia del notario D. Luis G. Soler y Pla, el noveno sorteo de amortización de los billetes hipotecarios de la Isla de Cuba, emisión de 1890, según lo dispuesto en el art. 1.º del Real decreto de 27 de Septiembre de 1890 y Real orden de 14 de Febrero de este año, han resultado favorecidas las cuatro bolas

Núms. 181, 259, 832 y 1.802.

En su consecuencia, quedan amortizados los cuatrocientos billetes

Núms. 1.001 al 18.100, 25.801 al 25.900, 83.101 al 83.200 y 180.101 al 180.200.

Lo que en cumplimiento de lo dispuesto en el referido Real decreto se hace público para conocimiento de los interesados, que podrán presentarse, desde el día 1.º de Abril próximo, á percibir las 500 pesetas, importe del valor nominal de cada uno de los billetes amortizados, mas el cupón que vence en dicho día, presentando los valores y suscribiendo las facturas en la forma de costumbre y en los puntos designados en el anuncio relativo al pago de los expresados cupones.

Barcelona 10 de Marzo de 1893.—El Secretariogeneral, *Arístides de Artíñano.*

BANCO HISPANO-COLONIAL

Billetes hipotecarios de la Isla de Cuba.

EMISIÓN DE 1890

ANUNCIO

Venciendo en 1.º de Abril próximo el cupón número 10 de los billetes hipotecarios de la Isla de Cuba, emisión de 1890, se procederá á su pago desde el expresado día de 9 á 11 y media de la mañana.

El pago se efectuará presentando los interesados los cupones, acompañados de doble factura talonaria que se facilitará gratis en las oficinas de esta Sociedad, Rambla de Estudios, número 1, Barcelona; en el Banco Hipotecario de España, en Madrid; en casa de los corresponsales, designados ya en provincias; en París, en el Banco de París y de los Países Bajos, y en Londres, en casa de los Sres. Baring Brothers y Compañía Limited.

Los billetes que han resultado amortizados en el sorteo de este día podrán presentarse, asimismo, al cobro de las 500 pesetas que cada uno de ellos representa, por medio de do-

ble factura que se facilitará en los puntos designados.

Los tenedores de los cupones y de los billetes amortizados que deseen cobrarlos en provincias, donde haya designada representación de esta Sociedad, deberán presentarlos á los comisionados de la misma desde el 10 al 20 de este mes.

En Madrid, Barcelona, París y Londres, en que existen los talonarios de comprobación, se efectuará el pago siempre, sin necesidad de la anticipada presentación que se requiere para provincias.

Se señalan para el pago en Barcelona los días desde el 1.º al 19 de Abril, y transcurrido este plazo se admitirán los cupones y billetes amortizados los lunes y martes de cada semana á las horas expresadas.

Barcelona 10 de Marzo de 1893.—El Secretario general, *Arístides de Artíñano*.